

A man with long brown hair and a beard, wearing a black fur cloak over a blue and white plaid kilt, holds a sword with a red hilt. He is standing in a snowy, mountainous landscape under a blue sky. The title 'LA TENTADORA DE ARTAIR' is written in large, white, serif capital letters across the middle of the image.

LA TENTADORA DE ARTAIR

Una novela romántica escocesa de viajes en el tiempo

STELLA KNIGHT

EL DESTINO DEL
HIGHLANDER

LIBRO 5



LA TENTADORA DE ARTAIR

EL DESTINO DEL HIGHLANDER

LIBRO CINCO



STELLA KNIGHT

Copyright © 2025 de Stella Knight

Todos los derechos reservados.

Este libro o cualquier parte del mismo no puede ser reproducido, almacenado en un sistema de recuperación, o transmitido de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de otra manera, sin el permiso expreso por escrito del editor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[También De Stella Knight](#)

[Sobre La Autora](#)

CAPÍTULO 1



Actualidad
Highlands, Escocia

Diana mantenía la mirada fija en el exuberante paisaje verde de las Tierras Altas de Escocia mientras su tía Kensa las llevaba por una carretera sinuosa. Kensa tarareaba suavemente mientras conducía, como si se tratara de una salida normal, una tarea ordinaria, y no una que involucrara magia. Una tarea que implicaba viajar en el tiempo.

Se obligó a respirar profundamente, apretando las manos en su regazo. *Respiraciones profundas*, se dijo a sí misma. *Respiraciones profundas*. Pero su corazón seguía latiendo contra su pecho como un ariete.

—Sé que estás nerviosa —dijo Kensa, mirándola de reojo—. Pero sé que puedes hacerlo. Y estoy muy agradecida por tu ayuda.

—No he aceptado —respondió Diana rápidamente, lanzando una mirada firme a su tía—. Solo dije que lo consideraría.

Kensa asintió amablemente y continuó tarareando en voz baja. Diana reconoció la canción, una antigua melodía gaélica que solía escuchar cantar a su madre.

Kensa estaba de un humor desconcertantemente bueno, considerando la tarea imposible que le había pedido a Diana emprender: viajar al pasado. Diana tragó saliva ante la idea. ¿Por qué siquiera estaba considerando esto?

Su fin de semana había comenzado con buenas intenciones. Había venido a las Tierras Altas de Escocia para trabajar en las primeras renovaciones de la casa ancestral de su familia y disfrutar de unas agradables vacaciones lejos de su ajetreada vida como abogada en Londres.

Diana se recostó en su asiento, resistiendo el repentino impulso de reír. Si no supiera todo sobre viajes en el tiempo, brujas y magia, pensaría que su tía estaba loca. Pero no lo estaba. Kensa era una *stiuireadh*, una bruja druida que poseía la habilidad de viajar —y guiar a otras personas— a través del tiempo.

Una parte de ella deseaba no saber sobre la existencia de tales cosas, poder vivir su vida como si no existieran, como la mayoría de la gente. Y en gran medida lo había hecho, dando la espalda a todo lo relacionado con la magia y los viajes en el tiempo después de que sus padres, que eran poderosos *stiuireadh*, murieran durante uno de sus viajes en el tiempo cuando ella era adolescente.

Otra tía la había criado, su tía Maggie. Al igual que Diana, Maggie no tenía ningún deseo de participar en el negocio familiar de la magia. Probablemente porque Maggie poseía poca magia y vivía una vida completamente normal como propietaria de una tienda en un pequeño pueblo del

sur de Inglaterra. A Maggie le parecía bien que Diana diera la espalda a la magia e incluso la animaba a hacerlo. Era Kensa quien seguía intentando atraerla de vuelta, Kensa quien insistía en que necesitaba aceptar quién era, *lo que* era.

Así que, cuando Kensa llegó a la mansión sin ser invitada, diciéndole a Diana que había enviado inadvertidamente a un hombre del pasado al presente, Diana no se había sorprendido demasiado.

El hombre era el laird Artair Dalaigh, un highlander del siglo XIV que ahora se encontraba instalado en la casa de Kensa en un tramo aislado de las Tierras Altas. Su descendiente, Niall O'Kean, había tomado su lugar en el pasado, donde ahora estaba felizmente casado con la prometida de Artair, Caitria. Kensa insistía en que así era como debían ser las cosas: Niall y Caitria estaban destinados a estar juntos. Ella había sido quien influyó en los sueños de Niall usando su magia, advirtiéndole que Caitria estaba en peligro. Niall había logrado evitar el peligro y ahora estaba con su alma gemela.

Era Artair quien no pertenecía al presente. Kensa quería que Diana, que no había practicado magia en años, ayudara a guiar a Artair de vuelta al año al que pertenecía: 1390.

—¿Por qué no puedes hacerlo tú? —había exigido Diana.

—Los hechizos de viaje en el tiempo son complejos. Mi magia solo funciona para guiar a personas nacidas en el *presente* hacia el pasado. Como Artair nació en el pasado, no puedo guiarlo de vuelta. Ya lo intenté, poco después de que llegara, y el hechizo falló —explicó Kensa.

—¿Cómo sucedió esto?

—No estoy segura. Pero creo que, como Niall viajó al pasado sin un stiuireadh, algo salió mal, algo que envió a Artair a este tiempo —respondió Kensa con un suspiro frustrado.

—¿Por qué yo? ¿No conoces a nadie más que pueda hacerlo? —preguntó Diana, sintiendo que la desesperación la invadía.

—No somos muchos, y la única stiuireadh que conozco que puede realizar el hechizo necesario no está... bueno, no está disponible.

—Supongo que eso significa que está en otro tiempo —murmuró Diana, frotándose las sienes.

—Sí —respondió Kensa—, y no sé cuándo va a regresar. Pero tú tienes la afinidad mágica para realizar tal hechizo, algo que tus padres también podían hacer: enviar a alguien nacido en el pasado de vuelta en el tiempo.

No has aceptado nada, se recordó a sí misma, por millonésima vez. Solo había aceptado venir después de que Kensa le suplicara insistentemente, al borde de las lágrimas. Por más frustrante que Diana encontrara a su tía, la amaba, y decidió al menos conocer a este Artair. Y tenía que admitir que había una parte de ella que sentía curiosidad: ¿alguien del siglo XIV en este tiempo? ¿Cómo sería?

—¿Cómo... está? —preguntó vacilante, mientras Kensa giraba bruscamente a la izquierda, el coche ascendiendo hacia el norte por una pronunciada pendiente que se adentraba más en las montañas—. Este... highlander.

—Está... frustrado. Confundido —dijo Kensa, tras una pausa—. Pero sobre todo, ansioso por volver a su propio tiempo, algo que le prometí que le ayudaría a hacer.

—¿Está enojado con Niall O'Kean? ¿Por haber tomado su lugar? ¿Su novia?

—No —dijo Kensa, para su sorpresa—. Cuando le conté que Niall se había enamorado de Caitria y se había casado con ella, pareció aliviado. Sospecho que prefiere estar solo. Suena familiar.

Su tía le lanzó una mirada astuta, pero Diana no mordió el anzuelo. Ella también prefería su

soledad, y no había nada malo en eso.

Llegaron a la cima del camino de montaña, y Kensa giró hacia otro camino de tierra que conducía a lo que parecía una mansión en ruinas. Pero Diana sabía que esto era simplemente un encantamiento para evitar que cualquier curioso se acercara, si es que se aventuraban tan adentro en las Tierras Altas. En realidad, era una acogedora cabaña de dos pisos en la que Kensa había vivido desde que Diana podía recordar. Kensa en realidad tenía varias cabañas repartidas por las Tierras Altas, utilizando el dinero de una considerable herencia familiar para comprarlas. Kensa le había dicho que tener múltiples hogares le ayudaba a asistir a los viajeros perdidos mientras se dirigían hacia y desde el portal en Tairseach.

Diana se había negado a usar cualquier parte de la herencia después de la muerte de sus padres, aunque sabía que ellos habrían querido que la tuviera. Simplemente no podía soportar tocarla después de que murieran; estaba feliz de ganar su propio dinero, de vivir su propia vida separada del legado mágico de su familia.

A medida que se acercaban a la casa de Kensa, su verdadera forma apareció, y mientras Diana observaba su techo gris con agujas y su fachada de ladrillo rojo, una ola de recuerdos la invadió.

Había venido aquí una vez cuando era joven para celebrar el Yule con sus padres y otros miembros de la familia extendida, muchos de los cuales eran stiuireadh. Una punzada la atravesó cuando un recuerdo agudo entró en el ojo de su mente: de pie en un círculo con sus padres y otros miembros de la familia cuando tenía doce años, incluyendo a Kensa, mientras todos cantaban un antiguo himno druídico. Podía recordar lo feliz que se sentía en ese momento, sin saber que sus padres estarían muertos al año siguiente.

—Está bien, querida —dijo Kensa suavemente, como si leyera sus pensamientos, deteniendo el coche. Extendió la mano para darle un suave apretón a Diana—. Si me ayudas, y espero que lo hagas, solo necesitas estar aquí por una noche o dos.

Diana le dio un brusco asentimiento y salió del coche, obligándose a dejar de lado su temor, y el dolor residual, mientras seguía a su tía hacia la cabaña.

No estaba preparada para la vista que la recibió cuando entraron.

Un hombre alto caminaba de un lado a otro en el centro del pasillo de entrada. Su ropa era medieval: llevaba unos pantalones largos y oscuros y una túnica blanca, parcialmente abierta en la garganta para revelar un torso musculoso debajo. Tenía el pelo ondulado color castaño que le caía hasta los hombros, ojos azules claros del color del cielo de verano, rasgos orgullosos y aristocráticos, una boca ancha y generosa, y una barba incipiente que salpicaba su mandíbula cuadrada.

Dejó de caminar cuando entraron, volviéndose para mirarlas, sus ojos se estrecharon al posarse en Diana. Su reacción fue inmediata, y vergonzosa. Su rostro se calentó, su boca se secó y su corazón latía furiosamente contra su caja torácica.

Él se dirigió hacia ella, deteniéndose cuando estaba a solo unos centímetros. Diana era una mujer alta, que miraba a la mayoría de los hombres a los ojos, pero con Artair, apenas le llegaba a los hombros y tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para encontrarse con sus tormentosos ojos azules.

—¿Es esta la muchacha, Kensa? —exigió. Su voz era un profundo rumor, sus palabras fuertemente acentuadas con un profundo acento escocés; tuvo que concentrarse para distinguir cada palabra.

Sus ojos recorrieron desde la camisa suelta que llevaba debajo de su chaqueta hasta sus pantalones ajustados de yoga, su mirada dejando un ardiente rastro de calor en su piel. Algo

brilló en sus ojos, y su boca se tensó. —Parece una ramera común.

La furia ahuyentó sus indicios de deseo. Se irguió a toda su altura y le devolvió la mirada con una feroz propia.

—¿Disculpa? —siseó—. ¿Estoy aquí para ayudarte, y lo primero que haces es llamarme ramera?

—Diana. Artair —dijo Kensa apresuradamente, moviéndose para pararse entre ellos mientras se miraban con furia—. Ahora no es el momento de intercambiar insultos. Artair, te lo dije antes: los hombres y las mujeres se visten de manera diferente en esta época. Estoy segura de que no lo dijiste en serio. ¿Quieres disculparte con mi sobrina?

Aunque el tono de Kensa era cortés, estaba bordeado de acero. Artair tuvo la decencia de parecer arrepentido, dando un paso atrás.

—Me disculpo, muchacha —dijo con brusquedad.

—Ahora, intentemos esto de nuevo, ¿de acuerdo? Diana, este es el Laird Artair Dalaigh, aunque está bien con que lo llamen Artair. Artair, mi sobrina Diana Hartford.

Él le dio un saludo brusco con la cabeza, y Diana frunció el ceño. Era hermoso como el pecado, pero grosero. Ella le dio su propio asentimiento, apartándose de él. Él había hecho que su decisión fuera muy, muy fácil para ella. Su tía podría encontrar a alguien más para transportar a este guapo imbécil a través del tiempo.

—¿Puedo hablar contigo a solas, tía Kensa? —preguntó Diana tensamente.

Kensa parpadeó sorprendida.

—Sí, pero esperaba que todos pudiéramos...

—Creo que es mejor que hablemos a solas.

Kensa se desinfló. Su tía la conocía demasiado bien: tenía que saber lo que iba a decir. Pero Kensa le dio un asentimiento cortés, volviéndose para darle a Artair una breve sonrisa.

—Volveremos en un momento.

Kensa llevó a Diana a un salón al final del pasillo, cerrando la puerta detrás de ellas.

—No lo haré —dijo Diana, tan pronto como estuvieron solas—. No soy la única bruja que conoces. Tiene que haber *alguien* más.

—Artair está desconcertado por todo lo que ha sucedido. Normalmente es muy considerado —insistió Kensa—. Y todavía estoy trabajando en encontrar a alguien más, pero llevar a una persona nacida en el pasado de vuelta al pasado es un hechizo complicado. Es por eso que necesito a alguien como tú, alguien con una fuerte afinidad por tal magia. Diana —continuó, su voz temblando de emoción—, hago lo que hago para ayudar a la gente. Artair ha sido arrancado de su tiempo, no pertenece aquí. La tarea es simple: lo llevas a 1390, y luego regresas al presente. Le diré que te trate con nada más que respeto de ahora en adelante.

Diana exhaló un suspiro, mirando a los ojos suplicantes de su tía. Era raro ver a Kensa, que a menudo era tan segura de sí misma, en un estado de ansiedad.

Cerró los ojos. *Solo esta vez*, se dijo a sí misma. *Solo esta vez, y luego podrás volver a tu vida normal y no mágica.*

—Está bien —dijo Diana de mala gana, abriendo los ojos—. Pero tendrás que decirme exactamente qué hacer.

CAPÍTULO 2



Caitair reanudó su ir y venir una vez que Kensa y Diana desaparecieron en el salón. La mujer que Kensa había traído consigo no era en absoluto quien él esperaba. Había esperado una mujer mayor, encorvada por la edad, no la joven belleza de cabello dorado que había entrado en el vestíbulo. Una oleada de deseo lo invadió al recordarla: su cabello dorado recogido en un moño, sus ojos marrones profundos, una boca exuberante que había imaginado explorar con la suya propia, y unos pechos firmes y turgentes cuyo contorno podía distinguir bajo la holgada túnica que llevaba. Unas caderas deliciosamente curvas que sus pantalones cortos y ajustados acentuaban.

La poderosa ola de deseo que lo invadió al verla lo había desconcertado; había recurrido a un insulto para salir de su estupor.

Exhaló un suspiro, cerrando los ojos. Lo último que necesitaba era una moza distractoramente hermosa rondando por ahí, no después de todo lo que había ocurrido.

Podía recordar cada detalle del día en que había sido arrancado de su propio tiempo. Había hecho el viaje hacia el sur desde su mansión con su sirviente, Latham, a su lado, ignorando el temor que se arremolinaba en su corazón. Caitria, la moza con la que debía casarse, era bonita y amable, pero no sentía pasión por ella. Había aceptado el matrimonio porque era hora de que se casara, y quería formar una alianza con el poderoso clan MacGreghor. Había decidido que era mejor no sentir un gran amor o pasión por su futura esposa; cumpliría con su deber y engendraría algunos hijos con ella y se centraría en sus deberes como laird y como miembro de su nuevo clan.

Acababa de instalarse en su habitación en el Castillo MacGreghor cuando la habitación había comenzado a temblar, y se había preguntado si una gran horda de caballos se estaría acercando al castillo. El mundo se había inclinado a su alrededor, y todo se volvió negro.

Cuando recuperó el conocimiento, se encontró tendido en el centro de las ruinas de una antigua aldea.

Se había puesto de pie y había mirado a su alrededor, con el pánico y el miedo corriendo por sus venas.

—¡Oh, no!

Una mujer se había apresurado hacia él —Kensa—, con los ojos abiertos de alarma. Llevaba ropas extrañas y él había luchado por entender sus palabras, que habían salido atropelladamente. Había dicho algo sobre un tal Niall O'Kean, un intercambio de lugares, y que él no debía estar en este tiempo.

Mientras la miraba confundido, ella le había tomado las manos y pronunciado palabras extrañas. Cuando nada sucedió, ella se había hundido de rodillas, mirándolo con desesperación.

—Lo siento mucho, Artair —había dicho—. No sé qué pasó, pero no deberías estar aquí.

Lo había llevado de vuelta a una gran cabaña donde, en el transcurso de los días siguientes, había intentado explicarle lo que había sucedido, y gradualmente fue asimilando cómo había llegado a este lugar.

Había viajado a través del tiempo.

Un descendiente lejano de su familia, alguien que compartía su apariencia, había ocupado su lugar en el pasado. Tan pronto como este hombre, este Niall O'Kean, había llegado a su tiempo, Artair había sido transportado al presente. Artair no podía creerlo cuando ella le dijo el año: más de seiscientos años más allá de su tiempo, en el siglo veintiuno.

Al principio no la había creído, por supuesto. Había pensado que tal vez ella era miembro de un clan rival de los MacGreggor que quería impedir su boda con Caitria por alguna razón, y pensaba usar el engaño para capturarlo. Había salido de la cabaña, ignorando sus gritos de protesta, con la intención de encontrar el camino de vuelta al castillo, cuando un gigantesco artilugio metálico con ruedas casi lo atropella. Kensa lo había ayudado a volver a la cabaña, y él había exigido saber qué era esa cosa.

—Eso es un coche. Algo que no fue común hasta el siglo veinte —había dicho ella—. No te mentiría sobre esto, Artair. Estás en el siglo veintiuno.

Solo entonces se sentó con ella mientras le explicaba, o intentaba explicar, de nuevo. Ella era una stiuireadh, una bruja druida que podía ayudar a los viajeros a través del tiempo. Le había dicho que Niall se había establecido en el pasado donde se quedaría, y aunque Caitria y el Laird MacGreggor sabían que no era Artair, había encontrado un lugar allí, con Caitria.

Sabía que la respuesta apropiada a que Niall se casara con su prometida debería ser indignación, incluso celos, pero solo había sentido alivio. Caitria era una buena moza que merecía amor verdadero y felicidad.

No estaba demasiado preocupado por su mansión o sus tierras. Tenía un mayordomo de confianza y sirvientes devotos que las cuidarían mientras estuviera ausente. Solo quería volver a su tiempo... a su vida.

Kensa entró en el pasillo, sacándolo de sus pensamientos. Levantó una ceja y puso las manos en las caderas, mirándolo con el ceño fruncido como si fuera un niño malcriado.

—Casi se niega a ayudar. Necesitas tratarla con respeto, Artair.

—Me disculpé —dijo él, frunciendo el ceño.

—Lo digo en serio. Si quieres volver a tu propio tiempo...

—Lo sé —dijo, asintiendo firmemente—. Me disculparé con la moza de nuevo.

Kensa pareció satisfecha con esto y pasó junto a él para mirar por las ventanas laterales que enmarcaban la puerta principal. Se había familiarizado con Kensa durante las últimas semanas, y había llegado a apreciarla, aunque inicialmente estaba enojado porque la magia que ella había realizado lo había enviado aquí inadvertidamente.

Magia. La palabra más comúnmente utilizada en su tiempo era brujería. Siempre había sido un hombre sensato, no propenso a las supersticiones de quienes lo rodeaban, pero no podía negar que efectivamente estaba en otro tiempo, especialmente después de haber visto la bestia metálica que Kensa llamaba coche. ¿Cómo más podría haber llegado a otro tiempo si no fuera por brujería?

En su época, la gente asociaba la brujería con el mal, pero él no podía detectar ni un rastro de maldad o perversidad en Kensa; tenía un don para discernir el carácter de las personas, y en ella solo veía bondad.

Lo había mantenido en la cabaña, trayéndole comida y bebida, insistiendo en que no debía

intentar aventurarse fuera mientras ella buscaba a otro stiuireadh que pudiera devolverlo a su propio tiempo.

—Te abrumará si te aventuras lejos —había insistido—. Las cosas son... más rápidas en esta época. Más ruidosas. No servirá de nada, especialmente considerando que no perteneces aquí.

Y aunque sentía curiosidad por este mundo futuro que existía más allá de estas paredes, había accedido, saliendo solo para dar breves paseos alrededor de la cabaña. Se había dado cuenta de que la cabaña debía estar escondida en lo profundo de las Highlands; nada más que naturaleza —extensos valles y montañas ondulantes envueltas en niebla— la rodeaba. La única diferencia obvia entre su época y este tiempo futuro eran las carreteras pavimentadas como serpientes y la ocasional bestia metálica que rugía al pasar. Casi podía fingir que estaba en su propia época, disfrutando de la soledad de su mansión.

—Necesitas darle algo de tiempo a mi sobrina —decía Kensa ahora—. Tiene una poderosa magia de viaje en el tiempo en su linaje, pero le ha dado la espalda durante la mayor parte de su vida. Cree que esa magia mató a sus padres, así que todo esto es difícil para ella.

—Lo haré —prometió, sintiendo que la vergüenza le retorció las entrañas al recordar sus duras palabras hacia Diana.

Kensa sonrió, extendiendo la mano para darle un breve apretón.

—Prepararé el almuerzo, luego podremos hablar todos.



CUANDO ENTRÓ en el comedor más tarde, Kensa ya había servido una comida de estofado y pan fresco. Diana ya estaba allí, de espaldas a él mientras miraba por una de las ventanas. Notó que se había cambiado y llevaba unos pantalones azul oscuro y una túnica de manga corta que Kensa le había dicho que se llamaba "camiseta" en esta época. La ropa era un poco menos escandalosa que la que llevaba cuando la conoció, pero aún así se ajustaba a cada una de sus exuberantes curvas. Tragó saliva, obligándose a apartar el deseo que ardía dentro de él. Esta mujer era una bruja que podía ayudarlo a transportarse a través del tiempo, no una muchacha por la que sentir lujuria.

—Diana —dijo.

Ella se volvió, sus ojos se agrandaron brevemente al verlo. Le dio un breve asentimiento.

—Artair —respondió, con un tono frío.

—Quería disculparme de nuevo... disculparme verdaderamente por mis duras palabras de antes —dijo, dando un paso adelante—. Creo en tratar a las mujeres con el mayor respeto, y usted merece el mío.

Su expresión se suavizó, y le dio una sonrisa cautelosa, una que hacía que sus rasgos fueran aún más encantadores; era como ver una llama cobrar vida después de haber sido apagada.

—Gracias —dijo—. Yo... lamento sus circunstancias. Mi magia está un poco oxidada, pero haré lo mejor que pueda para devolverlo a su tiempo.

Él asintió en agradecimiento, tratando de encontrar más palabras que decir, pero estaba inexplicablemente nervioso cerca de ella. Afortunadamente, no necesitó decir más, ya que Kensa entró con una bandeja de té.

—Veo que ustedes dos han hecho las paces —dijo, radiante—. ¿Comemos y discutimos, les parece?

—Voy a pasar el resto del día... y mañana... trabajando con Diana en el hechizo que necesitará realizar para llevarte de vuelta a tu tiempo —dijo Kensa, cuando todos se habían

sentado—. Si todo va bien, te llevará de vuelta a 1390 y luego regresará a este tiempo. Artair —continuó Kensa, volviéndose para mirarlo—, cuando regreses...

—Lo sé —interrumpió—. No le diré a nadie dónde he estado realmente... excepto a aquellos en quienes más confío.

Era algo que habían discutido en detalle. Pocas personas sabían de los viajes en el tiempo o de los *stiuireadh*; tal conocimiento solo causaría miedo y caos. Además, Artair no tenía intención de decirle a la gente de su tiempo que había viajado al siglo XXI. Pensarían que estaba loco. Él y Kensa habían elaborado una historia que explicaba dónde había estado. Le diría a Latharn y a los demás que había dejado el castillo para ir a cabalgar, pero que se había caído del caballo y había perdido el conocimiento. Un curandero local lo había acogido y atendido durante las semanas que estuvo en su falso sueño —Kensa le dijo que el término moderno era "coma"— hasta que se recuperó y pudo regresar a casa.

—Tengo ropa para que Diana use cuando viaje contigo. Y voy a darles a ambos abundantes monedas para llevar. Diana, tendrás que usar un hechizo especial para llevar el dinero de vuelta en el tiempo contigo; los viajeros normalmente no pueden llevar objetos físicos adicionales al pasado.

—¿Por qué necesito dinero? —preguntó Diana, palideciendo ligeramente—. Pensé que habías dicho que sería un viaje rápido... tan pronto como lleve a Artair a su tiempo, volveré.

—Es solo una precaución —dijo Kensa con suavidad—. Las cosas pueden salir mal con los viajes en el tiempo. Espero que no necesites usarlo.

Podía ver la vacilación en el hermoso rostro de Diana, y algo lo impulsó a inclinarse hacia adelante.

—Puede que yo no pueda realizar brujería —dijo, encontrando la mirada de Diana y manteniéndola—. Pero la mantendré a salvo si algo sale mal. Tiene mi palabra.

Sus miradas se mantuvieron por varios momentos. Mientras sus ojos marrones se encontraban con los suyos, una chispa de conciencia se agitó dentro de él. Finalmente, ella asintió y desvió la mirada.

—Esperemos que no tengas que hacerlo —dijo, con una sonrisa que parecía forzada.

Durante el resto de la comida, Kensa le dijo a Diana que pasarían los próximos dos días practicando su magia, y luego él y Diana podrían partir. Notó que Diana permanecía tensa; al final de la comida, se disculpó cortésmente y salió apresuradamente de la habitación. Kensa la vio irse, con preocupación en sus facciones.

—Esto es muy difícil para ella —dijo Kensa, con un profundo suspiro—. Odio involucrarla, pero tenemos que devolverte pronto. Has estado aquí demasiado tiempo.

Una fisura de alarma lo atravesó.

—¿Qué quieres decir?

Ella dudó un momento antes de responder.

—Puedo... sentir cuando alguien pertenece a un tiempo particular. Las personas a las que he ayudado a viajar... a menudo pertenecen a un tiempo diferente, con su alma gemela. Pero cuando alguien viaja a un tiempo al que no pertenece y se queda demasiado tiempo... es difícil de explicar, pero al *tiempo* no le gusta. Los viajeros descarriados que permanecen demasiado tiempo en un tiempo al que no pertenecen han enfermado o simplemente desaparecido.

La miró fijamente, con el corazón martilleando; sus palabras lo habían helado por completo. Ella extendió la mano para darle un apretón tranquilizador.

—No era mi intención alarmarte con mis palabras. Tendrías que estar aquí mucho más tiempo para que se manifestaran efectos negativos, pero es mejor llevarte de vuelta pronto solo

por precaución. Diana puede que no esté segura de sus habilidades, pero confío en que mi sobrina podrá llevarte de regreso a donde perteneces.

CAPÍTULO 3



—*I*nténtalo de nuevo —instó Kensa.

Diana apretó los dientes con frustración, apartando el grimorio.

Era temprano a la mañana siguiente, y después de haber informado por correo electrónico a su asistente y a sus jefes que extendería sus vacaciones, había pasado tres horas inútiles revisando hechizos mágicos básicos en el atestado estudio de Kensa, ninguno de los cuales había logrado dominar. Tenía exactamente dos días para familiarizarse de nuevo con la magia que no había usado en años. Sabía que dos días no eran suficientes, pero Kensa insistía en traer a Artair de vuelta lo antes posible.

—No soy buena en esto —dijo Diana, frotándose las sienes—. A este paso, me transportaré a mí misma y a Artair a un futuro lejano, y nos mataré a ambos en el proceso.

—Tairseach es un portal; la magia para viajar en el tiempo ya está ahí. Como stiuireadh, tienes la habilidad de manipularla.

—Si tengo tanta afinidad con los viajes en el tiempo, con la magia, ¿por qué no puedo realizar ninguno de estos hechizos básicos? —exigió Diana, señalando hacia el grimorio.

—No has practicado magia en mucho tiempo. Pero te llegará; ya está en ti —insistió Kensa—. Solo tienes que seguir intentándolo.

Diana consideró brevemente decirle a su tía que no, que no podía hacer esto, y que ya estaba cansada de intentarlo. Pero la desesperación —y la fe— en el rostro de su tía la hicieron callar.

—De acuerdo —dijo Diana, exhalando un suspiro—. Lo intentaré de nuevo.

Miró el grimorio que Kensa le había dado, un grimorio transmitido a través de todos los stiuireadh de su familia. Sus páginas estaban llenas de hechizos de "tejido del tiempo": hechizos para ayudar a los stiuireadh a través del tiempo y guiar a otros, junto con hechizos defensivos y ofensivos. Kensa había intentado explicarle cómo funcionaba todo: que los viajes en el tiempo ya existían, que el flujo del tiempo no era en línea recta como la mayoría de la gente pensaba, y que todo lo que hacían los stiuireadh era ayudar a guiar a otros a través de los serpenteantes arroyos del tiempo usando su magia.

Pero todo aún le parecía desconcertante a Diana. Viajar a un tiempo diferente, o ayudar a otra persona a viajar a través del tiempo, implicaba hechizos complejos, la mayoría de los cuales estaban en gaélico, algunos en latín, otros en escocés e inglés moderno.

Practicar magia era muy diferente a su trabajo como abogada que trataba con leyes de propiedad a diario; las leyes de propiedad podían ser complejas, pero al menos tenían sentido.

Aun así, apretó los dientes y enderezó los hombros.

—Muy bien —murmuró—. Intentémoslo de nuevo.

Diana practicó varios hechizos básicos, que incluían abrir y cerrar la puerta con un simple

gesto de su mano y una orden silenciosa en gaélico, junto con un hechizo de Levitación, durante el cual levantó el grimorio del escritorio usando solo su magia. Tenía que admitir que sintió una oleada de deleite ante la sensación de su magia bajo su piel, como una ráfaga de viento ondulando a través de ella, o una descarga eléctrica.

—¿Ves? Ya estás mejorando —dijo Kensa, radiante.

—Estos son solo hechizos básicos. ¿Y si no puedo traer a Artair de vuelta?

—Lo harás. Tengo absoluta fe en ti, sobrina. Tienes que deshacerte de esa duda. Nuestra magia está dentro de nosotros y se conecta con nuestras emociones. Puedes hacerlo. Pero por ahora —dijo, poniéndose de pie y colocando su mano en el hombro de Diana—, creo que deberías tomar un descanso. Hemos estado aquí durante horas.

Diana se volvió para mirar por la ventana, sus ojos se abrieron con sorpresa. Ya estaba oscureciendo; habían pasado la mayor parte del día en el estudio de Kensa practicando.

Kensa la llevó al comedor donde Artair ya las estaba esperando. No lo había visto en todo el día, excepto por un breve vistazo de él dando un paseo por los terrenos mientras ella practicaba un hechizo de Silencio junto a la ventana, y rápidamente había apartado la mirada al verlo. Lo encontraba... desconcertante.

Él la miró a los ojos, dedicándole una cálida sonrisa, y su corazón dio un pequeño vuelco en su pecho. Ella le devolvió la sonrisa y apartó la mirada; no podía dejar que su atractivo la distrajera, no cuando necesitaba concentrarse en la monumental tarea de guiarlo de vuelta a través del tiempo.

—Diana está progresando bien con su magia —dijo Kensa alegremente a Artair, mientras servía cuencos de estofado de cordero, que había estado en la estufa todo el día.

Diana le lanzó una mirada a su tía ante el cumplido; Kensa estaba exagerando. Había mejorado en lo poco que sabía, pero estaba lejos de estar "progresando bien". No dijo nada, optando por no disputar las palabras de Kensa, y se concentró en comer el sabroso estofado, su estómago dejó escapar un gruñido satisfecho, uno que esperaba que Artair no hubiera escuchado.

—Creo que también puedes ayudar a Diana, Artair —continuó Kensa—. Antes de retirarte por la noche, puedes contarle a Diana sobre varias cosas que te recuerden a tu época. Las imágenes son poderosas en la magia, harán que su hechizo sea más potente.

Diana levantó la mirada; Artair estaba asintiendo en acuerdo, y la ansiedad se arremolinó en su estómago. Sabía que su tía tenía razón, que tales imágenes serían útiles, pero ¿cómo podría concentrarse en lo que él le dijera cuando la desarmaba tanto?

—Creo que es una buena idea —dijo Artair—. Estaré encantado de ayudar.

Diana tomó un sorbo de vino y asintió. *Solo concéntrate*, se instó a sí misma. Había estado rodeada de hombres atractivos antes, había salido con hombres atractivos, aunque ninguno la afectaba de la manera en que lo hacía Artair, y solo lo conocía desde hacía cinco minutos.

Kensa los dejó solos poco después, diciéndoles que necesitaba revisar algo, pero Diana sospechaba que los estaba dejando a solas a propósito.

—¿Quieres que te lo cuente ahora, muchacha? —preguntó Artair, sus ojos azules encontrándose con los de ella—. No veo razón para esperar.

—Sí —dijo ella, dejando su copa de vino—. *Concéntrate*. Con tres cosas será suficiente. Preferiblemente recuerdos que afecten tus sentidos: vista, oído, gusto, tacto.

—Ah —dijo él, recostándose en su silla y pasándose la mano por el cabello castaño. Ella notó que llevaba la túnica oscura ligeramente abierta en el cuello, y pudo vislumbrar de nuevo su torso musculoso debajo. Una punzada de calor la atravesó; tuvo que forzarse a mirarle a la cara—. Está mi mansión. Ha estado en mi familia por generaciones.

Diana notó que no había emoción detrás de sus palabras; bien podría haber estado recitando una receta.

—¿Hay algo específico sobre ella? —preguntó—. ¿Algún lugar, una habitación, un jardín, que te brinde consuelo?

Él pareció sorprendido por un momento antes de que su expresión cambiara. Ahora ella vio anhelo en sus ojos.

—Hay una arboleda, escondida no muy lejos de mi mansión. Mi abuelo me contó que los druidas que solían habitar nuestras tierras celebraban rituales allí. Supongo que es por eso que hay algo... mágico en ese lugar. Voy allí cuando necesito tiempo para mí; fui allí después de que mi padre muriera y mi hermana dejara la mansión. Siempre me ha brindado gran consuelo. Huele a tierra húmeda, madreselva y hojas caídas.

Diana intentó mantenerse clínica mientras él hablaba, archivar sus palabras en la memoria para poder recordarlas fácilmente cuando realizara su hechizo. Pero había algo en la forma en que sus ojos se iluminaban mientras hablaba que la llenaba de calidez.

—Bien —dijo ella—. Eso ayuda. ¿Hay algo más? ¿Una persona, tal vez?

Pensó en Caitria, la mujer con la que se suponía que iba a casarse, y que en su lugar se había casado con Niall O'Kean. Aunque Kensa le había dicho que Artair había expresado alivio ante la noticia, una repentina tensión se apoderó de ella mientras esperaba su respuesta.

—Sí —dijo él, y el estómago de Diana se tensó mientras continuaba—, mi hermana.

La tensión en el estómago de Diana se disipó cuando se dio cuenta de que no estaba hablando de Caitria, aunque eso era una tontería. No debería importar si él suspiraba por su ex prometida; apenas conocía al hombre.

—No sabía que tenías una hermana —dijo Diana.

Una sombra cubrió su rostro. —No hemos hablado en muchos años. Es una larga historia, pero no nos separamos bien. Vive cerca de la frontera con Escocia con su marido, a quien nunca he conocido. Imagino que ni siquiera sabe que me he ido, y si lo sabe, no creo que le importe.

—No sabes eso —dijo ella suavemente.

Una larga pausa se extendió mientras Artair miraba más allá de ella, con los ojos perdidos en la distancia. Cuando su mirada volvió a la de ella, estaba cautelosa, como si una ventana se hubiera cerrado firmemente.

—¿Necesitas algo más? —preguntó bruscamente.

—No —dijo ella, aunque sentía curiosidad por más detalles sobre su hermana. Pero por la expresión cerrada en su rostro, podía decir que él no quería revelar más información personal—. Creo que tengo suficiente.

Se puso de pie. Artair también se levantó, moviéndose alrededor de la mesa para pararse cerca de ella. El calor se arremolinó a través de ella cuando él se inclinó para tomar su mano; la conciencia cobrando vida bajo su piel ante su toque.

—Solo quería agradecerte —murmuró—. Por hacer esto. Tu tía me dijo que no es fácil para ti, después de lo que le pasó a tu familia.

Ahora la guardia de Diana se alzó, la irritación picándola. No quería que Kensa le contara a extraños sobre la tragedia de su pasado. Sus pocos amigos en Londres ni siquiera conocían la verdadera naturaleza de las muertes de sus padres, no es que le creyeran si se los contara.

—No es... problema —dijo, alejándose de él—. Te veré mañana.

Salió apresuradamente de la cocina, su piel aún palpitando por su toque. No era su magia lo más difícil de manejar, era su creciente atracción por Artair.



DIANA SE CUBRIÓ con su capa, el aire frío y cortante de la mañana perforando su piel como la punta de la hoja de un cuchillo. Acababa de amanecer, y estaba de pie con Kensa y Artair justo fuera de la cabaña. Llevaba un atuendo del siglo XIV, de los cuales Kensa tenía muchos: una capa de lana verde bosque, un vestido ligero y una túnica que llevaba debajo de un vestido azul profundo. Kensa había insistido en que se veía encantadora, pero Diana se sentía tonta y fuera de lugar con el vestido. Artair, sin embargo, parecía todo un señor de las Tierras Altas del siglo XIV, con una túnica blanca, un par de calzas y una capa de lana propia. Su cabello castaño estaba despeinado por el viento, sus ojos cerúleos de un azul brillante bajo la luz del sol de la mañana temprana. Se necesitaba un gran esfuerzo para no mirarlo fijamente. *Concéntrate.*

—¿Están listos? —les preguntó Kensa, pero Diana sabía que la pregunta iba dirigida principalmente a ella.

Habían pasado tres días desde que había llegado a la cabaña con Kensa. El día anterior lo había pasado entero aprendiendo hechizos de Tejido del Tiempo. Apenas había visto a Artair ayer, y se había preguntado si la estaba evitando después de contarle esa historia personal sobre su hermana.

Diana sentía como si apenas hubieran arañado la superficie de los hechizos, pero Kensa le aseguró que tal magia era mayormente instintiva, que el portal de Tairseach haría la mayor parte del trabajo pesado cuando se tratara de viajar hacia atrás en el tiempo.

—Solo tienes que decir las palabras y concentrarte, y te guiará a donde necesitas ir —le había asegurado Kensa.

Ahora, Diana asintió a su tía, aunque aún no estaba segura de estar lista para esto. Kensa estaba usando magia para transportarlos a Tairseach; era más rápido, y quería que ellos, especialmente Diana, se acostumbraran a los medios mágicos de transporte.

Kensa tomó las manos de ambos y cerró los ojos, murmurando las palabras de un hechizo en gaélico.

—*Gabh sinn gu Tairseach.*

Diana sintió un tirón de viento en su cuerpo, y una oscuridad arremolinada llenó su visión. Cuando abrió los ojos, estaba de pie en las afueras de las ruinas de Tairseach.

Artair retrocedió tambaleándose, tomando una profunda respiración.

—No creo que me acostumbre a ese modo de transporte —dijo, sacudiendo la cabeza con asombro mientras miraba alrededor.

Diana dio un paso adelante, con la mirada fija en las ruinas de Tairseach. ¿Cuántas veces había venido aquí de niña mientras sus padres realizaban rituales con los otros stiuireadh? ¿Cuántas veces había reído y jugado entre los viejos edificios en ruinas con los otros niños hasta que sus padres la encontraban, regañándola juguetonamente mientras la levantaban en sus brazos?

—¿Diana?

Diana se giró. No se había dado cuenta de que aún se demoraba en las afueras del pueblo mientras Artair y Kensa ya se habían adelantado. Sacudió mentalmente los vestigios de nostalgia y se acercó a ellos.

—Aquí es donde os dejo —dijo Kensa, acercándose para abrazar a Artair, antes de volverse para abrazarla a ella—. Eres más fuerte de lo que crees —le susurró al oído, dándole un apretón en la mano.

Y antes de que Diana pudiera responder —o pedirle que se quedara para asegurarse de que

realizaba el hechizo correctamente— Kensa desapareció. Diana frunció el ceño ante el espacio vacío donde su tía acababa de estar; lo había hecho a propósito. El mensaje era claro: era hora de usar su propia magia.

Se volvió para mirar a Artair, quien la observaba con tranquila expectación. En ese momento se dio cuenta de que este hombre había puesto su vida en sus manos. No podía decepcionarlo. No lo haría. Respiró hondo y se acercó a él. *Puedes hacerlo*, se dijo a sí misma.

—Toma mis manos —dijo.

Él obedeció, deslizando sus manos en las de ella, y una sensación de calma la invadió. Una sensación de... corrección. Cerró los ojos, deleitándose con la sensación, y susurró las palabras de un hechizo para tejer el Tiempo, palabras que había practicado repetidamente el día y la noche anteriores.

—*Snàthain ùine, cluinn m 'ghairm. Snàithnean tìde, cluinn m'anam. Stiùireadh a thoirt dhuinn sàbhailte tro do shlighe chun an ama a dh'fhalbh.*

Mientras murmuraba las palabras, se apoyó en los recuerdos de Artair. Imaginó el bosquecillo del que él le había hablado en su mente: hojas moteadas de luz solar, el aroma de la tierra húmeda. Pensó en el dolor y la emoción en la voz de Artair cuando hablaba de su hermana.

Pronto, sintió que el viento se levantaba a su alrededor. Diana se aferró con fuerza a las manos de Artair, continuando la repetición de las palabras del hechizo, y cuando abrió los ojos para encontrarse con los de Artair, el mundo moderno desapareció a su alrededor.

CAPÍTULO 4



Tiempo desconocido
Lugar desconocido

Cuando el mundo se materializó a su alrededor, Artair yacía tendido en el suelo. De alguna manera, Diana había terminado encima de él, respirando agitadamente, con su corazón latiendo al unísono con el suyo. Ella abrió los ojos, sus hermosos ojos marrones se encontraron con los de él, y el tiempo pareció suspenderse por un momento mientras se miraban fijamente.

Y entonces ella pareció darse cuenta de dónde estaba, apartándose apresuradamente de él, con el rostro encendido. Él se puso de pie tambaleándose, mirando a su alrededor mientras se forzaba a calmar su excitación, que había crecido al sentir el cuerpo de ella contra el suyo.

El asombro lo invadió mientras observaba el entorno. ¿El hechizo de Diana realmente los había llevado a través del tiempo?

Se encontraban en el centro de un amplio claro, cubierto por una fina capa de escarcha. Un espeso grupo de árboles salpicaba el horizonte. El sol se ponía justo detrás, tiñendo el cielo de una variedad de colores: naranja intenso, rosa y lavanda.

Se dio cuenta, con un temor creciente, de que no reconocía sus alrededores; él conocía cada detalle de las tierras que rodeaban su mansión. Podían estar en cualquier parte.

—¿No es aquí, verdad? —preguntó Diana, como si le leyera el pensamiento, con la voz temblorosa por la aprensión—. Sabía que fracasaría en esto. Lo siento mucho, Artair.

—No hay necesidad de disculparse, muchacha —dijo él, tratando de fingir una calma que no sentía mientras la miraba con una sonrisa amable—. Simplemente tendremos que averiguar exactamente dónde y cuándo estamos.

Estaba agradecido de que Kensa hubiera insistido en colocar monedas en bolsillos ocultos en su ropa, dinero que podrían usar para viajar en caso de que terminaran en el lugar equivocado. Había abierto los ojos de par en par ante la cantidad que les había dado. Cuando le preguntó cómo había conseguido tantas monedas, Kensa simplemente le había dedicado una sonrisa misteriosa.

—¿Es solo mi impresión —dijo Diana, devolviéndolo al presente—, o hace más frío en esta época, sea cuando sea que estemos?

La observó, notando que además de su palidez, estaba temblando. Hacía un frío amargo, y esa capa de lana no sería suficiente para mantenerla caliente. Extendió los brazos para atraerla hacia él. Ante su acción, ella lo miró sorprendida.

—Necesitas mantenerte caliente —dijo, manteniendo un tono neutro, aunque su cercanía había despertado nuevamente su excitación—. Vamos a caminar.

Eligió una dirección —norte, por la dirección en que se ponía el sol— y comenzaron a caminar. Solo habían dado unos pasos cuando escuchó el estruendo de cascos de caballos acercándose.

—Quédate detrás de mí —dijo, colocándose frente a ella, con los ojos fijos en un grupo de árboles al norte, donde varios hombres a caballo galopaban hacia ellos.

—Intenta evitar hablar si puedes —le dijo a Diana—. Si estamos en el pasado, tu forma de hablar solo causará sospechas.

Diana tragó saliva, pero asintió en señal de acuerdo.

Mientras los hombres se acercaban, observó su vestimenta, y una pequeña sensación de alivio lo invadió. Llevaban túnicas y calzones similares a los suyos; debían estar en la época correcta, o al menos cerca de ella. Pero la cautela reemplazó su alivio al notar las miradas de sospecha y hostilidad contenida en los rostros de los hombres.

Eran media docena. Todos parecían tener alrededor de su edad, sus cuerpos fuertes eran evidentes incluso desde lo alto de sus caballos. Estos hombres no eran simples campesinos o aldeanos. Eran hombres acostumbrados a pelear. Su cuerpo se tensó al notar la forma en que uno de ellos, un hombre corpulento de cabello rojo, estudiaba a Diana, con un hambre que ni siquiera intentaba ocultar. Artair se irguió en toda su estatura, sintiendo una oleada de feroz instinto protector.

—¿Qué os trae a nuestras tierras? —preguntó un hombre alto de cabello oscuro con una cicatriz irregular que le cruzaba la mejilla izquierda, dándole un aire peligroso.

El corazón de Artair se hundió. El hombre no hablaba con el acento de las Highlands que conocía bien; era puro acento escocés de las Tierras Bajas. Había escuchado este mismo acento cuando viajó por la frontera de Escocia. Su pecho se oprimió al darse cuenta de que podían estar allí, en la conflictiva frontera escocesa.

—Estábamos viajando y unos bandidos asaltaron nuestro carruaje. Hemos perdido el rumbo —dijo con calma.

Notó con temor que el hombre pelirrojo seguía mirando fijamente a Diana. Aunque ella estaba detrás de él, percibía su incomodidad. Se movió para bloquear a Diana de la vista del hombre, lanzándole una mirada desafiante.

—¿Dónde están los otros viajeros? —exigió saber el primer hombre que se había dirigido a él.

—Dispersos. No los hemos visto desde el robo. Íbamos a dirigirnos a pie hasta el pueblo más cercano para conseguir transporte —dijo, complacido consigo mismo por su mentira espontánea. Pero solo quería alejar a estos hombres de Diana. Anhelaba tener su espada, cualquier arma—. ¿Podéis indicarnos el camino?

Los hombres intercambiaron una mirada, pareciendo establecer un entendimiento silencioso entre ellos. Artair se preparó. Si era necesario, podría decirle a Diana que corriera —o que realizara un hechizo para salir de allí— mientras él intentaba enfrentarse a ellos.

Esperó en tenso silencio. Finalmente, el hombre de cabello oscuro, a quien Artair suponía era su líder, habló.

—No sería hospitalario de nuestra parte dejarlos viajar a pie con este frío. Parece que va a nevar. Podemos llevarlos al pueblo más cercano; mi hermano y yo tenemos una posada allí. Luego veremos cómo conseguirles caballos. Me llamo Tamhas —continuó, y señaló al hombre pelirrojo, que seguía mirando fijamente a Diana—. Y este es mi hermano Iomhar.

Tamhas presentó al resto de los hombres, que no asintieron ni les dieron ningún tipo de saludo. Artair dudó, con sus instintos de peligro en alerta, queriendo negarse y arriesgarse a ir a

pie. Pero tenía la sensación de que Tamhas no aceptaría un no por respuesta, y eso aumentaría la tensión ya existente entre ellos. Se volvió hacia Diana, que parecía pálida y conmovida.

—Está bien —susurró, extendiendo la mano para agarrar la de ella—. Me aseguraré de que no te pase nada malo.

Ella tragó saliva y asintió con un movimiento brusco, sin apartar la mirada de los hombres.

—Muy bien —dijo Artair, dirigiéndose a Tamhas—. Os agradezco vuestra amabilidad.

Iomhar desmontó de su caballo, prácticamente relamiéndose mientras se acercaba a Diana.

—Yo montaré con la muchacha —dijo.

Actuando por puro instinto, Artair acercó a Diana aún más a su lado.

—Yo montaré contigo —dijo, lanzándole una mirada desafiante—. Mi esposa irá con otro de vuestros hombres.

No sabía de dónde había salido esta mentira, pero sabía que Diana estaría más segura si pensaban que era su esposa y, por lo tanto, bajo su protección. Rezó para que Diana siguiera su mentira. Para su alivio, ella permaneció en silencio.

El rostro de Iomhar se tensó. Se volvió para mirar a Tamhas, quien le hizo un sutil gesto negativo con la cabeza. Iomhar le devolvió la mirada a Artair, pero volvió a su caballo sin decir una palabra más.

Artair se subió al caballo de Iomhar, tratando de no reaccionar ante su penetrante olor a cerveza rancia. Miró de reojo a Tamhas, observando cómo ayudaba a Diana a subir a su caballo. Tamhas trató a Diana con respeto, sin tocarla más de lo necesario. Aun así, podía ver que Diana temblaba, y una oleada de simpatía lo invadió. La hermosa muchacha lo había transportado a través del tiempo por su bien. Se aseguraría de que regresara a salvo a su propia época. Tan pronto como estuvieran solos, insistiría en que realizara cualquier brujería necesaria para volver a casa.

Mientras cabalgaban, Artair observaba sus alrededores. Estaba oscureciendo y nada le resultaba familiar.

El viaje fue breve, con el gran valle que conducía a un camino de tierra que los llevó a una pequeña aldea. Cabalgaron hasta llegar a una posada, desmontando mientras dos mozos de cuadra se apresuraban a tomar sus caballos.

Tan pronto como todos desmontaron, se apresuró hacia Diana, tomándola de la mano. Ella lo miró a los ojos como preguntando: *¿Qué hacemos ahora?* Él esperaba que pudiera leer su respuesta en sus ojos: *Confía en mí.*

Manteniendo la mano de ella en la suya, siguió a los hombres a la bulliciosa posada. El temor se acumuló en su estómago al ver aún más hombres dentro, sentados en varias mesas largas, atiborrándose de pan y cerveza.

—Loirin, cerveza y pan para nuestros invitados —dijo Tamhas, dirigiéndose a una mujer de cabello oscuro que estaba sirviendo cerveza a varios clientes masculinos.

Tamhas tomó asiento en una de las pocas mesas vacías y les hizo un gesto a Artair y Diana para que se sentaran. Artair sentía los ojos de todos los hombres de la habitación sobre ellos —sobre Diana— y quería negarse, pedirle a Tamhas que simplemente los llevara a su habitación. Pero de nuevo, tenía la sensación de que no tenían elección.

Se sentó junto a Diana, asegurándose de poner un brazo sobre el respaldo de su silla mientras Iomhar fijaba su mirada lasciva en ella. Loirin se acercó, manteniendo la mirada baja, y notó que sus manos temblaban. Se preguntó por qué estaba tan aterrorizada. ¿Estos hombres la mantenían prisionera?

—Esta es nuestra hermana, Loirin —dijo Tamhas, como si le leyera la mente—. No sé por

qué siente la necesidad de actuar como un ratón asustado alrededor de su familia.

Loirin no respondió nada, solo les dio un breve asentimiento de reconocimiento antes de escabullirse.

—Reconocería el acento de las Highlands en cualquier parte —continuó Tamhas, estudiando a Artair intensamente—. ¿Cómo os llamáis? ¿Y qué hace un habitante de las Highlands tan al sur?

—Me llamo Domnall —mintió. Era mejor que no supieran su verdadero nombre, ni que era un rico laird de las Highlands. No era conocido en las Lowlands, pero podrían enviar un espía a las Highlands y preguntar por él si conocían su nombre—. Esta es mi esposa, Ilsa. Mi esposa y yo estábamos visitando a su familia en Inglaterra —dijo, enfatizando la palabra "esposa"—. Acabábamos de cruzar la frontera cuando esos malditos bandidos nos atacaron, robaron nuestros caballos y nuestras pertenencias.

Tamhas solo lo miró fijamente, con una expresión indescifrable; Artair no podía saber si creía su historia o no. Iomhar, sin embargo, lo miró con el ceño fruncido y volvió a centrar su atención en Diana.

—¿Cómo es que una sassenach tan bonita como tú terminó casada con esta bestia de las Highlands?

Artair podía notar que sus palabras pretendían ser en broma, pero había una dureza en su tono, y Diana se tensó a su lado.

—Me casé con el hombre que amo —dijo Diana simplemente.

Como temía, ambos hombres se pusieron rígidos al oír su acento. Tamhas entrecerró los ojos, pero permaneció en silencio.

—Tienes un acento muy extraño, muchacha, y he oído hablar a hombres de Francia —dijo Iomhar, provocando la risa de los hombres en la mesa contigua que seguían abiertamente su conversación—. ¿De qué parte de Inglaterra eres?

—De un pequeño pueblo en el sur —dijo Diana. Su mano temblaba sobre la pierna de él; no estaba preparada para tales preguntas. Necesitaba sacarlos de allí.

—Os agradecemos la comida —dijo Artair, dejando su cerveza y poniéndose de pie. Esperaba que su sonrisa y su tono fueran ligeros aunque su corazón latía tan furiosamente que temía que pudieran oírlo—. Pero mi esposa y yo estamos cansados por el viaje.

—Acabáis de llegar —dijo Tamhas, con una sonrisa que no llegó a sus ojos oscuros—. ¿Por qué no os quedáis para otra ronda de cerveza?

El pecho de Artair se tensó. De nuevo, sospechaba que esto no era una petición.

—Bueno, no soy de los que rechaza más cerveza —dijo, forzando un tono alegre en su voz—. Pero mi esposa necesita descansar.

Tamhas lo estudió. El silencio crepitaba de tensión. Artair era muy consciente de que todos los ojos estaban sobre ellos, observando el intercambio con interés.

—Despejen —anunció Tamhas a los otros hombres en la habitación—. Deseamos hablar a solas con nuestros invitados.

Un pánico ardiente consumió todo su cuerpo. Se maldijo a sí mismo; debería haberse negado a venir aquí. Se volvió hacia Diana, que se había puesto pálida, manteniendo la voz baja.

—Sal de aquí —siseó, mientras los hombres se marchaban, todos excepto Iomhar y dos hombres corpulentos, notó con inquietud—. No me importa si te ven desaparecer, vete ahora.

—No te dejaré —dijo Diana, mirándolo con ojos grandes y aterrados—. Nos iremos *ambos*.

—Ninguno de los dos se irá a ninguna parte —dijo Tamhas.

Artair se enfrentó a Tamhas, colocándose delante de Diana. Tamhas sonreía, pero no había

rastró de diversión en su sonrisa.

—No hasta que me digáis quiénes sois realmente.

—No sé de qué... —comenzó Artair.

—No hay ningún camino despejado donde os encontramos, especialmente si estabais cruzando la frontera hacia Escocia —dijo Tamhas con calma—. A decir verdad, los únicos bandidos que rondan por estas partes somos mis hombres y yo. Y vos y vuestra esposa habéis estado nerviosos desde que entrasteis en la taberna. Si es que realmente es vuestra esposa.

—Por supuesto que es mi esposa —espetó Artair, pero Tamhas claramente no le creyó, entrecerrando los ojos.

Se puso de pie, y Artair lo evaluó. Tenían la misma altura y complexión, pero Tamhas contaba con la ventaja de los números de su lado.

—Apartaos —dijo Tamhas fríamente—. Deseo hablar con vuestra "esposa".

Artair le devolvió una sonrisa sin alegría.

—No hablaréis con mi esposa. Nos iremos, y vos y vuestros hombres no nos seguiréis —respondió Artair.

Iomhar y los otros hombres se pusieron de pie, llevando sus manos a los mangos de sus espadas.

—Intenté ser amable —dijo Tamhas con un suspiro. Se volvió hacia sus hombres con un gesto aburrido—. Atrapadlos. Quiero interrogarlos por separado.

La furia mezclada con pánico lo invadió cuando uno de los hombres se acercó a Diana, y ella dejó escapar un grito asustado y sobresaltado. Artair se abalanzó hacia él, pero alguien lo golpeó por detrás, y su mundo se disolvió en la oscuridad.

CAPÍTULO 5



*S*abía que no podía hacer esto, se reprochó Diana en silencio mientras recorría la pequeña habitación en la que uno de los hombres la había encerrado, con el corazón en la garganta. No solo los había transportado al lugar equivocado, sino que los había llevado directamente al peligro. Debería haberse negado a la petición de Kensa e insistido en que buscara a otra persona.

Si esos hombres lastimaban o mataban a Artair...

La angustia le retorció las entrañas y cerró los ojos, tratando de calmar su pánico con varias respiraciones profundas.

Después de que uno de los hombres dejara inconsciente a Artair, otro se había acercado a ella, agarrándola del brazo y llevándola escaleras arriba hasta esta habitación, donde la había encerrado. Podía oír su respiración al otro lado de la puerta; estaba haciendo guardia.

Se apoyó contra la pared, presionando sus dedos contra las sienes. Había considerado brevemente —pero solo brevemente— hacer lo que Artair le había dicho, realizar un hechizo y salir de esta época. Pero no podía dejarlo atrás con esos hombres.

Piensa. Como abogada, estaba acostumbrada a resolver problemas complejos, pero esos problemas no involucraban hombres peligrosos de una época diferente. Necesitaba rescatar a Artair y sacarlos a ambos de aquí, a algún lugar donde pudiera realizar un hechizo de Transporte de manera segura. *Si es que puedo lograrlo*, pensó, con una oleada de frustración. ¿Y si terminaba transportándolos a un lugar mucho más peligroso? Pero con la forma en que iban las cosas, no tenía otra opción.

No sabía qué le estaban haciendo a Artair en ese momento, pero no tenía ninguna duda sobre las intenciones de Iomhar; el tipo espeluznante no había hecho más que mirarla lascivamente. Se le erizó la piel al pensar en que la tocara, y una firme determinación se asentó en ella. No dejaría que se le acercara.

Diana se giró cuando la puerta se abrió de golpe y Tamhas entró. Tragó saliva y dio un paso vacilante hacia atrás.

—No hay necesidad de que me tengas miedo, muchacha.

—¿No la hay? —respondió Diana, arqueando las cejas—. Nos han tomado como rehenes a mí y a mi marido.

—Solo necesito hacerte algunas preguntas.

—No pretendemos hacerles daño —insistió Diana—. Ustedes nos encontraron. Solo queremos seguir nuestro camino.

—Pero ese es el problema, mi señora —dijo él—. ¿Cómo es que terminaron donde los encontramos?

—Ya se lo dijimos —dijo ella—. Nos perdimos...

—Lo cual es una mentira —dijo él con un suspiro, pasándose la mano por el pelo—. Solo dime la verdad, muchacha, y os dejaré ir.

Viajamos en el tiempo desde el siglo veintiuno.

—Ya se lo dije —repitió, esperando sonar lo suficientemente convincente. Encontró su mirada y la mantuvo, algo que hacía siempre que intentaba ganarse la confianza de un cliente durante un caso—. Le estamos diciendo la verdad.

Él la estudió durante un largo rato, como si intentara determinar la veracidad de sus palabras. Ella mantuvo su mirada firme, rezando para que fuera lo suficientemente convincente.

—Tu marido dijo algo extraño antes. Dijo: "No me importa si la ven desaparecer". ¿Qué quiso decir con eso?

Diana se quedó helada, con la boca seca. ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente perceptivo? ¿Y por qué Artair tuvo que decir eso frente a Tamhas?

—Solo quería que huyera —dijo, esperando sonar más calmada de lo que se sentía—. Yo... le sigo diciendo nada más que la verdad.

—No, no lo haces, muchacha. —Dio un paso hacia ella, y ella retrocedió otro. Él se detuvo, levantando las manos para mostrarle que no pretendía hacerle daño—. ¿Me dirás una cosa que sea verdad? ¿Domnall es tu marido?

Ella parpadeó al oír el nombre "Domnall" antes de recordar que era el nombre falso que Artair le había dado. Pensó en Artair, en sus cálidos ojos azules mientras la instaba silenciosamente a confiar en él, en cómo había intentado protegerla de estos hombres, aunque apenas la conocía, y en la conciencia que la invadía cada vez que él estaba cerca.

—Sí —dijo, y la expresión de él se suavizó—. Es mi marido. Significa más para mí que nadie.

—Por fin, la verdad —dijo él, asintiendo con satisfacción, y la sorpresa la invadió, una sorpresa que tuvo que ocultar. Quizás había algún beneficio en su atracción por Artair después de todo.

—Por favor —le imploró—. No lastimen a mi marido. Solo queremos seguir nuestro camino.

—Tu marido está vivo y bien en el sótano. No tenemos intención de hacerle daño, muchacha, siempre y cuando nos diga la verdad.

Se dio la vuelta y salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí, y ella oyó girar la llave. Se dejó caer en la estrecha cama, temblando.

Piensa.

—La magia es el flujo de nuestra necesidad, lo que realmente queremos —le había dicho una vez su madre, mientras realizaba un hechizo de Levitación sobre un grimorio mientras una joven Diana observaba maravillada—. Todo lo que tienes que hacer es dirigirla a donde debe ir y qué debe hacer. Es parte de ti. Recuerda eso, cariño.

Diana se quedó quieta, su corazón acelerándose. Pensó en Iomhar, en su mirada lasciva.

Y supo exactamente qué hacer.

Se acercó a la puerta y llamó al guardia. Él la abrió, mirándola con hostilidad.

—Me gustaría hablar con Iomhar.



IOMHAR ENTRÓ MOMENTOS DESPUÉS; ella lo escuchó ordenar al guardia que se marchara antes de entrar en la habitación. Tomó aire mientras lo enfrentaba, dejando a un lado el asco que llenaba su estómago cuando sus ojos la recorrieron con una repugnante minuciosidad.

—Saludos, mi señora —dijo, haciéndole una exagerada reverencia—. ¿Deseaba hablar conmigo?

Lo estás haciendo por un bien mayor, se dijo a sí misma. Se humedeció los labios reseco y dio un paso adelante, ofreciéndole lo que esperaba fuera una sonrisa seductora.

—Quiero proponerte un trato.

Él arqueó una ceja, bajando la mirada hacia sus pechos. —¿Un trato, eh?

—Sí —dijo ella, bajando los ojos para ocultar su repulsión—. Si aceptas dejarnos ir, te mostraré mi gratitud.

Él se irguió, con placer llenando sus ojos, junto con un leve rastro de sospecha.

—¿Y por qué harías eso, muchacha?

—Veo cómo me has estado mirando —dijo, esperando que su voz sonara ligera y juguetona, aunque tenía que forzar cada palabra para que saliera de sus labios—. Las cosas han sido... difíciles entre Domnall y yo.

—¿Ah, sí? —preguntó, dando un paso adelante. Le costó todo su esfuerzo no retroceder.

—Sí —murmuró—. Pero tienes que aceptar dejarnos ir. Quizás ni siquiera quiera irme... después.

Su sonrisa se ensanchó y se acercó más a ella, extendiendo la mano para tocarle la mejilla. Apestaba a sudor y cerveza rancia. Ella forzó una sonrisa y levantó la mano para agarrar la de él antes de que pudiera tocarla.

—¿Tengo tu palabra?

—No tengo por qué garantizarte nada, muchacha. Podría simplemente tomar lo que quiero —gruñó. Un escalofrío de miedo la recorrió, pero su expresión se relajó—. Aunque será más placentero para ambos si no estás luchando. Hablaré con mi hermano sobre liberaros. Le diré que estás diciendo la verdad. Pero solo después de que me complazcas.

—Por supuesto —dijo, manteniendo la sonrisa fija en su rostro, ignorando la bilis que le subía por la garganta.

—No más charla. Quiero probarte —gruñó, alargando la mano para agarrarla por la nuca.

Ella actuó rápido, fijando sus ojos en los de él, poniendo cada gramo de su furia en el hechizo.

—*Codladh anois, codladh domhain*.

Funcionó. Demasiado bien.

El bastardo perdió inmediatamente la conciencia, y ella se deleitó al ver el breve momento de miedo pánico en sus ojos antes de que se cerraran. Se apresuró a adelantarse antes de que pudiera estrellarse contra el suelo y crear un ruido que seguramente alertaría a los demás.

Atrapó su voluminoso cuerpo entre sus brazos y lo bajó al suelo, mirándolo con furia. Tenía la sensación de que no era la única mujer a la que habría forzado sus atenciones. Kensa le había enseñado un hechizo que podía causar la muerte en las circunstancias más extremas, pero le había advertido que solo lo usara si su vida —o la de alguien más— estaba en peligro mortal. Y por mucho que despreciara al hombre, no creía que pudiera vivir con su muerte en la conciencia. Si su hechizo funcionaba, dormiría profundamente el resto de la noche —y el día siguiente— antes de despertar.

Se inclinó y tomó su daga del cinturón de la espada, exhalando un suspiro. Esta no era la parte más difícil de su plan. Artair estaba en el sótano —tenía que llegar hasta él.

Abrió la puerta sigilosamente, asomándose. El pasillo estaba vacío, y el alivio la invadió al ver que Iomhar había enviado a su guardia lejos. No se oía ningún ruido; dado el tiempo que la habían mantenido prisionera en la habitación, debía ser la mitad de la noche. La posada estaba

quieta y silenciosa.

Se deslizó por el pasillo, rezando para que el guardia no estuviera cerca. Pero todo permaneció en silencio, y ella bajó las escaleras, cruzando apresuradamente la sala principal de la posada para llegar a un segundo tramo de escaleras que conducía a un sótano oscuro.

Allí encontró a Artair, atado junto a un saco de cebada, y el alivio que la invadió fue tan grande que se tambaleó.

Él se volvió hacia ella y vio que tenía la mandíbula amoratada y el ojo izquierdo hinchado. La ira la recorrió; debería haberle hecho más daño a Iomhar.

—¿Diana? —susurró, palideciendo al verla—. Te dije que te fueras.

—Y yo te dije —respondió con firmeza, arrodillándose para desatar sus ataduras—, que no te dejaría atrás.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Te lo contaré después. Tenemos que irnos.

Él asintió, y ella le entregó la daga que le había quitado a Iomhar. Juntos subieron de vuelta a la sala principal.

Tan pronto como emergieron, Diana se quedó petrificada. Loirin estaba allí, sosteniendo a un bebé inquieto en sus brazos. Loirin también se quedó inmóvil, con los ojos muy abiertos al verlos.

El corazón de Diana dio un vuelco. Esto era todo. Loirin llamaría a los demás y los matarían a ella y a Artair.

Pero Loirin no se movió. Cuando habló, su voz era baja, apenas un susurro.

—Hay un caballo en los establos y una bolsa con provisiones que podéis usar detrás del mostrador. Nunca os vi.

Y con eso, se dio la vuelta para marcharse, desapareciendo en una habitación lateral.

CAPÍTULO 6



Artair agarró las riendas del caballo que habían tomado de los establos traseros de la posada, golpeando los costados del flanco del animal para instarlo a galopar más rápido. Diana tenía sus brazos envueltos alrededor de su cintura desde atrás; podía sentir su respiración acelerada contra la parte posterior de su cuello. Nunca había cabalgado un caballo tan rápido en toda su vida, pero estaba ansioso por poner la mayor distancia posible entre él, Diana y esos bastardos.

Habían estado cabalgando por poco tiempo, pero el pueblo ya había quedado muy atrás. No tenía un destino en mente, ya que aún no sabía exactamente dónde estaban. Sus alrededores solo consistían en extensiones de vastos valles y parches de bosque.

Respiró hondo, haciendo una mueca cuando un dolor agudo de su mandíbula magullada lo atravesó. Tamhas, Iomhar y los otros hombres le habían exigido repetidamente que les dijera quién era realmente y por qué había venido a la frontera escocesa. Había mantenido su historia a través de cada golpe que le habían propinado, sabiendo que nunca podría decirles la verdad. No había podido defenderse debido a sus ataduras, pero si alguna vez se cruzaba con ellos de nuevo... un placer oscuro lo invadió ante ese pensamiento.

Diana apretó su agarre sobre él, y una oleada de ira protectora lo recorrió, borrando todos los pensamientos de placer oscuro. No quería pensar en lo que Diana había hecho para liberarse, pero si Iomhar la había tocado...

Tragó saliva, apretando la mandíbula para contener su furia. Ahora no era el momento de detenerse en pensamientos de ira y venganza. Necesitaba encontrarles un refugio para la noche y un lugar para que Diana pudiera regresar a su tiempo.

Pronto se acercaron a una granja solitaria con establos adjuntos. La casa parecía vacía. No salía humo de su techo y las ventanas estaban oscuras. Aun así, hizo que Diana se quedara atrás con el caballo mientras él se aventuraba a revisar. Efectivamente, estaba vacía. Podrían quedarse por la noche en los establos vacíos y partir al amanecer, con suerte antes de que los dueños regresaran.

Ató el caballo justo afuera de los establos antes de que él y Diana entraran. Todavía hacía frío adentro, pero tendría que servir para pasar la noche.

—Muy bien —dijo, volviéndose hacia ella—. Tienes que salir de aquí.

Diana parpadeó sorprendida.

—¿Qué?

—Tienes que usar tu brujería para salir de aquí y volver a tu propio tiempo —repitió. Una punzada de dolor sorprendentemente aguda lo golpeó al darse cuenta de que nunca la volvería a ver, pero la ignoró.

—No voy a dejarte en medio de la nada. No te he llevado al lugar correcto y aún no sabemos

en qué año estamos —protestó Diana—. Le prometí a Kensa que...

—Por su forma de vestir y de hablar, creo que estamos en el tiempo correcto. Estamos cerca de la frontera, Tamhas prácticamente lo confirmó cuando me estaba interrogando. Creo que él y sus hombres pueden ser una de las muchas bandas fronterizas de esta zona... son ladrones y asesinos —interrumpió Artair—. Tienes que volver a tu propio tiempo... y a un lugar seguro. Todavía tengo las monedas que tu tía nos dio. Es bueno que haya puesto bolsillos ocultos en nuestra ropa... esos bastardos se lo habrían llevado todo. Puedo cuidarme solo mientras me dirijo hacia el norte.

—¿Puedes cuidarte solo? —exigió Diana—. ¿Cuál de nosotros desató al otro y nos sacó de allí?

Él frunció el ceño.

—Habría podido manejarlo, muchacha.

Ella le lanzó una mirada escéptica, observando su mandíbula magullada. Pero su expresión cambió y pareció desinflarse, dando un paso atrás.

—Para serte sincera... no sé si puedo.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que pueda viajar en el tiempo usando solo mi magia... no sin un portal. Kensa puede ser capaz de hacerlo, pero yo todavía soy nueva en todo esto.

—Puedes intentarlo —dijo, extendiendo la mano para tomar las de ella.

Sus manos estaban frías, pero bien podrían haber sido hierros calientes por el repentino calor que lo abrasó cuando las sostuvo entre las suyas. Sus ojos permanecieron fijos en los de él, llenos de incertidumbre, hasta que ella le dio un asentimiento brusco.

—Si tu hechizo funciona y vuelves a tu propio tiempo... gracias por asumir el riesgo de traerme de vuelta —dijo, forzando las palabras a salir de sus labios. *Tiene que irse*, se recordó. *No es seguro para ella aquí*.

—Aceptaría tu gratitud si te hubiera llevado al lugar correcto —dijo ella, aunque le dio una sonrisa vacilante.

Diana se dio la vuelta y se alejó de él, moviéndose hacia el centro de los establos. Cerró los ojos, y él observó mientras ella murmuraba las palabras de un hechizo.

—*Snàthain ùine, cluinn m'ghairm. Snàithnean tìde, cluinn m'anam. Thoir stiùireadh dhomh gu sàbhailte tro do shlighe gu mo thìde.*

Esperó, tenso, con una extraña sensación de pérdida apoderándose de él mientras aguardaba a que ella desapareciera... pero nada sucedió.

Lo intentó de nuevo, pronunciando las palabras de un hechizo diferente, pero aun así, nada ocurrió.

Diana abrió los ojos, con frustración cruzando su rostro.

—Sabía que no funcionaría —murmuró—. Incluso intenté un hechizo de Transporte para aparecerme en otro lugar, pero nada. Seguiré practicando, pero parece que tendré que usar el portal en Tairseach para volver.

Artair sabía que debería sentirse decepcionado de que ella no hubiera podido viajar por su cuenta, pero lo que le invadió fue alivio. Ahora tendrían que permanecer juntos hasta llegar a las Highlands... y tendría más tiempo con la hermosa bruja.

Encontró su mirada, intentando controlar sus facciones para mostrar una expresión de decepción.

—Muy bien, muchacha —dijo con aspereza—. Tendremos que permanecer juntos hasta que lleguemos a las Highlands.



HICIERON dos grandes camas de paja para acostarse por la noche, pero parecía que los establos se habían vuelto aún más fríos para cuando terminaron; podía ver a Diana tiritando. Ella se envolvió más apretadamente en su capa; su saco de provisiones incluía una manta delgada, pero él sabía que no sería suficiente.

Se enderezó, mirándola con cautela.

—Por favor, no malinterpretes lo que voy a decir, muchacha —dijo—. Pero creo que lo mejor es que nos acostemos juntos; nuestro calor corporal nos mantendrá calientes.

El rostro de Diana se encendió cuando encontró su mirada, pero él no vio ofensa allí, solo un acuerdo reluciente.

Encontraron una posición cómoda, sus cuerpos presionados estrechamente, sus brazos envueltos alrededor del otro para mayor calor. La sensación de su cuerpo exuberante cerca del suyo causó una reacción inmediata; tuvo que moverse para asegurarse de que ella no sintiera la evidencia de su excitación. Aunque habían estado cabalgando todo el día, ella olía a dulce miel, el aroma provocando sus fosas nasales. Se acostaron uno frente al otro, el rostro de ella apenas rozando su hombro, y él tuvo que bajar la mirada hacia ella.

Sus ojos estaban cerrados. Mientras la estudiaba, notó una lágrima solitaria caer de debajo de sus párpados cerrados.

—Diana —murmuró, extendiendo la mano para inclinar su rostro hacia el suyo. Sus ojos se abrieron de golpe; estaban, en efecto, llenos de lágrimas—. ¿Qué sucede?

—Yo nos metí en esto —susurró—. Nos llevé al lugar equivocado y te lastimaron. Si vienen tras nosotros...

—Nada de lo que ha pasado es tu culpa —dijo firmemente—. Nos sacaste de allí cuando yo no pude, como acabas de recordarme. Todo lo que necesitamos hacer es llevarte de vuelta a Tairseach. Será un largo viaje hacia el norte, pero conozco Escocia; he viajado mucho hasta las Lowlands y de regreso. —Inclinó la cabeza hacia un lado, estudiándola—. ¿Cómo escapaste de Iomhar?

—Oh —dijo Diana, su rostro enrojeciendo mientras bajaba la mirada—. Yo... lo seduje. Bueno, fingí seducirlo e insinué que me acostaría con él si nos dejaba ir.

No estaba preparado para la feroz ola de celos que lo invadió. Tuvo que respirar profundamente para calmar su corazón acelerado.

—¿Acaso tú...?

—No. No dejé que me tocara —interrumpió Diana—. Le lancé un hechizo de Sueño antes de que pudiera besarme.

Esto hizo poco para aplacar sus celos, celos que se recordó a sí mismo que no tenía derecho a sentir.

—¿Artair? —preguntó Diana tentativamente, notando su expresión tormentosa—. ¿Estás bien?

—Sí —dijo, cerrando los ojos brevemente para apartar la imagen de Iomhar tocando a Diana—. Solo... no quería que sufieras ningún daño.

—No lo sufrí —insistió—. Pero gracias a Dios por ese hechizo de Sueño.

Aún persistían rastros de ira dentro de él; necesitaba cambiar el tema de conversación.

—Cuéntame algo sobre tu vida. ¿Tu tía mencionó que estabas restaurando una antigua casa en las Highlands?

—Sí. Es una mansión que ha pertenecido a mi familia durante algún tiempo, pero ha caído en

desuso. Me gusta visitarla cuando mi trabajo y la vida en Londres se vuelven demasiado, y necesito un poco de paz. Está lejos de estar terminada; tendré que contratar a constructores para hacer el trabajo pesado.

—¿A qué te dedicas en tu profesión? —preguntó. Kensa le había dicho que en el futuro, las mujeres tenían muchas más oportunidades, y la mayoría de ellas tenían profesiones.

—Soy abogada —dijo—. Me encargo del derecho de propiedad.

Estudió su rostro, pero no vio entusiasmo ni pasión por esta profesión.

—Paga las cuentas —dijo encogiéndose de hombros—. Creo que lo que más espero es el día en que pueda retirarme y vivir en la mansión que estoy arreglando.

—¿Ah, sí? —preguntó—. ¿Sola?

—Tendré visitas de la familia: mi tía Maggie. Kensa. Y amigos —dijo con un tono ligeramente defensivo—. Pero... disfruto de mi soledad.

No podía negar el alivio que lo llenó al no mencionar ella a un marido que se le uniría en esta mansión, aunque sabía que, al igual que sus celos anteriores, no tenía derecho a sentirse así. Y aunque su necesidad de soledad le resultaba familiar —él a menudo anhelaba lo mismo— le hizo preguntarse por qué una muchacha tan encantadora no querría compartir su vida con nadie.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Estás ansioso por volver a tu vida?

—Sí —dijo, aunque no sentía alegría ante la perspectiva—. Caitria es feliz con el hombre que ha encontrado; sospecho que es mucho más feliz de lo que habría sido conmigo. Nuestro matrimonio habría sido un error. Eventualmente encontraré a alguien con quien casarme, para tener mis hijos, pero por ahora estoy contento con mi soledad, como tú, muchacha.

Y había estado contento con su vida de soledad, su enfoque en el deber. Pero eso fue antes de conocer a la bruja de cabello dorado que olía a miel, y cuyo toque lo abrasaba con calor. Una bruja que pronto desaparecería de su vida y de este tiempo hacia el futuro al que pertenecía.

—Esa mujer que nos ayudó, Loirin —decía Diana, con el ceño fruncido—. Me pregunto por qué nos ayudó. ¿Crees que sus hermanos la están lastimando?

—Si lo están haciendo, no es asunto nuestro —dijo firmemente.

—Aún así desearía que le hubiéramos pedido que se fuera con nosotros —dijo Diana—. Parecía tan asustada.

La observó, extendiendo la mano para alisar la arruga preocupada de su frente con la punta del dedo.

—Estoy seguro de que ella puede cuidarse sola —dijo él—. Tiene un niño. Tal vez por eso se queda con ellos. Eres muy amable, Diana. Por pensar en alguien más en un momento como este.

Ella simplemente se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa tímida. Sus miradas se encontraron, y ahí estaba otra vez, ese calor que rugía en su interior como si alguien hubiera encendido un fuego en su vientre, un calor que amenazaba con devorarlo por completo.

Abrió la boca para instarla a que descansara, pero había un *deseo* en sus ojos, y parecía que el frío a su alrededor se había evaporado. Ahora solo era consciente de la suavidad del cuerpo de ella contra el suyo, sus labios entreabiertos, su rostro sonrojado. Ella bajó la mirada, solo un poco, hacia sus labios, y él no pudo contenerse ni un momento más. Necesitaba probarla.

Se inclinó hacia adelante, capturando sus labios con los suyos. Ella se derritió en sus brazos, su boca abriéndose a la suya como los pétalos de una flor abriéndose al sol. Él gimió mientras exploraba su dulce boca con la lengua. Ella dejó escapar un suave suspiro, lo que solo encendió aún más su excitación. La estrechó aún más contra sí, deleitándose con la sensación de sus pezones endurecidos contra su pecho a través de la capa de ropa, ansioso por saborear cada parte de ella. La besó hasta que ambos quedaron sin aliento, y cuando finalmente —a regañadientes—

se apartó, la respiración de ella era entrecortada, sus ojos aún brillantes de deseo.

Él quería más, mucho más, pero se obligó a contener su deseo. Solo estaban juntos por el momento, con el propósito de seguir caminos separados.

—Necesitamos dormir —se forzó a decir—. Tenemos un largo viaje por delante.

Ella parpadeó, como saliendo de un estupor, y asintió en señal de acuerdo.

Él la sostuvo en sus brazos mientras ella se quedaba dormida, pero permaneció despierto mucho después de que ella se durmiera, su cuerpo inundado de deseo insatisfecho —y necesidad.

CAPÍTULO 7



Diana despertó cuando los rayos de sol se filtraban en los establos. Artair aún dormía a su lado. Lo contempló, una sonrisa rozando sus labios mientras un anhelo la invadía. Era un hombre hermoso: la luz del sol iluminaba su fuerte mandíbula y sus largas pestañas, que parecían doradas bajo la luz. Recordó sus labios sobre los de ella la noche anterior, y el deseo se agitó en su interior. Incapaz de contenerse, extendió la mano para apartar un mechón rebelde de cabello castaño de su rostro.

Artair se movió, abriendo sus ojos azules de golpe. Su mirada se encontró con la de ella, y Diana tragó saliva, anhelando que la atrajera hacia sus brazos, que la besara de nuevo...

—Deberíamos irnos —murmuró él, poniéndose de pie y rompiendo el hechizo.

—Cierto —dijo ella, tragando contra el dolor que la invadió ante su brusquedad.

Se levantó para quitarse la paja del vestido mientras Artair sacaba de su bolsa de provisiones y le entregaba un trozo de pan.

—Tenemos que seguir moviéndonos hacia el norte para encontrar otra posada, y necesitamos averiguar exactamente dónde estamos.

Su tono era todo negocios, al punto de ser brusco, como si fueran educados desconocidos en lugar de dos personas que habían viajado juntas en el tiempo, enfrentado una situación de rehenes inmediata y luego compartido un beso apasionado.

Pero Diana asintió; él tenía toda la razón. Cuanto antes llegaran a las Tierras Altas, más pronto podría llegar al portal, y él podría volver a su vida.

El pan no tenía sabor, pero se obligó a comérselo todo. Artair pareció percibir su disgusto por el pan y le dijo con una sonrisa que encontrarían una mejor comida en una posada.

Cuando montaron su caballo, Artair cabalgó a un ritmo más tranquilo, aunque por la tensión de sus músculos, ella podía notar que aún estaba en guardia. Diana rezó para que Tamhas y su hermano no intentaran perseguirlos más.

Cabalaron hasta el mediodía, y Diana se encontró relajándose a medida que avanzaban hacia el norte. Quería la mayor distancia posible entre ellos y Tamhas. No hablaron mucho, y el recuerdo de su beso corría por la mente de Diana en un bucle interminable; tuvo que obligarse a apartar las imágenes.

Pronto llegaron a una aldea bulliciosa que era más grande que aquella a la que Tamhas y sus hombres los habían llevado. Artair preguntó a un hombre que pasaba por direcciones a la posada más cercana, y se dirigieron al centro de la aldea donde Artair entregó el caballo a un mozo de cuadra, informándole que el animal necesitaba ser abrevado y alimentado de inmediato, ya que habían estado cabalgando durante un tiempo.

Pagaron por dos habitaciones, y el posadero les dijo que estaban en la aldea de Lockerbie, no

lejos de Dumfries. Notó que Artair palideció al mencionar Dumfries.

—¿Qué hay en Dumfries? —preguntó ella, tan pronto como estuvieron solos en su habitación —. Vi tu reacción cuando el posadero lo mencionó.

—Mi hermana y su marido —dijo él con brusquedad—. No están en Dumfries, sino justo a las afueras. Tienen una casa allí.

—Perfecto —dijo Diana, sintiendo que el alivio la invadía—. Podemos conseguir más provisiones y comida para el viaje hacia el norte.

—Ya te lo dije antes, mi hermana y yo no nos separamos en buenos términos. Han pasado muchos años desde que hablamos.

Diana estudió la vacilación en su rostro.

—¿Quieres verla?

—Aye —respondió él, tras una larga pausa, aunque su expresión seguía siendo tumultuosa —. Iremos a verla, pero nos quedaremos aquí por la noche.

Se giró, moviéndose hacia la puerta, aún sin mirarla.

—Baja a comer algo, lo que quieras. Tu tía nos dio bastantes monedas. Yo voy a la iglesia local.

Diana frunció el ceño. Aunque sabía que la gente de la época medieval era mucho más religiosa que en su tiempo, le pareció extraño que Artair sintiera la necesidad de buscar una iglesia, especialmente dado que su condición de bruja no parecía molestarle. Parecía encontrar su magia intrigante, no malvada.

Él sonrió ante su expresión sorprendida, desapareciendo el tumulto de sus ojos.

—Quiero confirmar el año. Los libros de registro en las iglesias a menudo los tienen anotados. No quiero alarmar al posadero preguntándole el año.

Después de que se fue, Diana se acercó a la ventana, mirando la bulliciosa calle mientras Artair desaparecía entre la multitud. Incluso si no los había llevado exactamente al año 1390, dado su escaso conocimiento del período, por el aspecto de la ropa de la gente y la aldea misma, parecía que los había llevado bastante cerca.

A pesar de su anterior auto-reproche por llevarlos a la ubicación equivocada, aún los había guiado de vuelta en el tiempo de una pieza. Una repentina oleada de orgullo se elevó en su pecho, junto con un rastro de triste nostalgia. Sus padres habrían estado orgullosos de ella.

Se dirigió abajo, donde tomó un estofado de verduras servido con pan. Eligió comer en su habitación ya que el posadero y otros huéspedes la miraban abiertamente cuando hablaba, y no quería llamar demasiado la atención innecesaria.

Artair aún no había regresado cuando terminó de comer. Para calmar su preocupación, repasó mentalmente algunos hechizos que Kensa le había enseñado, hechizos que podrían ser útiles durante su viaje hacia el norte.

Artair regresó a su habitación justo cuando ella estaba practicando cómo encender una vela usando solo su magia. Ella se volvió para mirarlo, aliviada al verlo.

—Siento haber tardado tanto, muchacha —dijo él con una mirada de disculpa—. Tuve que preguntar por-

—Está bien —lo interrumpió ella—. ¿Y bien? ¿En qué año estamos?

Él le dirigió una mirada grave, tomando ambas manos de ella y llevándola a la cama, sentándose frente a ella. Diana tragó saliva, sintiendo cómo el temor crecía en su pecho.

—Oh, Dios. Por favor, dime que no estamos a cientos de años de donde deberíamos estar —susurró—. Parece que estamos en el siglo catorce o quince, pero no soy historiadora, y-

Se detuvo al darse cuenta de que la boca de Artair temblaba. Estaba tratando de no reírse.

Ella apartó sus manos de las de él con el ceño fruncido.

—Artair. ¿En qué año estamos?

—Es el año de nuestro Señor, 1390 —dijo él con una risita—. Iba a bromear contigo y decirte que estábamos en el siglo noveno, pero no pude... tu cara estaba llena de tanto miedo.

Un alivio abrumador la invadió y dejó escapar una risa.

—Eso habría sido cruel.

—Sí. Por eso no pude seguir con la broma —dijo él, su expresión volviéndose seria—. Necesitas tener más fe en ti misma, muchacha. Fuiste tú, no tu tía, sino tú quien nos guió de vuelta a través del tiempo de manera segura.

Su tono era reverente, y Diana tragó saliva con dificultad mientras el ya familiar dolor del deseo se abría paso por su cuerpo. Recordó la boca de él sobre la suya la noche anterior, su fuerte cuerpo presionado contra el de ella, y anheló que la besara de nuevo.

Pero Artair ya estaba de pie, moviéndose hacia la puerta.

—Ahora que sabemos en qué año estamos y dónde nos encontramos, el resto de nuestro viaje hacia el norte debería ser mucho más fácil —dijo—. Baja cuando estés lista. Pediré otra comida para nosotros abajo.

Se había ido antes de que ella pudiera responder.



DIANA ESTABA de pie en un claro del bosque, su corazón latiendo con fuerza mientras miraba a su alrededor. No sabía dónde estaba, pero sentía el peligro.

Mientras avanzaba tropezando, se detuvo bruscamente. Dos personas se apresuraban hacia ella, dos personas muy familiares. Se quedó inmóvil mientras se acercaban.

Las dos personas eran sus padres. Aún estaban a cierta distancia, pero podía distinguir el familiar cabello rubio y los ojos marrones de su madre, el cabello oscuro y los ojos azules de su padre. La alegría se apoderó de ella y corrió hacia ellos, pero se detuvieron, apartándose de ella.

Y ahora Diana podía ver de quién habían estado huyendo. Un grupo de hombres con rostros pintados que cargaban hacia ellos. El pánico corrió por las venas de Diana; abrió la boca para instarlos a correr.

Pero era demasiado tarde. Los hombres dispararon múltiples flechas a sus padres, y estos se desplomaron en el suelo, sus ojos sin vida mirando al cielo. Diana se dejó caer de rodillas, con gritos de dolor brotando de ella.

—¡Diana!

Diana se despertó con Artair sacudiéndola suavemente. Encontró sus ojos, su respiración aún entrecortada, su corazón aún acelerado, y le tomó varios largos momentos darse cuenta de que lo que había visto solo había sido una pesadilla.

—Está bien, muchacha —murmuró él, atrayéndola a sus brazos y meciéndola mientras su pulso volvía a la normalidad—. Solo estabas soñando.

Ella cerró los ojos, acurrucándose contra su amplio pecho.

Recordaba vagamente los detalles de la noche antes de retirarse a la cama. Habían compartido una cena cortés durante la cual solo hablaron del viaje por venir, cuántos suministros necesitarían y cuántas paradas harían, antes de retirarse a sus habitaciones con educados "buenas noches". Sin embargo, la tensión sexual entre ellos seguía ardiendo, y Diana se había quedado dormida con un dolor entre sus muslos.

—¿Quieres contarme de qué se trataba? —preguntó él, apartándose para mirarla a los ojos.

—Fue... solo una pesadilla —susurró ella, cerrando los ojos ante la horrible imagen de los cuerpos sin vida de sus padres acribillados por lanzas. No quería revivirlo; solo quería olvidar.

—Está bien —dijo él, estirándose para apretar su mano—. Intenta descansar.

Él se puso de pie, y ella habló sin pensar.

—¿Puedes... quedarte conmigo?

Su voz era pequeña, como la de una niña, y la vergüenza la invadió.

—Quiero decir, si no es mucha molestia-

—No lo es —dijo él, con una suave sonrisa.

Se acomodó en la cama junto a ella y la atrajo hacia sí. El zumbido del deseo se agitó en ella, pero algo más también lo hizo. Confort. Una sensación de seguridad, de pertenencia. Nunca antes había sentido una sensación tan fuerte de seguridad. Era lo que necesitaba después de la horrible pesadilla.

No pensó que sería capaz de dormir, pero pronto se encontró quedándose dormida. Esta vez, las imágenes que llenaron sus sueños eran solo de Artair, su cuerpo desnudo junto al de ella, su boca sobre sus labios, y esa gloriosa sensación de *pertenencia*. Esa sensación de hogar.

CAPÍTULO 8



Artair se removió en la silla junto a la cama de Diana, observando cómo ella empezaba a despertar. No había podido dormir a su lado la noche anterior, recordando la deliciosa sensación de su boca abriéndose bajo la suya, y una tormenta de fuego de excitación lo había recorrido. Se había preguntado cómo se sentiría despertarla y reclamar su boca, saborear su piel, hundirse dentro de ella, y estos pensamientos lo habían excitado hasta el punto de la incomodidad.

La culpa se había deslizado por él; la muchacha había sufrido una terrible pesadilla, y él no podía pensar más allá de su deseo. Tuvo que obligarse a salir de la cama y sentarse en la silla, esperando que eso aplacara su necesidad de ella. No lo hizo, pero se mantuvo tercamente en la silla, quedándose dormido siempre que podía.

Observó cómo Diana se despertaba y se volvía hacia él, con la manga de su camión deslizándose para revelar la curva de su hombro desnudo.

—Buenos días, muchacha —dijo con voz ronca—. ¿Dormiste bien?

Diana asintió y se sentó, haciendo que la manga de su camión se deslizara un poco más, revelando aún más su hombro, y él tuvo que apretar los dientes contra el dolor que se encendió dentro de él ante esa vista.

—Gracias por quedarte conmigo.

—Aye —dijo, poniéndose de pie y estirándose; sus músculos dolían por haber pasado la noche en la silla.

Diana lo estudió, con los ojos muy abiertos.

—¿Dormiste toda la noche en esa silla?

—No —mintió. Ella no necesitaba saber que su deseo por ella lo había obligado a salir de la cama—. Me desperté poco antes que tú.

Ella sonrió, curvando sus labios, y él se permitió fantasear con apoderarse de esa hermosa boca con la suya. Pero se obligó a apartar la tentadora imagen, moviéndose hacia la puerta.

—Deberíamos ponernos en camino.



MIENTRAS CABALGABAN FUERA del pueblo y hacia el oeste en dirección a Dumfries, la ansiedad lo invadió al pensar en ver a su hermana de nuevo, y sus manos temblaban sobre las riendas. Había viajado en el tiempo —dos veces— y sin embargo estaba más nervioso por volver a ver a su hermana.

Pensó en las duras palabras que habían intercambiado la última vez que se vieron, y el arrepentimiento lo invadió. Liosa había expresado su frustración por el creciente aislamiento

autoimpuesto de Artair después de la muerte de su padre; cómo se enfocaba más en sus deberes como laird que en la familia o las relaciones. Su enojo alcanzó su punto máximo cuando él comenzó a rechazar invitaciones a reuniones y cenas de clanes locales.

—¡Pronto no tendrás a nadie en tu vida que te importe! ¡O a quien le importes! ¡Te estás volviendo igual que nuestro padre! ¡Él no tenía a nadie al final, a nadie más que a nosotros! —había gritado Liosa.

—¿Estás tratando de decirme algo, hermana? —desafió Artair—. No considero un insulto que me comparen con el padre que nos amó...

—No pretendía que fuera un insulto...

—¡Nuestro padre me dejó la mansión y nuestras tierras; es toda mi responsabilidad! ¡No te necesito a ti ni a nadie! —rugió.

El dolor entró en los ojos de su hermana, y él se arrepintió de sus palabras. Pero su orgullo lo gobernaba en aquellos días. Simplemente continuó fulminando con la mirada mientras el rostro de Liosa se sonrojaba de dolor y enojo.

—Está bien, hermano —respondió suavemente—. Te daré lo que deseas: tu soledad.

Ella se fue de la mansión al día siguiente. Él pensó que se calmaría y volvería, pero después de que pasó un mes, y luego otro, se dio cuenta de que su hermana no iba a regresar. Su orgullo y terquedad le impidieron disculparse, pedirle que volviera.

Ella le envió cartas a lo largo de los años, haciéndole saber su paradero y dándole breves actualizaciones sobre su vida, pero esas cartas pronto se hicieron cada vez más escasas hasta que cesaron por completo.

Se había dicho a sí mismo que era lo mejor, que su hermana sería más feliz sin él, pero había sentido el abismo abierto de su pérdida desde entonces.

Tomó un respiro calmante, diciéndose a sí mismo que solo pediría suministros y continuaría su camino con Diana hacia la siguiente posada. Si Liosa lo echaba, estaba en su derecho. Lo esperaba.

Se acercaron a la gran mansión de su hermana en las afueras de Dumfries, cuya dirección recordaba de la última carta que Liosa le había enviado. Observó la expansiva mansión con una sensación de alivio; al menos su hermana se había casado bien y vivía con comodidad.

Desmontó cuando llegaron al estrecho camino de tierra que conducía a la puerta principal. Antes de que llegaran, la puerta se abrió de golpe y un hombre pelirrojo que no reconoció salió y lo miró. Por su fina vestimenta, Artair supuso que era el laird de la mansión, el esposo de su hermana y su cuñado, el Laird Keagan Padarsan. Una mujer pronto apareció al lado del hombre, y Artair se detuvo en seco mientras miraba a los ojos de su hermana Liosa por primera vez en años.

Se veía tal como la recordaba. Ambos poseían el mismo cabello castaño, solo que ella tenía los ojos oscuros de su difunta madre, no los azules de su padre. Debajo de su nerviosismo, floreció una sensación de orgullo. Su pequeña Liosa era ahora una mujer adulta, una dama de su propia mansión.

El rostro de Liosa se había puesto blanco al verlo, y pensó que la vio tambalearse un poco. Dio un paso adelante, forzando una amplia sonrisa.

—Liosa.

Liosa salió por la puerta principal, centrándose solo en Artair y sin dirigir una mirada a Diana. Lo alcanzó, su expresión de shock dando paso a una ira ardiente. Levantó la mano y abofeteó fuertemente a Artair.

Artair se aferró la cara, tambaleándose. Liosa se aferró la mano, su respiración agitada,

lágrimas de ira llenando sus ojos.

—Siete años sin una palabra. ¡Siete años y apareces aquí de la nada!

La voz de Liosa se quebró y comenzó a llorar, sus hombros temblando, y el corazón de Artair se agrietó de culpa y arrepentimiento. Quería estrecharla entre sus brazos, disculparse mil veces, pero sospechaba que eso le ganaría otra bofetada. Una bien merecida.

Keagan se apresuró, abrazando a Liosa mientras ella lloraba.

—Soy Keagan, el marido de tu hermana —dijo, con expresión fría y poco amistosa—. He oído mucho sobre ti.

Sospechaba que su hermana no le había contado cosas buenas sobre él. Dio un paso atrás, tragando saliva con dificultad. Había sido un error venir aquí.

—L-lo siento por haberte causado tanto dolor, Liosa —murmuró—. Me iré.

Le hizo un gesto a Diana para que lo acompañara. Pero Diana sutilmente negó con la cabeza, dirigiéndole una mirada de desaprobación. Se acercó a él, bajando la voz.

—Artair, no deberías dejarla así.

—Tiene razón en estar enojada. Fue una tontería venir aquí.

Se dio la vuelta para dirigirse a su caballo, pero una voz lo detuvo.

—Artair Dalaigh —la voz de Liosa aún temblaba de ira, pero ahora era más firme—. No vas a alejarte de mí, no otra vez. Te vas a quedar y tienes algunas explicaciones que dar.



LIOSA MIRABA FIJAMENTE las llamas de la chimenea, con los hombros tensos. Keagan los había dejado solos, y una criada había acompañado a Diana a una habitación para que se lavara y cambiara de ropa.

Le había contado a Liosa la misma historia que le había contado a Tamhas y a sus hombres, que había estado viajando hacia el norte desde Inglaterra cuando el carruaje compartido que había tomado con Diana fue asaltado por bandidos. Juntos se dirigían a las Highlands: Diana para visitar a su familia, Artair de vuelta a su mansión. Optó por no compartir la aterradora situación de rehenes en la que se habían encontrado con los hombres de la frontera; no quería preocupar innecesariamente a su hermana. No después de tanto tiempo sin verse.

Mientras hablaba, la expresión de Liosa no cambió, y mantuvo su mirada fija en las llamas.

—Sabes... estaría menos enojada si simplemente me dijeras la verdad —dijo finalmente.

Él frunció el ceño.

—¿La verdad? Lo hice. Te dije...

—Sobre tú y la sassenach.

—¿Diana?

—Sí —dijo ella, con un rastro de impaciencia—. Ustedes dos son más que simples viajeros extraviados. ¿Es tu amante? ¿Te acuestas con ella?

Se sorprendió al oír a su pequeña hermana hablar tan claramente. *Ya no es pequeña*, se recordó. Era una mujer casada. Bajó los ojos, sorprendido —e irritado— de que su deseo por Diana fuera tan evidente.

—Te estoy diciendo la verdad —mintió—. Diana es una muchacha encantadora, sí, pero apenas la conozco. La estoy escoltando a las Highlands ya que no es seguro que una muchacha viaje sola.

Liosa aún parecía sospechosa. Su hermana siempre había sido perceptiva, incluso cuando era una niña. Recordó una vez que había intentado escabullirse del castillo para ir a cabalgar con sus

amigos en lugar de hacer sus lecciones con el tutor del castillo. Liosa lo había atrapado y lo había interrogado hasta que no tuvo más remedio que confesar, una confesión que ella rápidamente contó a sus padres y al molesto tutor. En ese momento, se había enfurecido con su hermana, pero ahora una sonrisa divertida tocó sus labios ante el recuerdo. Liosa malinterpretó la sonrisa y lo fulminó con la mirada.

—Me alegra que encuentres esto tan divertido —espetó.

—No me estaba riendo de ti —dijo él, borrando su sonrisa—. Liosa, sé que merezco tu enojo. Estuvo mal de mi parte no contactarte durante tanto tiempo. Solo necesitamos provisiones y seguiremos nuestro camino.

—Ah —dijo Liosa, con un destello de dolor cruzando su rostro—. Solo necesitas algo de mí, y tú...

—Me avergonzaba, Liosa —interrumpió Artair.

Liosa se quedó quieta, guardando silencio.

—Me-me avergonzaba haber dejado que mi orgullo y terquedad te alejaran —continuó, con el pecho oprimido—. Temía haberte alejado para siempre. Yo-iba a contentarme con casarme con la hija de un jefe de clan, Caitria MacGreghor. Los MacGreghors iban a ser mi familia. Pensé que al menos ayudaría con mi soledad; no necesito el amor como tú. Pensé que tu vida sería mejor sin tener que preocuparte por tu terco hermano.

—Entonces eres un cobarde. Nunca le das la espalda a la familia, nunca —dijo firmemente.

Exhaló un suspiro, volviendo a mirar las llamas.

—Tú y tu sassenach pueden quedarse esta noche para cenar y abastecerse. Luego deberían seguir su camino.

CAPÍTULO 9



—*E*res más o menos del mismo tamaño que la señora de la casa. Te traeré uno de sus vestidos para que te lo pongas —dijo Bernasa, una joven criada, mientras conducía a Diana al interior de una gran habitación de invitados.

Diana la siguió obedientemente a la habitación. Ella y Keagan habían dejado a Artair y a su hermana a solas, y Keagan le había pedido a Bernasa que le buscara una habitación de invitados y algo de ropa, por lo que estaba agradecida: el vestido con el que había viajado desde el siglo XXI estaba ahora sucio y rasgado por todo el viaje sin parar.

—Gracias —dijo Diana, admirando la habitación con asombro silencioso.

Era elegante y, en su opinión, demasiado grande para una sola persona, con suelos de madera, enormes ventanas que daban a los jardines delanteros y una cama frente a una chimenea de ladrillo que rugía con el fuego.

Bernasa se marchó con una educada reverencia y Diana se dejó caer sobre la cama con un suspiro tembloroso, sus pensamientos volviendo a Artair. Aunque sabía que Artair y su hermana estaban distanciados, no había esperado esa escena entre los dos. Incluso a través de la furia de Liosa, Diana podía notar que amaba ferozmente a su hermano. En los días oscuros después de la muerte de sus padres, Diana había anhelado tener un hermano, alguien que entendiera y compartiera su dolor. Sabía que Artair y su hermana habían perdido a su padre, ¿no debería eso haberlos unido más? ¿Qué había pasado para separarlos?

No es asunto tuyo, se regañó a sí misma, cuando Bernasa volvió a entrar en la habitación con un elegante vestido verde y una palangana.

—Permítame ayudarla, mi señora —comenzó Bernasa, dando un paso adelante, pero Diana negó con la cabeza.

—Estoy bien, gracias —dijo apresuradamente—. Puedes retirarte.

Un destello de sorpresa dolida apareció en los ojos de Bernasa, pero obedeció con otra educada reverencia. *La gente tiene sirvientes que les ayudan a bañarse y vestirse en esta época*, se recordó Diana. Tendría que tenerlo en cuenta cuanto más tiempo se quedara en esta época.

Una vez sola, se lavó a fondo la piel, estremeciéndose al sentir el agua fría. Cuando estuvo limpia, se cambió y se puso el vestido nuevo, que le quedaba perfecto. Artair entró justo momentos después de que Bernasa se llevara la palangana.

Él también se había aseado y ahora llevaba una túnica blanca y un largo kilt con cinturón; era la primera vez que lo veía con uno, y le quedaba como un guante. Estaba impresionantemente guapo. Su corazón se aceleró, y tuvo que esforzarse por mantener una expresión neutral, sin querer que él viera el efecto que tenía en ella.

—Supongo que has hablado con tu hermana —preguntó.

—Aye —dijo él, con los ojos llenos de conflicto—. Siento que hayas tenido que presenciar eso. Pensé que nos echaría, pero ha accedido a darnos cobijo por la noche y provisiones para que podamos continuar nuestro camino. Es mi orgullo lo que nos ha mantenido separados durante tanto tiempo; nunca volveremos a tener la relación que teníamos antes.

—¿Cómo lo sabes? —le desafió Diana, acercándose a él—. Es tu hermana, tu única familia viva. Ella te quiere... y tú la quieres.

—Ha pasado demasiado tiempo —dijo él, negando con la cabeza.

—Si yo tuviera un hermano, la única familia que me quedara en el mundo, haría todo lo posible por arreglar las cosas —dijo Diana, sosteniéndole la mirada.

—Pensé que ansiabas tu soledad —replicó Artair, arqueando una ceja.

—Eso es porque solo he conocido la soledad —dijo ella sin pensar, y se dio cuenta de que era cierto.

Su tía Maggie la había criado después de la muerte de sus padres, y tenía a Kensa. Las quería a las dos, pero ninguna de las dos relaciones se acercaba a la que había tenido con sus padres. Las pocas relaciones románticas que había tenido a lo largo de los años habían ido y venido, y no tenía amigos cercanos. Había llegado a aceptar que solo podía, y debía, confiar en sí misma.

La expresión de Artair cambió a una de simpatía, antes de que algo ilegible brillara en sus ojos.

—No creo que siempre vayas a estar sola, muchacha —dijo. Extendió la mano para tocarle el lado de la cara, y una espiral de calor se retorció en su vientre—. Eres una muchacha demasiado encantadora para estar sola mucho tiempo.

A Diana se le cortó la respiración; se dio cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro. El recuerdo de sus labios sobre los de ella en los establos se grabó a fuego en su mente. Sus ojos azules se clavaron en los de ella, y mientras él se inclinaba hacia delante, un *anhelo* la invadió, un anhelo que solo Artair podía satisfacer.

—El señor y la señora quieren que sepáis que la cena se servirá en breve —la voz de Bernasa les interrumpió desde fuera de la puerta, rompiendo el acalorado momento.

Artair se apartó de ella, parpadeando y aclarándose la garganta.

—Te veré abajo.

Diana cerró los ojos mientras su acelerado corazón disminuía su trepidante ritmo, deseando conocer un hechizo mágico que pudiera extinguir el deseo por un hombre al que nunca podría tener realmente.



DIANA NUNCA HABÍA ESTADO en una cena más tensa en su vida. Ella y Artair se sentaron frente a un silencioso Keagan y Liosa, mientras Bernasa iba y venía apresuradamente para rellenar sus copas.

Artair estaba concentrado en su plato, tan silencioso como Keagan y Liosa, mientras Diana intentaba disfrutar de su comida. Aunque la comida en la posada había sido suficiente, esta cena era francamente succulenta: venado con especias y zanahorias asadas acompañadas de cerveza. Pero era difícil disfrutar de su comida cuando se sentía como si estuviera en medio de una guerra silenciosa entre Artair y Liosa.

—Esta es una cena encantadora —dijo Diana finalmente, desesperada por romper la tensión—. Gracias.

—Sois muy bienvenida —respondió Liosa, aunque su tono era poco amistoso. Se reclinó en

su silla, dándole una mirada evaluadora—. ¿De qué parte de Inglaterra sois?

—Del sur —respondió Diana, tratando de mantener un tono ligero, a pesar del martilleo de su corazón.

—Vuestro acento es extraño —dijo Liosa, entrecerrando los ojos—. Estando tan cerca de la frontera, hemos visto pasar a muchos ingleses. ¿Cuál es el nombre de vuestra aldea natal?

—Basta, Liosa. No descargues tu enojo hacia mí en Diana —espetó Artair.

—Solo me parece extraño que una sassenach viaje contigo. Una que sin duda está encantada de haber atrapado a un laird de las Highlands.

Diana miró a Liosa con incredulidad. De todas las acusaciones que esperaba recibir, esta no era una de ellas.

—Liosa —siseó Artair, fulminando con la mirada a su hermana.

—Puede que esté furiosa con mi hermano, y que no hayamos hablado en mucho tiempo, pero es la única familia que tengo, y aún lo protegeré. Puedo decir que estáis mintiendo sobre algo y no confío en vos. No dejaré que lo engañe una ramera sassenach que...

—¡Basta! —rugió Artair, poniéndose de pie. Se inclinó y ayudó a una temblorosa Diana a levantarse—. Puede que seamos invitados en tu casa, pero no me quedará sentado aquí y dejaré que insultes a Diana. Estaremos encantados de volver cuando te disculpes.

Liosa tuvo el buen juicio de parecer arrepentida, pero Diana aún le lanzó una mirada fulminante mientras ella y Artair salían de la habitación. Él la condujo arriba a su habitación de invitados, dándole una mirada de disculpa.

—Lo siento, Diana —murmuró—. No esperaba que descargara su enojo en ti.

—No tienes que disculparte —dijo Diana, bajando la voz—. Pero Artair, ¿puedo sugerir que le digas la verdad? ¿O al menos parte de ella? Confías en tu hermana, ¿no?

Aunque las palabras de Liosa aún molestaban a Diana, sabía que su enojo debía provenir de su dolor por el distanciamiento de Artair. Y obviamente no se había creído su historia. Quizás alguna parte de la verdad aplacaría la hostilidad de Liosa.

—Con mi vida —respondió él—. Pero no es tan simple, Diana. Ya no tenemos la misma relación que antes. Y no puedo decirle que hemos viajado en el tiempo; no tengo duda de que nos echaría si...

—Entonces cuéntale sobre esos hombres en la frontera que nos tomaron como rehenes. Estaremos aquí una noche más, Artair. Tal vez puedas usarla para cerrar la brecha entre vosotros dos.

CAPÍTULO 10



Aunque intentó seguir las palabras de Diana mientras regresaba al comedor, su enojo hacia su hermana no había disminuido. Tan pronto como entró en la habitación, fulminó a Liosa con la mirada. Notó que Keagan no estaba allí; se preguntó si su ausencia era intencional.

—¿Cómo te atreves...? —comenzó.

Pero Liosa se puso de pie, levantando las manos en un gesto de súplica.

—Tienes razón —lo interrumpió—. Me arrepentí de mis palabras tan pronto como salieron de mis labios.

Él guardó silencio, estudiando a su hermana con sorpresa. Con su carácter obstinado, nunca había conocido a Liosa por disculparse tan fácilmente. Como si leyera sus pensamientos, ella le dedicó una pequeña sonrisa.

—Ya no soy la niña testaruda que una vez conociste, hermano —dijo.

No pudo evitar sonreír, su enojo desvaneciéndose. Quizás Diana tenía razón, y ella merecía conocer parte de la verdad.

—Yo también debería disculparme —dijo—. Tenías razón. No he sido completamente sincero contigo.

Los ojos de Liosa se agrandaron, llenándose no de ira, sino de triunfo.

—Pude darme cuenta tan pronto como los vi que había algo más. ¿Qué es? ¿Es tu amante? ¿Está embarazada? ¿Están casados en secreto porque es una sassenach y los clanes del norte no la aceptarían? ¿Es por eso que estabas en Inglaterra? ¿Es...?

—Liosa —la interrumpió, riendo ante las creativas suposiciones de Liosa, aunque sus palabras pusieron en su mente la tentadora imagen de Diana, hinchada con su hijo—. Nada de eso es cierto. Lo que sí es cierto es que fuimos tomados como rehenes por un grupo de hombres de la frontera. Sospechaban de un montañés y una sassenach viajando por sus tierras, pero logramos escapar de ellos.

Liosa palideció ante sus palabras.

—¿Hombres de la frontera? —preguntó—. ¿Cómo eran?

—Eran al menos una docena. Pero el nombre de su líder es Tamhas. ¿Los... conoces? —preguntó, sintiendo una punzada de alarma en su espina dorsal.

—No —dijo Liosa rápidamente, aunque la palabra pareció forzada—. Te agradezco que me hayas dicho la verdad, hermano. Me alegro de que logran escapar de ellos. —Ladeó la cabeza, dándole una larga mirada—. ¿Y no hay nada entre tú y Diana?

Tragó saliva con dificultad; maldita sea la aguda percepción de su hermana. Pero si quería que ella lo perdonara, que se abriera con él, necesitaba ser más sincero con ella.

—La he besado —admitió, bajando la mirada. Era extraño discutir tales asuntos con su

hermana—. Pero no pasará nada más. Solo la estoy acompañando a las Tierras Altas, nada más.

Liosa arqueó una ceja.

—Nunca fuiste un buen mentiroso —dijo con una risa ligera—. Especialmente cuando intentas mentirte a ti mismo.



SU HERMANA TENÍA RAZÓN: se estaba mintiendo a sí mismo. Deseaba a Diana más que a cualquier otra muchacha. Esa noche, imágenes de Diana llenaron sus sueños. Diana tomándolo de la mano mientras lo guiaba hacia un oscuro abismo arremolinado, instándolo a confiar en ella. Sus labios presionados contra los de ella y luego recorriendo la suave extensión de su piel. Sus ojos marrones riendo mientras lo miraba.

Se despertó con el miembro hinchado y tuvo que apretar los dientes contra la oleada de pura necesidad que surgió dentro de él. Diana no solo era una bruja, era una maldita tentadora. Solo necesitaba llevarla de vuelta a Tairseach, y con el tiempo, ella se desvanecería de su mente.

Se levantó de la cama, deteniéndose en seco cuando notó que el mundo fuera de sus ventanas estaba lleno de nada más que blanco puro. La inquietud se enroscó a su alrededor mientras se acercaba a las ventanas.

Una gruesa capa de nieve cubría los terrenos, y aún más nieve caía. Cerró los ojos. No habría viajes con este clima.

—¿Artair?

Escuchó la voz vacilante de Diana fuera de su puerta. Caminando hacia ella, encontró a Diana de pie allí, vestida solo con su camisón y una capa de lana. Ella pasó junto a él, cruzando hacia la ventana.

—No iremos a ninguna parte pronto, ¿verdad? —preguntó, exhalando un suspiro—. Parece que voy a estar atrapada en este tiempo para siempre.

Un desaliento genuino daba forma a sus palabras; un agudo recordatorio para él de que ella no quería estar aquí en este tiempo. Incluso mientras se decía esto, su miembro se agitó ante la visión de ella: llevaba sus rizos dorados sueltos sobre los hombros, y el contorno de sus pechos bajo el camisón era francamente distractor. Se obligó a desviar la mirada.

—Lo harás. Tienes mi palabra, muchacha. Te llevaremos a Tairseach.

Ella se volvió hacia él con una sonrisa irónica.

—Se supone que yo soy la que debe llevarte a casa, ¿recuerdas?

—Nos trajiste a esta época, Diana —le recordó—. Yo puedo llevarnos al norte. Deberíamos vestirnos e ir a ver a mi hermana —añadió, tratando de no mirar fijamente la tentadora curva de sus pechos. Necesitaba sacarla de su habitación.

Diana pareció un poco herida por su despedida, pero asintió en señal de acuerdo y se marchó. Una vez que ella se fue, él cerró brevemente los ojos y se acercó a la ventana. Parecía como si el destino se estuviera burlando de él al obligarlo a permanecer tan cerca de la tentadora muchacha que deseaba.

Se vistió y bajó las escaleras para encontrar a Liosa poniendo la mesa. Bernasa no se veía por ninguna parte.

—Parece que tú y tu muchacha inglesa están atrapados aquí, hermano —dijo Liosa con ironía. —Anoche envié a los sirvientes a casa para que atendieran a sus propias familias durante esta tormenta; estamos por nuestra cuenta hasta que se despeje.

Diana entró entonces en la habitación, luciendo aún más hermosa con un vestido azul claro.

Observó a Liosa poniendo la mesa y se acercó.

—Déjeme ayudarla —ofreció.

—No es necesario, eres mi invitada —dijo Liosa, con tono frío—. Por favor, siéntate. Los dos.

Él frunció el ceño, sin que le gustara su actitud fría hacia Diana, pero optó por quedarse en silencio. Habían hecho un buen progreso anoche; no quería deshacer su frágil paz.

Cuando Keagan se unió a ellos, se sentaron a comer un guiso de venado.

—Si esta tormenta dura días, quizás agotemos nuestras provisiones —dijo Keagan, dirigiendo una mirada preocupada a Liosa.

—Podemos discutir esos asuntos cuando nuestros invitados no estén presentes —respondió Liosa, sin levantar la vista de su plato.

Artair se quedó inmóvil, observando la repentina tensión en su hermana: sus hombros rígidos, su rostro pálido. Una casa de este tamaño no debería quedarse sin provisiones tan rápidamente.

—¿Estás escasa de alimentos? —preguntó. Cuando su hermana no respondió, insistió—. ¿Liosa?

—No es asunto tuyo, Artair —respondió ella secamente.

Intercambió una mirada con Diana, quien le hizo un sutil gesto negativo con la cabeza. Pero los instintos de Artair estaban en alerta: algo estaba pasando aquí, algo más que solo escasez de alimentos. Podía notarlo por la tensión mutua de Liosa y Keagan.

—Si necesitas ayuda con algo, si hay deudas, o... —continuó.

—He dicho que no es asunto tuyo —espetó Liosa—. No puedes aparecer aquí después de todos estos años y...

—Sí es asunto mío —replicó Artair—. Eres mi hermana.

—¿Lo soy? —respondió Liosa con una risa amarga—. Pensé que lo habías olvidado.

Él la miró con furia, y ella le devolvió la mirada; la paz tentativa entre ellos ahora estaba hecha añicos.

—Ya no tengo hambre, y necesito ocuparme de la próxima comida —murmuró Liosa, poniéndose de pie.

Keagan la siguió fuera de la habitación después de lanzarle a Artair una mirada oscura. Cuando se fue, Artair se volvió hacia Diana, quien también le dirigió una mirada de molestia.

—¿Y tú también, muchacha? ¿Estás enojada conmigo?

—Puede que haya sido hija única, pero voy a suponer que tomar una actitud dominante con tu hermana no la hará abrirse a ti. Estoy segura de que te dirá lo que está pasando, pero han estado separados durante muchos años. No puedes presionarla demasiado.

Artair frunció el ceño, queriendo decirle a Diana que podía manejar a su hermana por sí mismo, pero se contuvo de replicar.

—Especialmente —continuó ella—, considerando que es posible que tengamos que estar aquí por unos días. No es como si hubiera quitanieves en esta época.

Él no sabía qué era un quitanieves, pero no insistió.

Quería ir tras su hermana y exigirle que le dijera qué le estaba ocultando. Sin embargo, tuvo que admitir a regañadientes que Diana tenía razón. Presionar a Liosa sobre el asunto solo empeoraría las cosas.

Diana se puso de pie, acercándose a una de las grandes ventanas del comedor y mirando hacia afuera. Parecía perdida en sus pensamientos, y la curiosidad lo impulsó a levantarse de su silla para acercarse a ella.

—¿En qué estás pensando? —preguntó—. Si es sobre mí y Liosa, tienes razón. Yo...

—No —dijo ella—. Ya he dicho lo que tenía que decir sobre eso. Solo estaba pensando en lo hermoso que es esto. Nieva en Londres, por supuesto, pero no hay nada como la nieve en el campo escocés. Mis padres me llevaban a las Tierras Altas para el Yule cuando era pequeña, y se acostaban conmigo en el suelo para hacer ángeles de nieve. Es uno de mis recuerdos favoritos.

Sonrió, sus ojos iluminándose con el recuerdo.

—Liosa y yo hacíamos lo mismo, aunque nuestra criada nos regañaba, diciéndonos que cogeríamos fiebre —murmuró él, contemplando la nieve—. A veces nos escabullíamos para jugar en la nieve con los hijos de los sirvientes.

—La nieve es mágica para los niños, ¿no es así? —preguntó Diana, alzando sus hermosos ojos hacia él con una risa.

—Aye —dijo él—. ¿Los quieres? ¿Niños?

No sabía de dónde venía la pregunta, pero de repente sintió un ardiente deseo de saber. Diana tragó saliva, volviendo su atención a la nieve.

—No —dijo, y su pecho se contrajo ante sus palabras—. Esta... habilidad mía... no quiero pasar la carga de la magia a un hijo. Conozco el lado oscuro de lo que mi poder puede hacer.

El dolor tensó su expresión; él no deseaba nada más que quitárselo.

—No creo que tu brujería, tu magia, sea una carga —murmuró—. Creo que es parte de ti. Creo que te hace especial. Pero hay otras cosas especiales en ti también. Tienes un buen corazón, por haber aceptado transportarme al pasado. Y... eres hermosa, muchacha. La más hermosa que he visto jamás. Sería una lástima no transmitir esos rasgos a un hijo tuyo.

Diana se volvió para mirarlo, un rubor extendiéndose por sus mejillas. Nuevamente, la imagen de Diana hinchada con un hijo, su hijo, entró en su mente, y el deseo que siguió a esa imagen lo hizo levantar la mano para agarrar suavemente su nuca, para apretarla contra él, para sumergirse en su dulce boca con su lengua.

Su deseo por ella lo consumía; no le importaba estar en el comedor de su hermana: quería tomarla allí mismo, bajarle el corpiño del vestido y saborear sus hermosos senos antes de dejar que sus dedos se deslizaran hacia abajo para acariciar su centro.

—Te deseo, muchacha —murmuró, apartando su boca de la de ella para sembrar besos a lo largo de su mandíbula, bajando hasta su garganta. Ella dejó escapar un suave gemido, y él la acercó más—. No me importa que no pertenezcas a este tiempo. Me duele el alma por ti, Diana, mi bruja dorada. Apenas puedo respirar cuando estoy cerca de ti.

—Artair —susurró ella, arqueando el cuello mientras él succionaba la piel en su base—. Yo también te deseo. Mucho. Pero...

Tomó aire, dando un paso atrás y privándolo de su delicioso calor.

—Pero fui enviada de vuelta contigo para guiarte de regreso a casa —dijo, sin mirarlo mientras hablaba—. Y eso es lo que haré, y todo lo que haré. Nos hemos desviado lo suficiente. Mi... mi magia aún es nueva. No puedo dejarme distraer por lo mucho que te deseo.

—Diana... —susurró él, dando un paso adelante, pero ella retrocedió otro paso; el movimiento le partió el corazón.

—Lo siento —susurró, y salió apresuradamente de la habitación, dejándolo solo y dolido tras su partida.

CAPÍTULO 11



*T*e deseo, muchacha.

Las palabras de Artair la llenaron de anhelo. Apenas podía respirar cuando regresó a su propia habitación. *Solo es deseo*, se dijo a sí misma. Un deseo abrasador y fuera de serie, pero deseo al fin y al cabo. Ya era bastante malo que lo deseara, pero hacer el amor con él —la idea de lo cual enviaba un torbellino de calor por todo su cuerpo— la haría empezar a sentir cosas por un hombre nacido siglos antes que ella.

Había necesitado toda su fuerza de voluntad para alejarse de Artair, para no ceder a la apasionada necesidad que corría por sus venas. Necesitaba concentrarse, llevarlo de vuelta a su mansión y luego regresar a su propio tiempo.

Apartó el recuerdo de los labios de Artair en su garganta, la sensación de su cuerpo ancho y musculoso presionado contra el suyo. Debería intentar aprovechar el tiempo extra que tenía aquí en la mansión para fortalecer sus habilidades mágicas y practicar hechizos.

Diana cerró la puerta con llave para asegurarse de que nadie la interrumpiera. La hermana de Artair parecía desconfiar de ella. Solo podía imaginar la reacción de Liosa si la encontraba intentando realizar hechizos. Una regla que había escuchado una y otra vez de sus padres era nunca practicar magia abiertamente en el pasado supersticioso.

Pero cuando intentó recitar hechizos básicos de memoria, descubrió que no podía concentrarse. Su mente traidora seguía llenándose de pensamientos de Artair, del deseo crudo en sus ojos azules mientras la besaba. *Te anhele, Diana, mi bruja dorada*.

Cerró los ojos, exhalando un suspiro. No serviría de nada intentar practicar cuando todo lo que podía pensar era en Artair. Aún podía hacerse útil, y aunque era poco probable que volviera a ver a la hermana de Artair una vez que se fuera de aquí, estaba decidida a caerle bien a Liosa.

Fue en busca de Liosa, encontrándola en las grandes cocinas en la parte trasera de la mansión. Liosa estaba concentrada cortando verduras cuando Diana entró.

—¿Hay algo en lo que pueda ayudar? —preguntó Diana.

Liosa no levantó la mirada.

—No, eres nuestra invitada. Por favor, vuelve a tu habitación.

La frustración se agitó dentro de Diana, pero miró alrededor, viendo un delantal colgado en la esquina de la cocina, uno que no parecía muy diferente a un delantal moderno. Se lo puso y dio un paso adelante.

—Insisto —dijo Diana con firmeza.

Liosa dejó de cortar, mirándola, y por un segundo Diana creyó ver un destello de admiración en los ojos de la otra mujer.

—Está bien —murmuró Liosa, volviendo su atención a las verduras—. Puedes cortar esas

calabazas de allí.

Sintiendo una ridícula cantidad de triunfo, Diana se movió hacia el extremo del mostrador donde había un montón de calabazas de invierno y obedientemente comenzó a cortar. Trabajaron en silencio durante varios largos momentos antes de que Liosa hablara.

—Te importa mi hermano —dijo, todavía sin levantar la mirada. Era una afirmación, no una pregunta.

Diana se sonrojó, pero sabía que era mejor ser honesta.

—Sí —dijo.

Esperó una pregunta de seguimiento, con el corazón martilleando en su pecho, pero para su alivio no hubo ninguna. Liosa ahora estaba resueltamente enfocada en cortar en cubitos un montón de zanahorias.

—¿Cómo era Artair? —preguntó Diana, ansiosa por saber más sobre el hombre que deseaba tanto—. ¿Cuando era niño?

—Lo opuesto a como es ahora —dijo Liosa después de una breve pausa, con una sonrisa nostálgica tirando de sus labios—. Locuaz. Siempre contando historias. Mi padre solía decir que era un narrador nato.

Diana sonrió, tratando de imaginar a un joven y alegre Artair contándole historias a Liosa.

—Yo le tenía miedo a los caballos cuando era más joven, así que solía decirme que podía hablar con ellos. Según Artair, le decían que nunca me harían daño. Yo sabía que no estaba diciendo la verdad, pero aliviaba mis miedos.

Diana se rió divertida.

—Nunca tuve hermanos —confesó—. Son historias como la tuya las que me hacen desear haber tenido.

—¿Entonces solo sois tú y tus padres? —preguntó Liosa, mirándola.

—Sí. Mis padres murieron hace tiempo —dijo, sintiendo una punzada de dolor.

Diana sintió los ojos de Liosa sobre ella mientras se concentraba en la calabaza. Se quedó quieta, levantando la mirada al sentir una suave presión en su brazo. Liosa estaba allí, con su mano sobre su brazo.

—Lo siento —dijo Liosa con una sonrisa empática—. Mi madre murió cuando yo era demasiado joven para recordarla, pero sí recuerdo lo doloroso que fue cuando murió mi padre.

Diana le devolvió la sonrisa, y Liosa regresó a su lado de la cocina. Algo pareció cambiar entre ellas después de ese momento; notó que Liosa parecía menos tensa mientras cortaba.

Trabajaron en un silencio agradable hasta que Liosa insistió en que se fuera y se lavara para la próxima comida, pero esta vez habló con una sonrisa genuina.

Cuando Diana entró en el comedor para la cena, se sentía considerablemente más relajada, aunque evitó el calor de la mirada de Artair sobre ella cuando entró en la habitación con Keagan. Cuando finalmente miró hacia arriba, notó que las expresiones de Artair y Keagan estaban tensas; se preguntó qué habría pasado entre los dos.

Mientras comían, Liosa llenó la mayor parte del silencio con charla trivial, pero Diana notó la creciente tensión de Artair. Tenía la mandíbula apretada y apenas comía. Ella tragó saliva, preguntándose si su tensión era causada por su rechazo después del beso.

—Diana, ¿nos dejarías un momento? —preguntó abruptamente—. Hay algo que deseo discutir con mi familia.

Ella se sorprendió por el dolor que le causaron sus palabras, palabras que le recordaban lo forastera que era. Pero la terquedad la mantuvo clavada en el sitio.

—Insisto en quedarme —dijo, preparándose, segura de que Liosa exigiría que se fuera. Sin

embargo, Liosa permaneció en silencio, y cuando miró a la otra mujer, volvió a captar un breve destello de admiración en sus ojos.

Artair la fulminó con la mirada, sus ojos centelleantes, pero tampoco protestó. En cambio, centró su atención en Keagan y Liosa.

—Ambos me están ocultando algo. Quiero saber qué es.

Diana frunció el ceño sorprendida. Keagan y Liosa se pusieron tensos, evitando su mirada.

—No es asunto tuyo... —comenzó Keagan.

—Deja de decir eso —interrumpió Artair—. Sí, sé que no he estado en contacto, pero eso no significa que no me importe mi hermana y lo que le suceda. Ahora díganme qué es.

—Artair... —intervino Diana, pero Liosa levantó la mano.

—Muy bien —murmuró.

—Es nuestro asunto, esposa —siseó Keagan, pero Liosa estaba concentrada en Artair.

—Hemos tenido problemas con algunos hombres de la frontera. Normalmente no se aventuran tan al norte, pero en los últimos meses han estado robando nuestros caballos, ganado y reservas de alimentos. Uno de ellos —tiene debilidad por las muchachas— ha amenazado con hacerme daño si no damos más de nuestras reservas a sus hombres.

Un pesado silencio cayó. Keagan miraba fijamente la mesa, con la mandíbula apretada. Liosa sostenía firmemente la mirada de Artair, aunque se había puesto pálida. Diana miró a Artair y se estremeció: nunca lo había visto tan furioso.

—¿Cómo se llaman esos hombres? —exigió Artair.

—Artair, no es... —comenzó Liosa.

—¿Cuáles. Son. Sus. Nombres? —repitió.

—Tamhas e Iomhar. Son hermanos —susurró Liosa.

Diana se quedó inmóvil, un escalofrío recorriendo todo su cuerpo. ¿Cómo era posible que Liosa y Keagan estuvieran lidiando con los mismos hombres que ella y Artair habían encontrado?

Y entonces recordó algo que Kensa le había dicho una vez, cómo viajar en el tiempo hacía que las cosas... se juntaran. Cómo aumentaba la posibilidad de lo que parecía una coincidencia. Le había dicho que los hombres y mujeres que enviaba al pasado siempre terminaban cerca de sus compañeros destinados.

Quizás no habían llegado a la frontera y cerca de la casa de Liosa por coincidencia. Quizás era algo deliberado, y estaban destinados a llegar aquí, a ser capturados por esos hombres. Tal vez el deseo de Artair de reconectarse con su hermana era tan poderoso que los hilos del tiempo los habían enviado aquí en lugar de a su mansión.

—¿Tienes hombres que puedan ayudarte? —preguntó Artair, sacándola del torbellino de sus pensamientos.

—No somos como tus clanes de las Highlands —espetó Keagan—. Puedo proteger a mi esposa, mi hogar.

—Claramente no puedes —respondió Artair, y Keagan se puso de pie de un salto.

—No puedes venir a mi casa y presumir...

—Basta, por favor —suplicó Liosa—. Sí, tenemos hombres de las otras granjas que nos ayudan. Los hombres de la frontera han sido una molestia durante meses, pero podemos manejarlos. Ahora, terminemos nuestra comida.

La boca de Artair se tensó, y ella pudo notar que quería protestar, pero el rostro pálido y suplicante de Liosa era insistente. Gruñó su acuerdo, pero permaneció en silencio durante el resto de la comida.

—He preparado otro plato —dijo Liosa, con una alegría forzada—. Arenque salado. Uno de tus favoritos, Artair.

Pero Artair ya estaba de pie.

—Mi estómago está lleno —dijo secamente, antes de salir de la habitación.

Diana les dirigió una mirada de disculpa y se apresuró a seguirlo cuando entró en la sala de estar vacía. Se movió hacia la chimenea, mirando las llamas.

—¿Cómo es posible? Que los mismos hombres que nos tomaron como rehenes... —comenzó.

—Me estaba preguntando lo mismo —interrumpió ella—. He estado pensando, tal vez el tiempo nos trajo aquí porque se supone que debemos estar aquí. ¿Estabas pensando en tu hermana antes de que viajáramos? —preguntó.

—Estaba pensando en lo bien que se sentían tus manos en las mías —dijo. No había calor en su tono; era una declaración objetiva. Aun así, su rostro se calentó—. Y luego... sí. Estaba pensando en ella. Me preguntaba si estaba preocupada por mí; si sabía que estaba desaparecido, y sentí remordimiento por nuestro distanciamiento. ¿Estás diciendo que el tiempo, el destino, quería que estuviéramos aquí?

—Eso creo —dijo Diana.

—Entonces está decidido. No me importa lo que diga mi terca hermana, tan pronto como te lleve de vuelta a Tairseach, regresaré con mis mejores hombres para luchar contra esos bastardos.

Tan pronto como te lleve de vuelta a Tairseach. Diana forzó una sonrisa y asintió. Eso era lo que quería, ella no pertenecía a esta época. Y Artair era perfectamente capaz de proteger a su hermana, a su familia, de la cual ella no formaba parte.

—¿Estás bien, muchacha? —preguntó él—. No te preocupes, te ayudaré a regresar...

—Todo está bien —dijo con otra sonrisa forzada—. Me alegro de que vayas a ayudar a tu hermana. Quiero que lo hagas. Yo... debería volver.

Salió apresuradamente de la habitación antes de que él pudiera ver la tormenta de emociones conflictivas en su rostro, las mismas emociones que desgarraban su corazón.

CAPÍTULO 12



La tormenta de nieve continuaba, y cada día parecía traer más nieve. Conforme pasaban los días, Artair decidió no decirles a su orgullosa hermana y a su cuñado que tenía toda la intención de defenderlos de los hombres de la frontera, sin importar lo que dijeran. En su lugar, mientras pasaba el tiempo ayudando con las tareas que necesitaban atención alrededor de la mansión, se centró en conocer mejor a su cuñado y pasar tiempo con su hermana, todo mientras intentaba reprimir su creciente necesidad por Diana.

—A mi esposa le está empezando a caer bien tu amante —dijo Keagan una mañana, mientras Artair le ayudaba a recoger leña cortada del sótano para llevarla arriba.

—Diana no es mi amante —corrigió Artair.

Keagan le lanzó una mirada de escepticismo, pero no dijo nada, levantando una pila de leña en sus brazos y dirigiéndose hacia las escaleras. Artair lo siguió, esperando que no continuara cuestionándolo sobre Diana.

Keagan lo condujo al salón donde el fuego que ardía en la chimenea había comenzado a apagarse. Echaron varios trozos de leña dentro, y Keagan se inclinó para reavivar el fuego con pedernal y acero, usando vilano para ayudar a que volviera a rugir con vida.

—Supe que quería a Liosa en el momento en que la vi —dijo Keagan después de una larga pausa—. No había necesidad de negar mi deseo por ella.

Artair se tensó; su insinuación era clara.

—Lo diré de nuevo: Diana no es mi amante. Y sé que mi hermana es una mujer adulta ahora, pero no deseo escuchar cómo tú...

—Eso es todo lo que diré —dijo Keagan, levantando las manos—. Y siento más que deseo por tu hermana. Ella es mi vida. La amo con cada aliento de mi cuerpo.

—Sé que lo haces —dijo Artair, suavizando su expresión.

Había observado a su hermana y a Keagan juntos. Las sonrisas que compartían, su suave intercambio de caricias y besos cuando creían que nadie los miraba. Esto provocaba un extraño destello de envidia en su vientre, uno que tenía que templar cada vez que pensaba en Diana. Keagan y Liosa estaban en una situación diferente: estaban casados y ambos habían nacido en el mismo siglo.

—¿Puedo preguntar por qué no tenéis hijos? —preguntó ahora, apartando sus pensamientos de Diana.

Keagan se puso tenso, con dolor brillando en sus ojos.

—No pretendo entrometerme... —comenzó Artair.

—Lo hemos intentado —dijo Keagan, torciendo la boca en una sonrisa amarga—. Dios no ha tenido a bien bendecirnos con un hijo.

Keagan cambió su atención a recoger la leña sin usar y salir del salón, pero Artair pudo ver el dolor persistente en sus ojos. Puede que no conociera a Keagan desde hacía mucho, pero podía decir que era un buen hombre. Había aprendido que Keagan había crecido aquí, pero se mudó a Dumfries para trabajar como comerciante, ya que su hermano mayor había heredado la mansión. Solo se convirtió en señor de la mansión después de la repentina muerte de su hermano por enfermedad, y al igual que Artair, de repente tuvo que asumir la responsabilidad de administrar una casa y tierras. Pero Keagan le había dicho que con la ayuda de Liosa, había sido una tarea fácil.

A petición de Keagan, no mencionó la falta de hijos de la pareja a Liosa, ni quería hacerlo. La tensión persistía entre ellos, pero Artair estaba decidido a hacer las paces con ella. Liosa pasaba gran parte de su tiempo en las cocinas con Diana, preparando todas las comidas mientras los sirvientes estaban ausentes. Así que se ofreció como voluntario para subir sacos de cebada y otras reservas de comida del sótano a las cocinas, esforzándose por quedarse y conversar con su hermana mientras trataba de no centrarse en lo encantadora que se veía Diana, en cómo parecía encajar perfectamente con su hermana, su familia.

Durante una de sus paradas en la cocina, Liosa le contó cómo había conocido a Keagan. Había vivido brevemente con un pariente lejano de ellos en las Tierras Altas del sur. Allí fue donde conoció a Keagan, que estaba visitando a sus propios parientes en la zona.

—Supe tan pronto como lo vi que me casaría con él —dijo, con una sonrisa nostálgica iluminando su rostro—. Me pidió la mano quince días después de conocernos.

—¿Y has sido la señora de su mansión desde entonces? —preguntó él.

—Sí. No era mucho hogar cuando llegué aquí por primera vez; pertenecía a un hermano mayor de Keagan que falleció de una enfermedad hace algunos años. Juntos lo convertimos en un hogar. Es lo que intenté decirte hace años, hermano —dijo Liosa, con los ojos llenos de emoción—. Un hogar es más que solo piedras y ladrillos y sirvientes. Es donde está el amor.

Él se puso rígido, sintiéndose de repente expuesto frente a Diana. Quería decirle a Liosa que si elegía vivir su vida en soledad, era su decisión, pero las palabras no le salían, no con Diana allí. Y las paredes que su hermana había levantado se estaban derrumbando; no le había hablado con tanta emoción en días. No tenía sentido iniciar una discusión, así que asintió a su hermana.

—Tienes razón —dijo—. Yo... debería volver a ayudar a Keagan a cuidar los fuegos.

Diana lo encontró más tarde en una de las cámaras de arriba, apilando más leña en la chimenea.

—Ella tiene razón, ¿sabes? —dijo con una pequeña sonrisa—. Un hogar es más que solo piedras y ladrillos. ¿Es esa la razón de vuestro distanciamiento? ¿Ella quería que encontraras a alguien a quien amar?

Quería decirle a Diana que su relación con su hermana no era de su incumbencia, pero apretó los dientes en su lugar. Se enderezó y la enfrentó.

—Estaba preocupada por mi creciente soledad, sí —murmuró—. Le dije que no la necesitaba a ella ni a nadie. He lamentado esas palabras desde entonces.

—Estoy segura de que ella lo sabe. —Vaciló, dando un paso adelante—. Necesito tomar un descanso del trabajo en la cocina. Ya que está nevando como loco afuera, ¿te gustaría dar un paseo conmigo por la mansión?

—Sí —dijo sin vacilar.

En sus días más orgullosos, se habría negado, recordándole su rechazo cuando le confesó su deseo por ella. Pero anhelaba pasar tiempo con Diana; su necesidad de estar cerca de ella iba más allá de su deseo físico por ella.

Después de la caminata de ese día, comenzaron a dar paseos diarios alrededor de la mansión, durante los cuales él compartía historias de su relación de infancia con Liosa.

—¿Cómo era tu padre? —preguntó Diana, mientras hacían una pausa en su caminata para mirar por los grandes ventanales al final del pasillo del segundo piso.

—Era taciturno. Estricto. No pasaba mucho tiempo con nosotros, pero yo sabía que nos amaba. Como nosotros lo amábamos a él. Creo que la muerte de mi madre lo destrozó. Eligió pasar gran parte de su tiempo solo.

Diana arqueó una ceja.

—Eso suena familiar.

Él se tensó, pensativo. Nunca antes había trazado los paralelos entre él y su padre, el Laird Canon Dalaigh. O quizás nunca se había permitido hacerlo, aunque Liosa una vez lo había acusado de volverse como su padre.

¿Quería compartir el destino de su padre, morir solo, después de una vida de distancia emocional de sus hijos?

—Cuéntame más sobre tu época —dijo, sin querer detenerse en ese pensamiento perturbador—. ¿Cómo es el Londres del futuro?

—Grande —respondió ella, después de una larga pausa, y él se sintió aliviado de que no lo presionara más sobre su padre—. Más grande de lo que podrías imaginar, rebosante de gente. Por eso a menudo iba a las Tierras Altas de Escocia para relajarme. Estaba ansiosa por estas vacaciones en particular... hasta que mi tía me rogó que escoltara a cierto highlander de vuelta a través del tiempo.

Él sonrió, su ánimo se aligeró.

—Pero es un placer estar con él, ¿no es así? Este highlander.

—Aún no lo he decidido —respondió ella, entrecerrando los ojos juguetonamente, y él se rio.

Durante sus paseos y comidas juntos, descubrió más cosas sobre Diana. Ella le contó sobre los aspectos de su trabajo como abogada, su hogar en Londres al que llamaba "piso". Notó que no había entusiasmo en su tono al hablar de su vida en el futuro; había una distancia, como si estuviera hablando de la vida de otra persona.

Una noche después de la cena, cuando Liosa y Keagan se habían retirado, decidió preguntarle sobre algo por lo que parecía tener pasión, incluso si dudaba de sus habilidades. Su brujería.

—¿Cómo es? ¿Poder realizar hechizos?

Sus instintos eran correctos; su rostro se iluminó ante la pregunta. Ellaladeó la cabeza, mordiéndose el labio inferior. Por un breve y acalorado momento, él se imaginó chupando ese hermoso labio, pero se obligó a mirarla a los ojos.

—No sé cómo describirlo —dijo ella.

Él se puso de pie, cruzó hacia ella y la levantó; era solo una excusa para tocarla.

—Bueno —dijo—. ¿Por qué no me lo muestras?

Estaba tan cerca de ella que su aroma natural a miel se colaba en sus fosas nasales. Su respiración se entrecortó; tuvo que concentrarse en sus palabras.

—Se siente como... electricidad. Enroscándose dentro de ti.

Él frunció el ceño. Kensa había intentado explicarle el concepto de "electricidad", pero aún le resultaba difícil de entender.

—No lo entiendo, muchacha.

Diana se mordió el labio, mirando hacia el fuego.

—Como... fuego. Un crepitar bajo la piel. Una sensación de poder fluyendo por todo tu cuerpo —dijo.

Extendió la mano para tocar su brazo, recorriéndolo, y todos los sentidos de su cuerpo cobraron vida.

—Debe ser una sensación increíble —murmuró, tratando de mantener su voz firme.

—Lo es —susurró ella.

El silencio se extendió entre ellos, un silencio cargado de deseo. Mientras sus ojos se encontraban, Artair sucumbió a su necesidad por ella, alcanzándola por la nuca y reclamando su boca con la suya.

Ella lo rodeó con sus brazos, devolviendo su beso con una ferocidad salvaje, y él la maniobró hacia atrás hasta tenerla presionada contra la pared. Acercó su cuerpo aún más al suyo para que ella pudiera sentir toda la fuerza de su excitación.

Diana jadeó en su boca, y él soltó sus labios a regañadientes, aunque la mantuvo dentro del círculo de sus brazos.

—Muchacha, si no quieres esto, necesito que me lo digas ahora —dijo con voz ronca—. Sé que me dijiste que necesitas concentrarte en volver a tu propio tiempo, en tu magia, pero...

Ella lo interrumpió con un beso, y cuando se apartó, sus propios ojos eran pozos de deseo.

—Fue una tontería de mi parte decirte eso —susurró—. Artair Dalaigh... ni se te ocurra detenerte."

CAPÍTULO 13



Artair dejó escapar un gruñido bajo y sensual al oír sus palabras y aplastó su boca contra la de ella. Diana se deleitó con el calor que recorrió su cuerpo, la humedad que se filtraba entre sus muslos y su corazón palpitante. Dejó escapar un grito de sorpresa cuando él la levantó en sus brazos, sacándola del comedor.

—Liosa y Keagan... —susurró ella.

—Ya están dormidos en su habitación —murmuró él—. Y es una suerte, bruja. Pienso hacerte gritar.

El deleite se extendió por todo su cuerpo y ella rodeó el cuello de Artair con sus brazos mientras él subía las escaleras con ella como si no pesara nada y la llevaba a su habitación.

Una vez más, se apoderó de su boca mientras caminaba con ella hacia la cama. Ella gimió contra sus labios, anhelándolo.

Él liberó su boca para depositarla en la cama, y ella dejó escapar un quejido de decepción.

—Paciencia, mi Diana —murmuró, quitándose la túnica y el kilt. Ella contempló su cuerpo desnudo y tragó saliva. Era tan hermoso como lo había imaginado: un torso ancho y musculoso que descendía hacia unos muslos estilizados, y...

Él sonrió cuando los ojos de ella se abrieron al ver su tamaño.

—No te preocupes, bruja —murmuró—. Seré gentil contigo.

—No —dijo Diana, y él se quedó inmóvil, mirándola con sorpresa. Ella le dio una sonrisa juguetona—. No seas gentil.

—Tentadora —gruñó, extendiendo la mano para quitarle el vestido, su mirada recorriendo cada centímetro de su cuerpo desnudo—. Eres hermosa, muchacha. Mi bruja dorada. Mi Diana.

El corazón de ella dio un salto al oír sus palabras. Él se inclinó con un gemido y tomó uno de sus pezones doloridos en su boca, acariciándolo con la lengua mientras ella jadeaba y se arqueaba debajo de él, espirales de placer recorriendo todo su cuerpo. Luego se centró en el otro seno, provocando más gemidos fervientes de Diana.

Mientras la succionaba, su dedo se deslizó hacia abajo para hundirse en su centro, y ella dejó escapar un grito. Continuó acariciando su centro, y su placer aumentó gradualmente hasta que se le hizo difícil respirar. Echó la cabeza hacia atrás, y justo cuando estaba al borde del clímax, él retiró su dedo.

—Artair... —dejó escapar en un jadeo de decepción, pero él levantó la boca de sus pechos para silenciar su protesta con un beso.

—Aún no, mi Diana —murmuró—. Quiero que llegues mientras te saboreo... quiero probar tu dulzura en mi boca.

Para demostrarlo, se llevó el dedo a la boca, chupándolo, y la mera visión hizo que una

necesidad ardiente se enroscara en su vientre.

Manteniendo sus ojos azules fijos en los de ella, fue depositando besos por su abdomen hasta llegar a la unión de sus muslos. Le separó las piernas, dedicándole una sonrisa maliciosa antes de clavar su boca en su centro.

Diana dejó escapar un gemido ahogado mientras él se deleitaba con ella. El dulce dolor que la había atormentado se disolvió en puro placer, y ella gritó cuando él gimió contra ella, agarrando sus nalgas para acercarla aún más a su boca. Diana tuvo que cubrirse la boca con la mano para ahogar sus gritos, pero Artair le apartó la mano de un tirón, con ojos hambrientos y exigentes.

—Quiero oír cada grito, cada gemido —susurró, antes de volver a su montículo para seguir deleitándose.

Diana obedeció. Sus gemidos y gritos formaron una letanía mientras él seguía saboreándola, y cuando su placer llegó al clímax, gritó, su cuerpo temblando salvajemente mientras él continuaba lamiendo su centro.

—Artair —gimoteó—. Artair...

Él continuó lamiéndola mientras sus temblores disminuían; solo cuando se quedó quieta, se alzó sobre ella. Ella lo observó de pies a cabeza: el cabello castaño alborotado, los ojos azules llenos de deseo, su gloriosa desnudez... y ya no podía esperar más, ni un segundo más. Extendió la mano para agarrarlo por las nalgas, y él gimió cuando ella lo guió dentro de su cuerpo.

La sensación de tenerlo dentro casi la hizo llegar al orgasmo instantáneamente; él se quedó quieto, como si sintiera lo cerca que estaba. Y entonces, con un gruñido bajo, comenzó a moverse dentro de ella, enredando sus manos en su cabello y echándole la cabeza hacia atrás para chupar su cuello mientras embestía.

—Artair —susurró Diana—. Oh, Dios...

—Estás tan apretada, muchacha —dijo con un gemido, atrayendo su cuerpo desnudo aún más cerca del suyo.

Ella se deleitó con la sensación de tenerlo contra ella mientras sus cuerpos se movían juntos en un ritmo constante, sus corazones latiendo al unísono. El placer que se extendía desde su centro a todo su cuerpo pronto se volvió insoportable, y dejó escapar un grito cuando otro orgasmo la atravesó. Artair comenzó a temblar sobre ella, y se estremeció, enterrando sus labios en su cabello, gritando su placer y liberación.

Diana tardó varios momentos en recuperar el aliento después de que Artair saliera de ella, aún manteniéndola dentro del círculo de sus brazos. Tenía veintinueve años y nunca había experimentado el amor de esa manera. El hombre sabía cómo trabajar cada centímetro de su cuerpo como un instrumento bien afinado, y en una sola sesión, había arruinado por completo cualquier sexo que pudiera tener en el futuro, aunque apartó ese pensamiento inquietante.

Cuando abrió los ojos, Artair la miraba desde arriba, con sus ojos azules brillando.

—¿Qué pensamientos rondan por esa hermosa cabeza tuya? —murmuró.

—Que eres terrible haciendo el amor —bromeó ella, y él se echó a reír.

—¿Eso crees, bruja? Esos dos clímax tuyos dirían lo contrario.

Ella le dio un empujón juguetón, sus ojos recorriendo su apuesto rostro y su increíble cuerpo, del cual la luz del fuego resaltaba cada centímetro. Sin poder contenerse, extendió la mano para tocar la amplia extensión de su pecho y él dejó escapar un bajo ronroneo de placer. Él alargó la mano para tomar la de ella, deteniendo su movimiento.

—Tu mano sobre mi piel hará que mi verga cobre vida rugiendo, bruja —murmuró—. Y no creo que podamos soportar más actos de amor... todavía no.

Ella simplemente sonrió, apoyando la cabeza contra su amplio pecho, sorprendida por lo *correcto* que se sentía estar en sus brazos. *Dudo que esto sea lo que Kensa tenía en mente*, pensó con una sonrisa.

—¿Qué te divierte tanto? —preguntó él.

—Probablemente mi tía no tenía esto en mente —dijo ella en tono burlón.

—No —dijo él con una sonrisa pícaro—. Pero me alegro. Te he deseado desde que te vi con esos pantalones ajustados que llevabas cuando tu tía nos presentó por primera vez.

—¿Te refieres a cuando dijiste que parecía una puta? —preguntó Diana, arqueando una ceja, y Artair pareció arrepentido.

—Tendrás que perdonarme por eso, muchacha. Estaba tratando de sofocar mi deseo por ti —dijo, extendiendo la mano para acariciar su cabello—. Me alegro de que hayas cambiado de opinión y aceptado ayudarme. Tengo que preguntar... ¿por qué eres tan reacia a usar tu brujería? A la mayoría de la gente le encantaría tener tal poder.

Diana guardó silencio por un largo momento. Una parte de ella quería cerrarse, no hablar de la tragedia de su pasado, pero una parte más fuerte quería confiar en él.

—Mis padres —dijo finalmente—. No sé cuánto te habrá contado Kensa, pero después de que murieron, decidí que nunca viajaría en el tiempo. Mis padres murieron por su magia. Viajaron al pasado y terminaron más atrás en el tiempo de lo que pretendían... es raro, pero puede suceder a veces con los hechizos de tejido temporal. Miembros de una tribu picta los vieron aparecer de la nada... y los mataron en el acto.

El dolor residual fluyó a través de ella mientras hablaba, y Artair la atrajo más cerca.

—La pesadilla que tuve en la posada... era sobre sus muertes. He tenido muchas pesadillas al respecto en el pasado, pero no había tenido una en años. Después de que murieron, le supliqué a otro stiuireadh que viajara atrás en el tiempo, para advertir a mis padres que no fueran... o para salvar sus vidas. Incluso intenté hacerlo yo misma, pero Kensa me advirtió que era demasiado peligroso y que era una causa perdida. Mis padres no pertenecían al tiempo en el que terminaron, y como no pertenecían allí, no podíamos hacer nada para evitar sus muertes. Estaba furiosa con Kensa, con los otros stiuireadh... y le di la espalda a los viajes en el tiempo, a la magia... a todo. Pensé... ¿cuál era el punto de tener magia si no podía salvar a las personas que más amaba en el mundo?

Las lágrimas le picaron en los ojos, y Artair se incorporó, mirándola hacia abajo.

—No había nada que pudieras haber hecho, muchacha —murmuró—. Pero creo que estarían orgullosos de ti ahora. Te has convertido en una mujer de buen corazón... y con magia que solo usas para ayudar a otros. —Llevó su mano a sus labios, con los ojos fijos en los de ella—. Entiendo cómo puede doler la pérdida de un padre. Pero no dejes que eso te defina, Diana.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos. Viajar al pasado había comenzado a desenredar su resistencia hacia la magia y los viajes en el tiempo. ¿No había traído a Artair a su vida? Trató de no pensar en el hecho de que su presencia en su vida era temporal, que ella volvería a su vida y él a la suya. En cambio, decidió centrarse en el tiempo que sí tenían juntos.

Así que se acurrucó contra él, rodeando su cuello con sus brazos.

—Hazme el amor de nuevo, Artair —susurró, y él la complació a fondo.

CAPÍTULO 14



Diana encontró difícil mirar a Liosa a los ojos a la mañana siguiente mientras ayudaba a preparar el desayuno, preguntándose si los habría escuchado a ella y a Artair la noche anterior. Su rostro se acaloró al recordar cómo se había arqueado, retorcido y gemido bajo Artair, la sensación de su cuerpo duro y musculoso contra el suyo, el placer tortuoso de sus labios contra su piel.

—Supongo que tú y mi hermano disfrutaron de la compañía mutua anoche —dijo Liosa con calma, dejando caer un puñado de cebollas en una olla hirviendo.

Diana casi se corta el dedo con el cuchillo que estaba usando para picar zanahorias.

—Yo... eh... —balbuceó, sin saber cómo responder.

—No pasa nada —dijo Liosa, riendo—. Pero te diré algo: mi hermano te aprecia profundamente. Se nota. Y por eso, me alegro. Nunca lo he visto tan prendado de una muchacha como lo está contigo.

Diana tragó saliva, sin saber qué decir. No podía decirle a Liosa que nada podría suceder realmente entre ellos porque ella se iría pronto. Una punzada de dolor la golpeó al darse cuenta de lo difícil que sería dejarlo atrás.

Se sintió aliviada cuando Liosa cambió de tema, pidiéndole que fuera a buscar algunas especias del sótano que Keagan y Artair se habían olvidado de subir a la cocina.

Diana no vio a Artair hasta la cena, ya que dividió su tiempo entre su habitación, donde repasaba mentalmente y practicaba hechizos, y la cocina donde ayudaba a Liosa. Pero su mente seguía volviendo a pensamientos sobre la belleza masculina de Artair, la sensación de su cuerpo entrelazado con el suyo, y para cuando cayó la noche, anhelaba verlo.

—Mi hermano y Keagan han estado trabajando en despejar un camino afuera; la nieve finalmente está empezando a despejarse —dijo Liosa, con los ojos brillantes mientras entraban en el comedor.

Diana se sonrojó; ¿era tan evidente su necesidad de ver a Artair?

—Toma —continuó Liosa, sonriendo cálidamente mientras le entregaba una bandeja de pan recién horneado. Parecía saber que Diana necesitaba hacer algo para ocuparse—. Puedes poner la mesa para la cena.

Mientras Diana y Liosa colocaban platos de pan y estofado para la cena, Artair y Keagan entraron. Keagan saludó a su esposa con un beso; los ojos de Diana se encontraron con los de Artair, y una tormenta de fuego estalló dentro de ella. Él le ofreció una cálida sonrisa, que ella intentó devolver con cortesía casual. ¿Cómo podía comportarse normalmente a su alrededor después de lo que habían compartido la noche anterior?

—Vimos a otros hombres despejando caminos a lo lejos; probablemente sea seguro para

ambos viajar mañana o pasado —dijo Keagan, mientras se sentaban a comer.

—Después de escoltar a Diana a las Highlands, volveré para ayudarte con los hombres de la frontera —dijo Artair, centrándose en su hermana.

Diana bajó la mirada para ocultar la decepción que se apoderó de ella. La semana pasada había parecido un refugio que la tormenta de nieve les había forzado, y ahora era hora de volver a la realidad. El viaje al norte hacia Tairseach, y su eventual partida de Artair.

—Artair... —comenzó Liosa.

—No quiero oír ninguna discordia al respecto, hermana. Voy a volver con hombres para defender tus tierras, lo quieras o no —dijo Artair con firmeza—. Me dijiste que nunca le das la espalda a la familia. No le daré la espalda a la mía. ¿Fueron solo palabras o lo decías en serio?

La sorpresa, y un destello de amor, brillaron en los ojos de Liosa. Se volvió para mirar a Keagan; algún acuerdo pareció pasar entre ellos. Finalmente, Liosa se volvió hacia Artair con un suspiro.

—Parece que te vas a salir con la tuya, hermano —respondió, pero le ofreció una pequeña sonrisa—. No soy la única Dalaigh testaruda.

Artair le devolvió la sonrisa, y la tensión en la mesa se evaporó.

—Bueno, ya que pasamos esta tormenta de nieve, ¿por qué no usamos esta comida para celebrar, considerando que ambos partirán pronto? Podemos tomar un poco de vino dulce de Francia; lo tenemos guardado en el sótano. Lo estábamos guardando para Yule, pero creo que deberíamos disfrutarlo ahora.

La sonrisa de Artair se ensanchó, su rostro se iluminó, y el corazón de Diana se encogió ante la vista. Su alegría era contagiosa; en ese momento se dio cuenta de cuánto disfrutaba verlo feliz.

—Esa ha sido la mejor idea que has tenido en toda la semana —dijo él.

—Háblame de tu familia, Diana —dijo Liosa, después de que Keagan hubiera traído el vino y lo hubiera servido—. Sé que tus padres ya no están, pero ¿tienes otra familia?

Diana se tensó. No había sospecha en el tono de Liosa, solo calidez genuina y curiosidad. Durante el tiempo que habían trabajado juntas en la cocina, Diana solo le había dado respuestas breves y vagas cada vez que Liosa le preguntaba sobre su vida y redirigía tales preguntas para interrogar sobre Liosa, Keagan y Artair en su lugar.

—Mi tía —dijo Diana, optando por mantenerse lo más cerca posible de la verdad—. Vive en Inglaterra. Tengo otra familia en las Highlands, cerca de Tairseach. Ahí es donde me dirigía cuando Artair y yo nos conocimos.

—¿Y tu tío? —preguntó Keagan, bebiendo su vino.

—Es viuda —mintió Diana. Su tía Maggie era de hecho viuda antes de que Diana fuera a vivir con ella, pero Kensa nunca se había casado. A pesar de su interés en guiar a las personas a través del tiempo hacia sus almas gemelas, Kensa nunca pareció preocupada por su propia vida amorosa.

—¿Y tu otra familia? ¿La familia que vas a visitar en las Highlands? —preguntó Liosa.

—Primos que no he visto en mucho tiempo —dijo Diana, improvisando ahora—. Los voy a visitar para el Yule.

Keagan pareció satisfecho con su respuesta, aunque ella notó que la mirada de Liosa se detuvo en ella por un buen rato. Cuando miró a Artair, su expresión era neutral, aunque le dio un sutil asentimiento para indicarle que había improvisado bien.

Diana tuvo que apartar la culpa que sentía por mentirle a Liosa y Keagan. Aunque no había pasado mucho tiempo con ellos, ya se sentían como amigos cercanos, amigos que le agradaban mucho. Habían destrozado sus ideas preconcebidas sobre las personas que vivían en el siglo

XIV; estaban en un matrimonio cálido y amoroso, y se comportaban como iguales.

Tenía que admitir que el pasado no era tan aterrador como había pensado. Sí, había tenido el encuentro aterrador con Tamhas y sus hombres, pero en general su tiempo aquí no había sido una experiencia terrible.

Y, se dio cuenta, ni una sola vez había añorado o echado de menos las comodidades de su época, ni siquiera cuando había dormido en esos establos fríos y vacíos con Artair la noche que compartieron su primer beso. Se había acostumbrado a bañarse en la palangana de agua fresca de rosas por las mañanas antes de vestirse con un cómodo vestido interior y un vestido. Disfrutaba ayudando a Liosa a preparar las comidas en las cocinas. Esperaba con ansias sentarse frente al fuego crepitante con una taza de cerveza —se había acostumbrado al sabor amargo— o vino dulce. Era el tipo de vida que había imaginado para sí misma en la mansión que estaba restaurando. Solo que esta mansión incluía a un hermoso highlander y su familia que realmente le agradaban.

Durante el resto de la noche, Diana se permitió relajarse, riendo mientras Liosa y Artair se enfrascaban en contar historias embarazosas de la infancia del otro. En un momento, Liosa se levantó para demostrar un baile que Artair había realizado con dos de sus amigos para impresionar a las jóvenes en una reunión del castillo; Artair la corrigió levantándose para tomar a Diana en sus brazos.

—No, *así* es como bailaba, hermana —dijo, haciendo girar a Diana.

Diana se rio mientras él la hacía girar en sus brazos al ritmo de una melodía invisible. De repente se detuvo, sus ojos azules recorriendo su rostro. Durante varios largos momentos, Diana olvidó que Keagan y Liosa estaban en la habitación, y solo existían ellos dos. Artair apretó su agarre alrededor de su cintura, acercándola, y los labios de Diana se entreabrieron, el deseo rugiendo en su interior.

—Creo que los dejaremos solos.

Fue la voz irónica de Keagan la que los interrumpió, y Diana comenzó a retroceder, con el rostro ardiendo, pero Liosa y Keagan ya se dirigían fuera de la habitación, riendo mientras se iban.

—Creo que tuvieron la idea correcta, muchacha —murmuró Artair, y tal como lo había hecho la noche anterior, la levantó en sus brazos y la llevó a su habitación.

Allí, le hizo el amor hasta que ella llegó al clímax con un grito, su nombre en sus labios, y se permitió fantasear —brevemente— que no era una bruja viajera en el tiempo, que estaba justo donde pertenecía.

Pero esa fantasía fue lamentablemente breve.

Se despertó a la mañana siguiente con el sonido de gritos enojados fuera de la mansión. Se sentó; Artair ya se estaba vistiendo, su rostro blanco de pánico.

—Artair, ¿qué está pasando? —preguntó ella, con su propio pánico quemando sus venas—. ¿Quién está afuera?

—Son Tamhas y sus hombres —dijo sombríamente—. Están aquí.

CAPÍTULO 15



*A*rtair intentó mantener la respiración estable mientras se ponía la ropa apresuradamente.

—Diana, necesito que te quedes aquí —dijo con brusquedad.

—Artair, no. Déjame... —comenzó ella.

—Diana —repitió, mirándola con dureza e ignorando el dolor en sus ojos. Haría lo que fuera necesario para mantenerla a salvo—. Quédate. Aquí.

Salió apresuradamente de la habitación, bajando las escaleras a toda prisa, con el corazón latiendo furiosamente en sus oídos. Necesitaba asegurarse de que su hermana también se mantuviera fuera de la vista.

Encontró a Keagan en el vestíbulo, caminando hacia la puerta, empuñando una espada.

—¿Mi hermana? —preguntó Artair.

—Le dije que se quedara arriba en nuestra habitación. Yo me encargaré de esto —dijo Keagan, pasando junto a él.

—No. *Nosotros* nos encargaremos de esto —dijo Artair, siguiéndolo hasta la puerta.

Abrieron la puerta y encontraron a Tamhas, Iomhar y varios otros hombres afuera, montados en sus caballos.

Los ojos de Tamhas se abrieron con sorpresa al reconocer a Artair, antes de que sus labios se curvaran en una sonrisa cruel.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo—. Vinimos a visitar a nuestros amigos y nos encontramos con el misterioso montañés. ¿Dónde está tu sassenach?

—¿Qué queréis? —exigió Artair, ignorando su pregunta mientras se colocaba frente a Keagan.

—El laird Padarsan y su señora nos deben más de sus reservas de comida —dijo Tamhas, desviando la mirada hacia Keagan—. Nos estamos quedando sin provisiones después de la tormenta, al igual que las granjas de los alrededores. Pero ahora que estás aquí, también os llevaremos a ti y a tu hermosa esposa... ¿está ella aquí?

—Su puta esposa me hizo algo —gruñó Iomhar, apretando las riendas de su caballo, su rostro enrojeciendo de furia—. Tráeme a esa zorra.

Una rabia como Artair nunca había conocido lo invadió, y agarró su daga, dirigiéndose hacia Iomhar, pero el sonido de una voz familiar lo detuvo.

—¡Artair!

Se quedó helado al escuchar la voz de Diana. *No*. Se dio la vuelta, con el temor enroscándose en su corazón. Tanto Diana como Liosa flanqueaban ahora a Keagan, quien intentaba infructuosamente hacerlas volver adentro.

Pero Diana pasó junto a Keagan, mirando con furia a Tamhas y sus hombres.

—Ilsa, vuelve adentro. Tú también, Liosa —siseó Artair.

—No hasta que estos hombres abandonen mi propiedad —dijo su testaruda hermana, colocándose junto a él, ignorando las protestas de Keagan.

—Ah. Es conmovedor que todos se conozcan —dijo Tamhas, pareciendo genuinamente encantado por este giro de los acontecimientos—. Ya que todos somos amigos, nuestras exigencias son simples. Domnall e Ilsa, si esos son vuestros nombres, vendréis con nosotros. Laird Padarsan y la hermosa Liosa, traednos la comida que se nos debe.

—No os darán nada, y no iremos con vosotros. Abandonad estas tierras de inmediato —gruñó Artair.

—Os haré una propuesta —dijo Tamhas, imperturbable ante la visible ira de Artair—. Podemos dejar la comida... por ahora. Pero tú y tu esposa vendréis con nosotros ahora, o volveremos con cinco veces más hombres. Cuando regresemos, no seré tan educado, y nos llevaremos también al laird Padarsan y a su esposa.

Artair tragó saliva, con la furia y la frustración librando una batalla en su interior. No podía permitir que se llevaran a los demás y volvieran con más hombres. Moriría antes que permitirlo.

—Iré con vosotros... yo solo. Las mujeres y el laird Padarsan se quedan.

—No. —Fue Iomhar quien habló ahora, con sus ojos hambrientos fijos en Diana—. Tú y tu esposa venís, o venís todos.

—No —siseó Artair—. Os he dicho que...

—De acuerdo —interrumpió Diana, dando un paso al frente—. Iré con vosotros también.

—Diana, te quedarás aquí —ordenó Artair, su miedo por ella haciéndole olvidar llamarla por su nombre falso de Ilsa.

Pero Diana lo ignoró, avanzando con la barbilla levantada en un gesto desafiante.

—Iremos con vosotros, pero dejad al laird Padarsan y a su esposa fuera de esto.

—¡Artair... Diana, no! —protestó Liosa desde detrás de ellos.

—De acuerdo —dijo Tamhas, después de intercambiar una breve mirada con su hermano—. Artair y Diana... qué nombres tan encantadores. Ojalá me hubierais dicho vuestros verdaderos nombres cuando nos conocimos. Pero estoy seguro de que aprenderemos mucho más sobre vosotros dos.

La sonrisa que curvó los labios de Tamhas llenó a Artair de un gélido pavor.



ARTAIR CAYÓ de culo cuando Iomhar lo arrojó dentro de un almacén vacío. Iomhar dio un paso adelante, dirigiéndole una sonrisa burlona.

—Voy a disfrutar de tu esposa... y hacer que pague por lo que me hizo —gruñó Iomhar.

Artair se puso de pie de un salto y cargó contra él, pero Iomhar cerró la puerta de golpe, y Artair oyó girar la llave.

Cerró los ojos, dejándose caer contra la puerta, mientras una ola de impotencia lo invadía. Tamhas y sus hombres habían cabalgado con ellos de vuelta a Lockerbie y los habían llevado a la misma posada donde se habían alojado antes. Pero a diferencia de la vez anterior, estaba casi vacía, y el posadero parecía aterrorizado de Tamhas y sus hombres; Artair sospechaba que lo habían amenazado.

Artair golpeó la puerta con el puño, la frustración lo invadía. Debería haber encerrado a Diana en su cámara, debería haber luchado contra Tamhas y sus hombres, cualquier cosa para mantenerla a ella y a su familia a salvo. Pero no había hecho nada, y ahora él y Diana estaban

completamente a su merced.

Se alejó de la puerta, apretando los puños a los costados. Mientras cabalgaban hacia aquí, Diana parecía inquietantemente tranquila, pero su rostro estaba pálido. La furia se apoderó de él; si Iomhar tocaba a Diana, lo mataría. Nunca había matado a un hombre, pero podría hacerlo fácilmente si se trataba de proteger a Diana.

Pero primero necesitaba salir de esta habitación. Respiró hondo varias veces, obligándose a pensar. Necesitaba un plan. Estos hombres eran ladrones en esencia: querían monedas y tierras. Esa tenía que ser la única razón por la que estaban tan interesados en él y Diana. Necesitaba apelar a la codicia de Tamhas, hacerle creer que obtendría lo que quería de ellos.

Para cuando Tamhas entró momentos después, Artair había elaborado un plan apresurado. Se enderezó, mirándolo con furia.

—Quiero ver a mi esposa —exigió Artair.

—Tenemos mucho que discutir primero, Artair —dijo Tamhas, enfatizando su verdadero nombre—. Dime, si no tenías nada que ocultar, ¿por qué nos diste nombres falsos?

—Acabábamos de ser asaltados por bandidos. No confiábamos en extraños —dijo Artair.

—Creo que aún me estás mintiendo —dijo Tamhas con un suspiro—. Seré honesto contigo: no me importa cómo llegaste a un área sin caminos claros, sin caballos ni pertenencias. Esto es lo que me importa: puedo decir por tus manos y tu ropa que no eres un hombre pobre. Creo que tienes tierras y monedas, y muchas para compartir conmigo y mis hombres. Quizás necesites motivación para confirmármelo. Puedo hacer que Iomhar tome a tu dulce y bonita sassenach mientras miras...

Con esas palabras, el plan cuidadosamente elaborado de Artair se desmoronó. Reaccionó por instinto, cargando contra Tamhas con un rugido, su puño colisionando con la mandíbula del otro hombre. Tamhas no estaba preparado para el ataque, tambaleándose hacia atrás, y Artair saltó sobre él, derribándolo al suelo. Levantó la cabeza de Tamhas con sus manos y la golpeó contra el suelo. Los ojos de Tamhas se pusieron en blanco y se quedó quieto.

Artair se puso de pie tambaleándose, su respiración entrecortada. Nunca había usado tanta fuerza contra nadie. Apretó los puños a los costados mientras miraba a Tamhas, tentado de seguir golpeando su cabeza contra el suelo, pero Tamhas estaba inconsciente, aunque Artair notó que aún respiraba. Necesitaba concentrarse en rescatar a Diana.

Tomó la espada de Tamhas de su cuerpo inmóvil y se dirigió a la puerta, que ahora estaba desbloqueada, asomándose. No había nadie en la sala principal excepto el posadero, que mantenía la mirada fija en el mostrador frente a él, aunque Artair notó que estaba temblando.

Se apresuró y se acercó al posadero, quien levantó la vista, alzando las manos.

—Por favor, no quiero problemas... —comenzó.

—No estoy aquí para hacerte daño. ¿Dónde están el resto de los hombres? ¿Y la muchacha que vino con nosotros?

—Están al frente, custodiando la puerta —respondió el posadero—. La muchacha está arriba con el hombre grande pelirrojo.

Artair se dio la vuelta y cruzó la habitación, subiendo las escaleras de un salto, aferrando la espada de Tamhas en su mano. Iba a matar a Iomhar por el simple hecho de estar en la misma habitación que Diana. Y si la había tocado...

Escuchó un grito de pánico al final del pasillo, y el terror lo atravesó mientras corría hacia el sonido, hacia la puerta al final del pasillo.

La abrió de golpe, tropezando al entrar.

Diana estaba de espaldas contra la pared más alejada, sus ojos desorbitados de miedo

mientras Iomhar se acercaba a ella, sus ojos recorriendo ansiosamente su cuerpo.

Artair dejó escapar un rugido de pura furia y cargó hacia adelante, con la espada extendida. Iomhar se dio la vuelta, sus ojos se abrieron de par en par con ira propia mientras se movía hacia Artair.

Artair notó, demasiado tarde, que Iomhar empuñaba una daga en su mano, levantándola para atacar mientras se abalanzaba sobre él. La daga de Iomhar estaba a segundos de atravesarlo cuando Iomhar de repente voló hacia atrás, golpeando la pared con tanta fuerza que su cabeza hizo un sonido escalofriante, la sangre se acumulaba en la base de su cráneo. Iomhar se desplomó en el suelo, sus ojos abiertos... y sin vida.

Se volvió hacia Diana, que miraba sus manos, temblando. Había usado su brujería, se dio cuenta. Le había salvado la vida.

Artair se apresuró a examinar a Iomhar, confirmando que estaba muerto antes de volverse hacia Diana. Ella seguía mirando sus manos, su rostro pálido, su cuerpo temblando.

—Yo... yo hice eso —susurró—. Lo maté.

—No tenías opción —le aseguró—. Él me habría matado a mí y te habría violado a ti. Tamhas está inconsciente abajo. Tenemos que irnos antes de que los otros hombres regresen y los descubran.

Pero Diana no se movió.

—Diana, mírame —murmuró—. Sé que todo esto fue un gran shock para ti, pero tenemos que irnos antes de que vengan los otros hombres.

Ella asintió aturdida y le permitió sacarla de la habitación. Tomándola de la mano, la mantuvo detrás de él mientras se dirigían de vuelta a la sala principal vacía. El posadero no se veía por ninguna parte. Artair esperaba que hubiera huido a un lugar seguro.

Buscó en la habitación y localizó una puerta trasera. Tomando aire, preparó su espada y se movió hacia ella, manteniendo a Diana detrás de él. Pero tan pronto como abrió la puerta de golpe, varios hombres se abalanzaron hacia ellos.

Se lanzó hacia adelante, listo para pelear, pero se detuvo al reconocer a uno de los hombres. Keagan.

—¿Artair? ¿Diana? ¡Gracias a Dios! —exclamó Keagan, apresurándose hacia ellos.

—¿Cómo estás aquí? ¿Dónde están los hombres de Tamhas? —preguntó Artair, aún sosteniendo la mano de Diana mientras Keagan los conducía hacia un caballo que esperaba.

—Tu hermana me hizo seguiros a distancia. Envié un mensaje a otros granjeros locales; Tamhas y sus hombres han estado atormentando a todos los lugareños, estaban ansiosos por ayudar. Somos una docena, logramos dispersar a los hombres de Tamhas. Pero necesitamos sacarlos de aquí antes de que traigan refuerzos.

CAPÍTULO 16



Diana apenas era consciente de lo que la rodeaba. Las manos de Artair en su cintura, ayudándola a subir a un caballo. Sus brazos alrededor de ella mientras cabalgaban. Su suave toque mientras la guiaba al interior de la casa de Keagan y Liosa.

Su mente seguía en aquella habitación de la posada, el recuerdo grabado a fuego en su memoria.

Iomhar había exigido saber, repetidamente, cómo lo había hecho dormir durante su primer encuentro.

—Muy bien —había dicho con desprecio cuando ella se negó a responder—. Al menos cobraré lo que me debes: tu hermoso cuerpo. Pero ahora me aseguraré de que no sientas ningún placer; el placer será solo para mí.

La furia y el pánico la habían invadido, y le había dado una patada en la entrepierna, tambaleándose hacia atrás mientras él dejaba escapar un aullido de dolor. Había gritado cuando él se acercó a ella, instándose silenciosamente a realizar un hechizo defensivo, pero su mente y su cuerpo se habían paralizado de terror.

Solo cuando Artair entró en la habitación salió de su aturdimiento. Había visto la daga en la mano de Iomhar mientras se abalanzaba sobre Artair, sabía que estaba a solo segundos de matarlo, y había reaccionado. No sabía qué hechizo había usado; solo recordaba una poderosa ola de furia y protección que la invadía, un chisporroteo de fuego bajo su piel.

—Diana.

Levantó la mirada y se dio cuenta de que ahora estaba de vuelta en su habitación de invitados. Artair la sujetaba por los hombros, mirándola con preocupación.

—Estás a salvo, muchacha —murmuró—. Ya ha pasado todo.

La estrechó entre sus brazos, y fue entonces cuando la presa se rompió dentro de ella. Comenzó a llorar, y él la mantuvo en sus brazos mientras la llevaba a la cama, donde se acurrucó a su lado mientras ella caía en un sueño agotado.



CUANDO DESPERTÓ, ya era de noche, y la cama a su lado estaba vacía. Se incorporó, aún agobiada por el sopor. Debía de haber dormido durante horas. ¿Por qué seguía tan cansada?

Se dio cuenta de que era su magia lo que la había agotado; Kensa le había dicho que cuanto más poderoso era el hechizo, más agotador era para el cuerpo.

Cerró los ojos, temblando al volver el recuerdo. Iomhar acercándose a ella con propósito mortal, luego sus ojos sin vida mientras se deslizaba por la pared.

Diana se presionó las sienes con los dedos. No podía permitirse pensar en lo que había pasado con Iomhar. Pero aunque sabía que no había tenido más remedio que atacar, que él habría matado a Artair si no hubiera actuado, la culpa persistía.

Se levantó y salió de la habitación, dirigiéndose al pasillo. Se detuvo en lo alto de las escaleras; las voces de Artair y Liosa llegaban hasta donde ella estaba.

—Fui yo quien mató a Iomhar —decía Artair, y Diana se sobresaltó sorprendida—. Y dejé inconsciente a Tamhas —continuó—. Enviarán más hombres aquí; tú y Keagan no podéis quedaros. Necesitáis encontrar un lugar seguro donde ir. Yo llevaré a Diana y a mí mismo al norte. Y luego volveré con hombres para luchar contra ellos.

—Llevamos meses lidiando con estos hombres. No dejaremos que nos echen de nuestra casa —espetó Liosa.

—No tenéis elección —ladró él—. Podrían mataros a los dos en represalia por lo que he hecho.

—Si nos vamos, irán tras nuestros sirvientes —protestó Keagan.

—Enviadlos lejos. Podrán volver después de que regrese con más hombres para defender vuestras tierras.

—Iremos contigo al norte. No nos vamos a esconder mientras tú defiendes nuestro hogar —dijo Liosa.

—Liosa, es peligroso...

—Dijiste que formaría parte de tu vida ahora, ¿no es así? No hablo de luchar, no soy una luchadora —continuó Liosa—. Pero puedo ayudar de otras formas, y voy contigo. Los dos vamos.

Se hizo un largo silencio.

—De acuerdo —dijo Artair con un profundo suspiro—. Sigues siendo tan testaruda como siempre, Liosa.

—Así es —respondió Liosa—. Tú y yo los dos, hermano.

Diana sonrió, empezando a bajar las escaleras, pero se quedó helada ante las siguientes palabras de Liosa.

—Puedo ver que te importa Diana, y sé que sois amantes. ¿Por qué tienes tantas ganas de alejarla? —preguntó Liosa.

—No tengo ganas de alejarla. Diana no pertenece... no pertenece conmigo. Ella... ella tiene su propia vida. Nuestros encuentros con esos hombres demuestran que no es seguro para ella aquí. Lo que hay entre nosotros... es solo un breve romance. Es mejor que siga su propio camino.

Un dolor agudo le retorció las entrañas y las lágrimas le escocieron los ojos. Tragando con dificultad, se dio la vuelta para volver apresuradamente a su habitación.

Negó con la cabeza, sintiéndose tonta por su reacción. Artair no había dicho nada que ella no supiera ya. Entonces, ¿por qué dolía tanto?

Cuando él entró en su habitación momentos después, traía una bandeja con comida. Pareció aliviado al ver que estaba despierta. Ella se puso de pie rígidamente, forzando una sonrisa educada.

—¿Estás bien? —murmuró él, acercándose. Extendió la mano para acariciarle el rostro, y Diana se permitió disfrutar brevemente de su contacto antes de dar un paso atrás.

—Sí. Solo estaba conmocionada. Ahora estoy bien.

—Nunca debí permitir que fueras con ellos —dijo él, su rostro ensombreciéndose con arrepentimiento.

—No. Si no hubiera ido, te habrían matado.

Su pecho se oprimió ante la idea. Aunque la culpa por la muerte de Iomhar persistía, nunca se arrepentiría de haber salvado la vida de Artair.

—Aun así —continuó él, fijando sus decididos ojos azules en los de ella—. Te voy a llevar de vuelta a Tairseach. Liosa y Keagan viajarán al norte con nosotros, no es seguro para ellos quedarse aquí. Preferiría no viajar tan pronto después de una tormenta de nieve, pero no tenemos opción. Tendremos que rezar por un clima decente mientras nos dirigimos al norte —añadió, mirando brevemente por la ventana—. Y ahora que tu poder se está volviendo más fuerte, quizás puedas practicar transportarte de vuelta a tu propio tiempo antes, sin el portal. Cuanto antes salgas de esta época, antes estarás fuera de peligro.

Ella se tensó ante sus palabras, escudriñando su rostro, pero su mirada era firme. *Tiene razón*, se recordó a sí misma. ¿No había querido evitar venir al pasado por esta misma razón, su peligro inherente?

—Ahora —dijo él—, si tu brujería te ha agotado, deberías descansar más después de comer algo. Tenemos un largo viaje mañana; partimos al amanecer. Quiero que nos hayamos ido hace rato cuando Tamhas y sus hombres vengán buscando venganza.

Empezó a irse, pero ella lo detuvo.

—Espera —dijo, esperando no sonar demasiado necesitada—. Quédate. Yo... necesito distracción.

Sabía que en el momento en que él la dejara sola, las imágenes de Iomhar y sus ojos sin vida la perseguirían. Artair pareció entender, regalándole una sonrisa amable.

La comida era un estofado de verduras que Liosa había endulzado con miel, y ella saboreó cada bocado.

—No tengo muchos recuerdos de mi madre, ya que era solo un crío cuando murió, pero este es un estofado que solía prepararnos a Liosa y a mí, aunque mi padre insistía en que dejara que lo hiciera el cocinero del castillo —dijo Artair—. Pero mi madre era terca... algo que ambos heredamos. Mi madre le decía: "Mis críos conocerán al menos una comida directamente de su madre".

Diana sonrió, encantada por la historia.

—Parece que era una mujer extraordinaria.

—Lo era. Mucha gente no sabe que nació como plebeya. Fue todo un escándalo cuando mi padre, un laird, la tomó como esposa. Pero amó a mi madre desde el momento en que la vio.

—Mi padre me contó algo similar —dijo Diana, reconfortada por el recuerdo.

—¿Ah, sí? ¿Cómo se conocieron? ¿Fue durante algún tipo de ritual? —preguntó Artair, con los ojos muy abiertos, y Diana se rio.

—Las brujas no pasan todo su tiempo realizando rituales. Se conocieron de una manera mundana: en la universidad —dijo ella—. Mi padre me contó que tuvo que invitar a salir a mi madre al menos una docena de veces antes de que ella aceptara. Ella me dijo que era reacia a casarse con otro stiuireadh.

—Bueno, me alegro de que lo hiciera —dijo Artair, su voz bajando una octava mientras sus ojos azules se posaban en ella—. Porque juntos, crearon a la hermosa bruja sentada frente a mí.

Ella se sonrojó, bajando la mirada. Artair se puso de pie, extendiendo la mano para levantarla.

—Artair... —dijo ella, parpadeando sorprendida hacia él.

—No te he agradecido apropiadamente —murmuró él, atrayéndola a sus brazos— por salvarme la vida.

La abrazó con fuerza y la besó, explorando a fondo su boca con la suya. Ella se derritió en su

beso, y por unos gloriosos momentos, el trauma del día se desvaneció. Rodeó su cuello con los brazos, presionando su cuerpo más cerca del suyo. Necesitaba más de él. Y mientras estuviera en esta época, lo tendría.

Diana rompió el beso y dio un paso atrás, bajando su vestido. Artair se quedó inmóvil, su nuez de Adán moviéndose al tragar.

—Diana, después de lo que pasó hoy, quizás deberías...

—Dije que necesitaba una distracción —interrumpió Diana, arqueando una ceja—. ¿No estás a la altura del desafío?

La expresión de Artair cambió de preocupación a picardía, y le dio una sonrisa traviesa.

—Oh, estoy a la altura del desafío, bruja —susurró.

Ella dejó escapar un gemido de deleite cuando él le bajó el vestido hasta el suelo, llevando su mano a acariciar su húmedo centro. Temblando de necesidad, ella le quitó la túnica mientras él se deshacía de su kilt, y recorrió con sus manos cada centímetro de su piel, deleitándose en la sensación de su dureza musciosa bajo sus dedos.

Manteniendo su mirada fija en la de él, le quitó la mano de su centro y bajó la suya propia para acariciarlo. Él se puso rígido y dejó escapar un gemido ahogado.

Ella siguió acariciándolo mientras lo llevaba de vuelta a la cama, empujándolo hacia abajo mientras bajaba su boca hacia su miembro, lamiendo la punta con su lengua.

—Diana... —jadeó él.

Ella continuó lamiéndolo, deleitándose en la sensación de tenerlo en su boca. El cuerpo de Artair se sacudió, pero él bajó la mano para levantar su cabeza de su dureza.

—Quiero correrme dentro de ti —susurró, y la tumbó en la cama, apoderándose de ambos pechos con su boca antes de hundirse dentro de ella con un gemido.

Diana se arqueó ansiosamente contra él, jadeando contra su boca mientras él comenzaba a embestir, sus cuerpos moviéndose juntos hasta que el placer se volvió demasiado; se enroscó como un resorte tenso dentro de ella antes de estallar, y su orgasmo reclamó cada parte de su cuerpo. Gritó mientras él se estremecía y se corría también, silenciándola con un beso. Ambos cabalgaron su placer hasta que colapsaron juntos sobre la cama.

—¿Te distraje, muchacha? —preguntó él, cuando ambos recuperaron el aliento.

Ella le dio una sonrisa juguetona. —Un poquito.

Su sonrisa se desvaneció mientras miraba su hermoso rostro, alzando la mano para acariciar su firme mandíbula.

—Artair —susurró—. No pensé cuando Iomhar te atacó con esa daga. Simplemente reaccioné. Todo lo que supe fue que habría hecho cualquier cosa para salvar tu vida. Cualquier cosa.

Su expresión se suavizó, y se inclinó para besarle la frente.

—Yo habría hecho lo mismo por ti, mi Diana.

Recordó la sensación de poder dentro de ella cuando mató a Iomhar. Durante tanto tiempo había resistido su poder, pero ¿y si abrazara su magia? ¿Y si pudiera hacer más para ayudar a Artair a luchar contra Tamhas?

Él pareció leerle la mente, tomando su mano y llevándola a sus labios.

—Te voy a llevar a Tairseach —dijo, y algo se retorció dentro de ella, su éxtasis post-coital desvaneciéndose—. Lejos de todo este peligro... y de vuelta a tu vida.

CAPÍTULO 17



Se dispusieron a partir de la mansión temprano al día siguiente. Planeaban hacer su primera parada en Edimburgo antes de continuar hacia el norte hasta Inverness y luego hacia las Tierras Altas. Edimburgo estaba a dos días a caballo, e Inverness a varios días más. Con paradas para dormir en posadas por el camino y para dar de beber y alimentar a sus caballos antes de cambiarlos en Edimburgo, les tomaría poco más de una semana llegar a las Tierras Altas.

—¿Una semana para llegar a las Tierras Altas? —había exclamado Diana, cuando él le detalló sus planes de viaje la noche anterior—. En mi época, solo tomaría unas pocas horas en tren. Incluso menos en avión.

—Te creo, muchacha, aunque no entiendo cómo es posible —respondió Artair, sacudiendo la cabeza.

Durante su tiempo con Kensa, ella había intentado explicarle los medios de transporte más rápidos del futuro, pero para Artair, tales transportes sonaban peligrosos, y Kensa confirmó que muchas personas morían en accidentes de coche y avión cada año. Artair confiaría en su caballo antes que en cualquier artilugio de metal, incluso si eso significaba tardar más en llegar a su destino.

Artair tenía la intención de llevar a Diana a Tairseach antes de regresar a su mansión y buscar la ayuda del clan MacGreghor. Un dolor le atravesó el pecho al pensar en enviarla lejos, pero no tenía elección; era demasiado peligroso para ella quedarse. Y para cuando llegaran a las Tierras Altas, ella podría irse con el corazón tranquilo; había cumplido con su deber al guiarlo de vuelta a su hogar y a su tiempo. Él tendría que encerrar su dolor por su partida y llevar el recuerdo de ella por el resto de sus días: sabía en su corazón que ninguna otra muchacha se compararía jamás con su bruja dorada.

Mientras se alejaban de la mansión, sus ojos se centraron en Diana mientras cabalgaba junto a Liosa. Ella le había dicho que sus habilidades de equitación provenían de las lecciones que había tomado de niña en el campo escocés con sus padres. Además de su habilidad para montar, parecía haberse adaptado bien al siglo XIV.

Le aliviaba ver que sus ojos ya no estaban ensombrecidos como lo habían estado el día anterior. Esperaba que con el tiempo olvidara que había tenido que matar a Iomhar, aunque sospechaba que una parte de ella siempre lo recordaría. Su agarre se apretó en las riendas y su mandíbula se tensó al recordar la mirada repugnante en el rostro de Iomhar mientras se acercaba a ella. Si Diana no hubiera matado a Iomhar, él lo habría hecho él mismo.

Para calmarse, se centró en la belleza del día que despertaba a su alrededor. La gama de colores que llenaba el cielo mientras el sol se elevaba, la nieve derretida del campo, revelando parches de tierra verde debajo. El aire era fresco y olía a tierra húmeda. Disfrutaba del aire frío

en su piel; nunca le había importado el clima frío, y había extrañado el aire mientras había estado dentro de la mansión de Liosa durante la tormenta.

Se detuvieron justo antes del mediodía para dar de beber a sus caballos y comer algunas de las provisiones que habían traído consigo. Se quedó de pie con Keagan mientras observaban a Liosa y Diana hablar en voz baja, compartiendo una risa silenciosa.

—Me alegra que mi esposa y Diana se hayan hecho amigas. Liosa no ha tenido una amiga en mucho tiempo. Sus días han estado llenos de asuntos del hogar y las dificultades para concebir.

—Me alegro también —dijo Artair, aunque una punzada lo atravesó al pronunciar las palabras. Su naciente amistad no podía durar; Diana se iría pronto.

Por un breve momento, se permitió imaginar a Diana quedándose en esta época y continuando su amistad con Liosa, pasando sus días a su lado y llenando su mansión vacía con su luz contagiosa.

Pero no se permitió detenerse en tales pensamientos. Diana estaría segura —y feliz— en su propia época. Era demasiado hermosa para quedarse sola por mucho tiempo; encontraría un buen hombre para casarse. El mismo Artair encontraría otra muchacha para desposar. Si Drostan MacGreghor aún lo favorecía, podría emparejarlo con la hija de otro noble. Sin embargo, el pensamiento no le trajo mucho consuelo, solo lo llenó de celos, tristeza y pérdida.

Continuaron cabalgando hasta que llegaron al pueblo de Lerick, donde se detuvieron en una posada. El posadero reconoció a Keagan y le dio una palmada en el hombro a modo de saludo. Después de instalarse en sus habitaciones, Artair buscó a Diana, encontrándola de pie junto a la ventana, mirando hacia afuera. Su expresión era preocupada; esperaba que no estuviera pensando en Iomhar.

Diana necesita un respiro, decidió. Cuando llegaran a Edimburgo, la llevaría por la ciudad, le daría un vistazo de la vida en la ciudad en esta época antes de que regresara al futuro. Y, egoístamente, sabía que sería una forma de pasar más tiempo con ella.

—Estamos a salvo aquí —dijo mientras entraba en su habitación—. No hay necesidad de preocuparse por nada. No dejaré que te pase nada.

—Lo sé —dijo ella, volviéndose para mirarlo, su expresión aún nublada.

—Entonces, ¿qué te preocupa?

Ella encontró su mirada, sus ojos turbulentos. Después de un momento, le dio una sonrisa que parecía forzada.

—Solo estoy cansada por el viaje del día, eso es todo.

Él pudo notar que no le estaba diciendo la verdad. El dolor atravesó su pecho. Después de todo lo que habían pasado juntos, pensaba que ella ya había superado la etapa de ocultarle cosas. Pero se dijo a sí mismo que quizás esto era lo mejor, ya que pronto se separarían.

Se alejó de ella, moviéndose hacia la puerta.

—Te veré abajo para la cena.



DIANA ESTABA SONRIENDO y riendo con Liosa y Keagan durante la cena. Parecía haber dejado de lado lo que la había preocupado, aunque a Artair le daba la impresión de que se esforzaba demasiado por parecer relajada y jovial.

Notó con irritación que se había cambiado la ropa de montar por un vestido carmesí con un escote atrevidamente bajo. Se dio cuenta de que sus ojos, y los de todos los demás hombres en el comedor de la posada —con la excepción de Keagan—, estaban fijos en ella.

Apretó los dientes, inundado por los celos mientras otros hombres miraban a su Diana. *No es tu Diana*, se recordó a sí mismo. No era su esposa. Ni siquiera era oficialmente su amante. Pero eso no impidió que la ira ardiera dentro de él cuando ella le sonrió al sonrojado posadero que llenaba su copa con más cerveza.

—¿No tienes frío, muchacha? —espetó Artair, mientras el posadero se escabullía.

Ella lo miró, levantando las cejas con inocencia. —¿Frío?

—Sí —continuó él—. Dado que tienes tanta piel al descubierto.

—Artair —lo regañó Liosa, pero Diana simplemente le dio una sonrisa despreocupada y se encogió de hombros.

—Para nada. De hecho, tengo bastante calor —dijo, con los ojos brillando de desafío.

—Artair, sé que ya hablamos de esto antes, pero quería estar seguro: ¿cuántos hombres crees que volverán con nosotros? —preguntó Keagan, forzando su mirada a apartarse del distractivo pecho de Diana.

—No lo sé. Tantos como estén dispuestos a hacer el viaje.

—Los granjeros locales también están dispuestos a ayudar. Puede que no sean hombres de pelea, pero los hombres de Tamhas también los han aterrorizado, y quieren que esto pare —añadió Liosa.

Keagan extendió la mano para colocarla sobre la de Liosa.

—Todo estará bien —murmuró—. Recuperaremos nuestro hogar, lo haremos seguro para nosotros y para los lugareños.

Liosa sonrió, inclinándose para besarlo. A Artair le calentó el corazón ver a su hermana tan amada y cuidada. Pero también sintió otra punzada inesperada de envidia por su cercanía. Su mirada se desvió hacia Diana, que ahora estaba concentrada en su cerveza.

—Me voy a la cama —dijo Diana abruptamente, poniéndose de pie—. Ha sido un día largo.

—Te acompañaré a tu habitación —dijo él, poniéndose de pie también y lanzando una mirada de advertencia a varios hombres cuyos ojos seguían ansiosamente los movimientos de Diana.

Para su molestia, Diana pareció que iba a protestar, pero le dio un asentimiento reluciente, deseándoles buenas noches a Liosa y Keagan.

Después de escoltarla hasta su puerta, Diana se apresuró a entrar.

—Buenas noches, Artair —dijo rápidamente, y le cerró la puerta en la cara antes de que pudiera responder.

Él se quedó mirando la puerta, herido por su rechazo. Ella había estado actuando distante desde que llegaron.

¿Se arrepentía de haber hecho el amor con él? El temor lo invadió ante ese pensamiento. Levantó la mano para llamar a su puerta, para exigir respuestas, pero decidió no hacerlo, dejando caer la mano a un costado.

Ella no pertenece a esta época, se recordó a sí mismo.

Ignorando el fragmento de dolor que le atravesó el pecho, se dio la vuelta y se forzó a alejarse.

CAPÍTULO 18



Diana se arrepintió inmediatamente de cerrarle la puerta a Artair. Se obligó a permanecer en su habitación, finalmente quedándose dormida con un torbellino de emociones contradictorias. Debería haber saciado su necesidad y deseo por él en lugar de rechazarlo. Ahora, tenía una necesidad de él que palpitaba en lo más profundo de su ser, y no era solo una necesidad sexual. Era una necesidad emocional.

Porque lo amaba.

Nunca antes había estado enamorada, ni siquiera cerca, y al principio, había descartado sus crecientes sentimientos por Artair como un deseo amplificado por la situación enloquecida en la que se encontraban.

Pero él consumía sus pensamientos. Su corazón se aligeraba cada vez que entraba en la habitación, y su mera presencia la calmaba. Lo amaba por su feroz amor por su hermana. Lo amaba por su sentido del honor, incluso por su terquedad. Lo amaba por las partes más ligeras de sí mismo que parecía haber mantenido ocultas: su perverso sentido del humor, su risa, su bondad innata.

Reconoció que lo amaba después de la muerte de Iomhar, cuando se dio cuenta de que habría matado a cien hombres para salvar su vida. Irónicamente, fue su magia —la fuerza que había intentado ignorar durante tanto tiempo— la que la hizo consciente de su amor por él. Esa ola de protección y furia que la invadió al ver el intento de Iomhar contra su vida había impulsado el poder de su hechizo. Kensa le había dicho que la magia estaba entrelazada con las emociones. Su amor por Artair había sido la fuerza que alimentó su hechizo, la fuerza que corrió a través de ella con una sensación vertiginosa de poder.

Había reflexionado sobre la revelación de sus sentimientos por Artair durante el viaje hacia el norte, y cuando Artair había entrado en su habitación para ver cómo estaba el día anterior, fueron esos pensamientos los que habían cruzado por su mente.

Te amo, había querido decirle. *Te amo*, y eso me aterroriza.

La idea de dejarlo atrás ya no la llenaba solo de una punzada o un dolor. La llenaba de desesperación. Fue un sentido de autopreservación lo que la hizo cerrarle la puerta.

Pero evitarlo no mantendría a raya sus poderosas emociones. Nada podría hacerlo. Ni siquiera el abismo del tiempo que pronto los separaría.

Mientras se alejaban cabalgando de la posada a la mañana siguiente, un fragmento de dolor la atravesó ante ese pensamiento. En su propio tiempo, Artair llevaría mucho tiempo muerto. Al igual que Liosa, con su espíritu feroz. Keagan, con su bondad inherente y el amor ardiente que sentía por su esposa.

Las lágrimas brotaron en sus ojos, pero se obligó a contenerlas, a concentrarse en guiar a su

caballo por el camino embarrado y bien transitado que salía de la aldea. Le alivió que Artair cabalgara unos metros por delante con Keagan. Pero Liosa cabalgaba a su lado, con su mirada perspicaz fija en su rostro.

Cuando se detuvieron para su primer descanso, Liosa se acercó a ella con el ceño fruncido de preocupación.

—¿Estás bien, Diana? —preguntó—. Has estado pálida y callada desde que salimos de la posada.

—Estoy bien —dijo Diana rápidamente. Demasiado rápido.

Liosa arqueó una ceja escéptica, mirando hacia atrás a Artair y Keagan. Estaban a varios metros de distancia, fuera del alcance del oído, atendiendo a sus caballos. Liosa se acercó más, bajando la voz.

—Si estás triste por tener que dejar a Artair... quizás no deberías hacerlo.

Diana la miró fijamente. —¿Qué?

—Mi hermano te ama. Puede que hayamos estado separados durante mucho tiempo, pero aún lo conozco. Y puedo darme cuenta por la forma en que te mira. No es común que él abra su corazón. Si lo dejas atrás, temo que se convertirá en el hombre cerrado y reservado que dejé hace tantos años. Creo que eres buena para él, Diana.

El corazón de Diana aceleró su ritmo. Deseaba desesperadamente que las palabras de Liosa fueran ciertas, pero no lo eran. Sabía sin lugar a dudas que Artair la deseaba, que se preocupaba por ella, pero ¿amor? Si la amara, *él* habría sido quien sugiriera que se quedara. En cambio, parecía decidido a enviarla lejos.

—Artair me desea, eso es todo —dijo Diana—. Y... no puedo quedarme.

—¿Por qué no? —desafió Liosa—. ¿Qué te espera en Inglaterra?

Comodidades modernas. Mi trabajo. Mi antigua vida. Intentó reunir algo de entusiasmo por esas cosas, pero ninguna atraía a Diana. Si era verdaderamente honesta consigo misma, se había convertido en abogada simplemente como un medio para conseguir un trabajo que estuviera lo más lejos posible de la magia.

El alivio la invadió cuando Keagan las llamó, salvándola de tener que responder a la pregunta.

Esta vez, cabalgó unos pasos detrás de Liosa, evitando sus miradas persistentes. A pesar de toda la atención de Liosa, Artair no le prestaba ninguna atención en absoluto, hablando solo con Liosa y Keagan mientras cabalgaban. Se preguntó con una punzada aguda si él estaba llevando su distancia un paso más allá y conversando con ella lo menos posible hasta que llegara el momento de separarse.

Cuando finalmente llegaron a Edimburgo, parte de su tensión se disipó; ahora había algo más en lo que concentrarse. Diana observó Edimburgo mientras se acercaban, el asombro recorriendo su cuerpo. Ciertamente no era el Edimburgo del siglo XXI: era mucho más pequeño, más como una gran aldea que una ciudad, rodeado de enormes murallas que hacía mucho tiempo que habían desaparecido en su época. Podía ver el Castillo de Edimburgo encaramado en el mismo peñasco de la colina —Castle Rock— en el que descansaba en su tiempo, aunque como Edimburgo mismo, era más pequeño.

Entraron en Edimburgo por una de las puertas abiertas a lo largo de la muralla sur, y Diana observó el entramado de callejones estrechos y callejuelas, los mercados, las casas y las tiendas, los residentes yendo y viniendo apresuradamente. Las casas iban desde simples cabañas hasta residencias más finas de comerciantes. El hedor de los desechos y las aguas residuales golpeó sus fosas nasales, al igual que el olor succulento de las carnes asadas de las tabernas que pasaban. Las

campanas de la iglesia sonaban a lo lejos junto con los gritos de los trabajadores y el murmullo de la conversación de los transeúntes. A su alrededor, caballos de carga cargados de verduras y granos se dirigían hacia los mercados.

Se detuvieron en una posada en el centro de Edimburgo, una que era más grande que las otras en las que se habían alojado hasta ahora, llena de muchos más viajeros. Escuchó acentos tanto de las Tierras Bajas como de las Altas, junto con inglés y nórdico.

Cuando pagaron por sus habitaciones y escaparon del bullicio de los otros huéspedes, Artair se puso a su lado mientras se dirigían escaleras arriba hacia sus habitaciones.

—¿Te gustaría que te acompañara por Edimburgo mañana? Planeamos quedarnos un día para cambiar los caballos antes de dirigirnos al norte hacia Inverness. Pensé que querías ver más del siglo XIV que solo caminos embarrados y posadas.

Un destello de alegría la recorrió ante sus palabras. Aunque sentía curiosidad por cómo era Edimburgo en esta época, principalmente quería pasar más tiempo con Artair.

—Me encantaría.



CUANDO DIANA y Artair salieron a la mañana siguiente, Liosa y Keagan optaron por quedarse, diciéndoles que querían descansar en la posada, pero los instaron a que se divirtieran. Por el brillo en los ojos de Liosa, Diana sospechó que les estaban dando tiempo a solas a propósito.

Se abrieron paso por las estrechas calles hasta la Catedral de San Egidio, que él llamó la "Alta Iglesia de Edimburgo". Ella pudo notar que estaba parcialmente quemada y en proceso de reconstrucción; Artair le contó que un incendio la había arrasado hace varios años. Sus ojos se abrieron de sorpresa cuando ella le dijo que la catedral aún existía en su época.

Esto se convirtió en una especie de juego entre ellos, con Artair señalando ciertos lugares emblemáticos y Diana diciéndole si existían en el futuro. No le sorprendió que el Castillo de Edimburgo aún existiera, pero sí pareció sorprendido al saber que Nor Loch, en la base de Castle Rock, eventualmente se drenaría y se convertiría en un parque público.

Artair le tomó la mano mientras la guiaba por los callejones de St. Mary's y Blackfriars. Un escalofrío de emoción la recorrió ante su tacto; tuvo que concentrarse mientras le decía que estos callejones eventualmente serían demolidos y se convertirían en calles más anchas. Pronto se abrieron paso por los bulliciosos mercados de Grassmarket y Cowgate, ambos existentes en su época, pero como barrios en lugar de mercados.

—Parece que el Edimburgo del futuro no ha cambiado mucho —reflexionó Artair mientras se alejaban de Cowgate de regreso a la posada.

—La parte más antigua, esta parte, de Edimburgo se convierte en un barrio llamado Ciudad Vieja. Gran parte del carácter histórico de la ciudad se ha conservado. Es popular entre los turistas.

—¿Turistas? —preguntó Artair con el ceño fruncido, desconcertado.

—Alguien que viaja a un destino por vacaciones. Es como... lo que estamos haciendo ahora. En esta época, solo la realeza y los ricos viajan por placer. Viajar es más fácil para la gente común en mi época.

—Ah —dijo, asintiendo con comprensión mientras se hacían a un lado para dejar pasar un carro tirado por caballos—. Parece que las cosas han cambiado para mejor en el futuro, por todo lo que me has contado. Tendremos que asegurarnos de devolvarte allí.

Su tono era ligero, pero sus palabras la hirieron. Lo dejó de lado para enfrentarlo.

—Artair —dijo—. Lo siento. Por mi distancia ayer.

—Está bien —le aseguró, aunque ella notó el alivio que llenó su rostro—. ¿Estás bien?

Te amo.

—Sí —dijo, forzando una sonrisa—. Es solo que... todo lo que ha pasado ha sido tan abrumador.

—Lo entiendo —dijo, extendiendo los brazos para atraerla hacia él—. Digo que nos concentremos solo en disfrutarnos el uno al otro y nuestro tiempo juntos mientras podamos.

Mientras podamos, pensó Diana, un doloroso dolor atravesando su pecho. Pero le dio una sonrisa radiante.

—De acuerdo —respondió.

Él la sorprendió colocando su mano en su nuca y atrayéndola para besarla, allí mismo en la calle.

Después de un momento de sorpresa, Diana respondió, rodeándolo con sus brazos, sin importarle quién los estuviera mirando. Él la soltó, su respiración entrecortada por el deseo, antes de tomarla de la mano y llevarla dentro de la posada, apenas rompiendo el paso mientras la llevaba a su habitación. Cerró la puerta tras ellos y la presionó contra la pared, sus ojos recorriendo su rostro.

—No pretendo solo hacer el amor contigo. Disfruto de tu compañía; hoy no ha sido más que alegría para mí. Pero no mentiré, muchacha. Es difícil estar cerca de ti y no querer tocar esta piel —gruñó, extendiendo la mano para bajar su corpiño y capturando un pezón tenso en su boca—. No probar esta dulzura...

El cuerpo de Diana tembló de anticipación y necesidad mientras él levantaba su vestido, arrodillándose ante ella. Jadeó cuando él deslizó su lengua dentro de ella, gimiendo de placer.

—Artair... —susurró, zarcillos de placer enroscándose alrededor de cada parte de su cuerpo.

—Puede que tengas el poder de la brujería, pero no conoces el poder que tienes sobre mí, mi bruja dorada —susurró, retirando su lengua de su centro y poniéndose de pie.

La maniobró hacia la cama, despojándola de su vestido y a sí mismo de su ropa mientras se movían.

Diana tomó el control, montándolo cuando llegaron a la cama. Manteniendo sus ojos fijos en los de él, se hundió sobre su dureza, echando la cabeza hacia atrás con placer mientras él agarraba sus pechos y comenzaban a moverse juntos. Cuando su placer alcanzó un crescendo mutuo, y se estremecieron juntos en el clímax, ella pensó las palabras que no podía permitirse decir.

Te amo, Artair.

CAPÍTULO 19



Después de su noche juntos en Edimburgo, Artair se dio cuenta de que algo había cambiado en su relación con Diana. Había una cercanía, una intimidad que no existía antes. Quizás era el conocimiento de que debían saborear cada momento que tenían juntos y ya no negar su intensa atracción.

Ahora, durante sus días de viaje, cabalgaba a su lado, señalando puntos de referencia naturales que le eran familiares, y Diana le decía si aún existían en su época, aunque le contaba que gran parte del campo escocés había cambiado poco a lo largo de los siglos.

Para su alivio, no nevó durante sus días de cabalgata, pero sí llovió, obligándolos a buscar refugio para pasar la noche en la posada más cercana que pudieran encontrar.

Cada vez que se detenían para descansar, comer o dar de beber a los caballos, él y Diana encontraban un lago o un bosquecillo apartado y caminaban por allí, con las manos entrelazadas, compartiendo besos apasionados que él tenía que forzarse a terminar por miedo a tomarla allí mismo al aire libre.

Su hermana y Keagan parecían complacidos con su intimidad abierta, a menudo cabalgando por delante para darles privacidad, o diciéndoles cortésmente que iban a dar de beber a sus caballos a unos metros de distancia para dejarlos a solas. Por esto estaba agradecido, no solo porque quería pasar tanto tiempo con Diana como fuera posible, sino porque no quería que su hermana los escuchara discutir sobre la brujería de Diana o el futuro.

Durante las noches, exploraban minuciosamente sus cuerpos. Artair no se cansaba de ella; cada vez que le hacía el amor, solo la deseaba más.

Aprendió a trabajar cada centímetro de su cuerpo: desde el punto en la base de su garganta que mordisqueaba, haciéndola gemir, hasta sus rosados pezones que adoraba succionar, hasta el sabor de su dulce sexo mientras se deleitaba en él hasta que ella gemía y temblaba de placer.

Pero había otros aspectos de sus noches juntos que también disfrutaba. Le encantaba verla dormir. Dormía como un muchacho, con los brazos y las piernas extendidos, la boca abierta y ronquidos escapando de sus hermosos labios. Su rostro se encendía y ella le daba un empujón juguetón cuando le contaba cómo dormía.

Lo que más disfrutaba de sus noches era la sensación de tenerla en sus brazos después de hacer el amor. Su suavidad mientras la sostenía cerca de su pecho, una multitud de emociones arremolinándose dentro de él mientras sentía su corazón latiendo al unísono con el suyo, deleitándose en lo bien que se sentía en sus brazos.

El día antes de llegar a Inverness, se detuvieron en las afueras de un pequeño bosque para dar de beber a sus caballos en un arroyo y comer de sus provisiones. Después de atar sus caballos y los de Diana, se adentraron en el bosque, encontrando un pequeño claro.

—A veces mis padres me llevaban a Escocia en coche y me llevaban a viejos claros como estos donde los druidas solían practicar sus rituales —dijo Diana, mientras caminaban de la mano—. Me mostraban hechizos simples y recuerdo sentir tanta... admiración.

—Muéstreme uno —dijo él, volviéndose para mirarla.

Sabía que ella practicaba hechizos cada vez que tenía un momento libre, generalmente después de la cena en cualquier posada en la que se alojaran, cuando él se quedaba atrás para conversar con Liosa y Keagan. Había habido ocasiones en las que había entrado en su habitación para encontrarla murmurando un hechizo en voz baja mientras usaba su magia para encender una vela o abrir una ventana o puerta. Se apoyaba contra la puerta, simplemente observándola con silenciosa admiración. Ella parecía cada vez más cómoda con su magia, con quién era y de lo que era capaz como bruja.

Ahora, Diana se mordió el labio, mirando alrededor del claro. Avanzó unos pasos y se arrodilló en el suelo, cubierto por la escarcha del comienzo del invierno, y extendió su mano.

Él observó asombrado cómo florecía una flor silvestre, sus pétalos amarillos incongruentemente brillantes entre las plantas y el suelo más oscuros del bosque.

—No puedo creer que no usaras tu brujería en tu propio tiempo, muchacha —murmuró—. Es un don.

—Empiezo a darme cuenta de eso ahora —dijo ella, enderezándose—. Fue el dolor y la pena lo que me hizo darle la espalda. Pero... estoy más abierta a ello ahora. No sé cómo volveré a ser una abogada normal cuando regrese.

Su regreso. Al futuro. Era algo tácito entre ellos, pero cuanto más se acercaban a Inverness, más se acercaban a Tairseach, a separar sus caminos. Tragó saliva, forzando una sonrisa mientras extendía la mano para tomar la suya.

—Deberíamos volver.

—Déjame intentar uno más —dijo Diana, volviéndose hacia el claro—. Quizás quieras retroceder un poco.

Artair dio un cauteloso paso atrás, y Diana levantó las manos. Observó cómo cerraba los ojos, murmurando las palabras de un hechizo en latín.

—*Constitue super terram duris dolor ossibus ardet.*

Una onda de calor abrasó el aire a su alrededor, y sus ojos se abrieron de par en par cuando una parte del claro se incendió.

—¡Diana! —gritó, sintiendo cómo el pánico lo invadía.

Los ojos de Diana se abrieron de golpe. Rápidamente pronunció las palabras de otro hechizo, y una ráfaga de viento apagó las llamas.

Se volvió hacia él con una sonrisa de disculpa, pareciendo sorprendida por su propio poder. Pero su sonrisa vaciló cuando su mirada se posó en algo detrás de él. Se puso tenso, girándose para seguir su mirada, y su corazón dio un vuelco.

Liosa y Keagan estaban allí, con los ojos muy abiertos y las bocas abiertas. Liosa se dejó caer de rodillas, presionando sus manos contra su boca.

—Dios mío —susurró—. Eres una bruja.



MOMENTOS DESPUÉS, Artair y Diana estaban frente a Liosa, quien caminaba de un lado a otro, sacudiendo la cabeza como si intentara sacudir de su mente lo que acababa de ver. Keagan se apoyaba contra un árbol, silencioso y pálido.

Después de que Liosa y Keagan los descubrieran, Diana le había dado un sutil asentimiento, y él supo que tenía su permiso para contarle todo a su hermana y a su cuñado.

Y así, se lo contó. Todo. Desde su desaparición a través del tiempo, hasta la existencia del stiuireadh, y cómo Diana lo había ayudado a regresar en el tiempo. No estaba seguro de cómo tomaría su hermana todo esto —si siquiera lo creería—, pero esperaba que su afecto hacia Diana la hiciera dejar de lado cualquier temor o enojo. Estaba menos seguro de Keagan, pero sospechaba que la reacción de su esposa influiría en sus sentimientos.

—Tairseach —dijo Liosa de repente, deteniéndose para mirarlos a ambos—. ¿Dijiste que el portal está en Tairseach? ¿Y que por eso volvéis allí?

—Aye —dijo Artair.

—Sabía que ese lugar me sonaba familiar. Cuando era niña, recuerdo haber oído rumores sobre él. Sobre gente que desaparecía. Pero mis criadas siempre me decían que eran tonterías.

—La gente sí desaparece allí. Pero desaparecen a través del tiempo. Liosa, yo mismo no creería nada de esto si no me hubiera pasado, pero espero...

—No hace falta que me convenzas —interrumpió Liosa, levantando la mano—. Te creo. ¿Cómo no hacerlo? Acabo de ver a Diana conjurar fuego con mis propios ojos. No es difícil asumir que puede viajar en el tiempo. Solo que no puedo... —Se interrumpió, sacudiendo la cabeza de nuevo—. Magia. Viajar en el tiempo. Suena como un cuento para dormir que uno le contaría a sus críos.

—Lo sé —dijo él—. Yo mismo apenas puedo creerlo.

Liosa tragó saliva, mirando finalmente a Diana.

—¿Usaste tu brujería para traer a mi hermano de vuelta a su propio tiempo? ¿Y cuando ambos fuisteis tomados como rehenes... le salvaste la vida usándola?

Diana exhaló y le dio un tembloroso asentimiento. —Sí.

Liosa cerró los ojos, y cuando los abrió, estaban inundados de lágrimas.

—Entonces solo tengo que agradecerle.

Una poderosa ola de alivio lo invadió cuando Liosa se acercó a Diana, atrayéndola a sus brazos en un cálido abrazo.

—Gracias por traer a mi hermano de vuelta a mí —susurró.

Soltó a Diana, quien también parecía aliviada —y sorprendida. Liosa se acercó a Artair y le lanzó una mirada feroz.

—¿Diana recibe un abrazo y yo recibo una mirada como esa? —preguntó él, arqueando las cejas.

—Aye. Por no contarme nada de esto antes. Sabía que algo raro pasaba con Diana. Por eso fui dura con ella y no confiaba en ella antes. Sabía que ocultaba algo, pero también puedo ver que tiene buen corazón y se preocupa por ti. Tú, hermano, deberías haber confiado en mí desde el principio.

—¿Aye? —desafió Artair—. Si te hubiera dicho que Diana era una bruja viajera del tiempo, después de no haberte visto durante tantos años, ¿me habrías creído?

—Aye —respondió Liosa con fiereza—. Quizás me habría tomado unos momentos aceptarlo, pero somos familia. Compartir cosas, incluso cosas como esta, es parte de ser una familia. Necesito que confíes en mí de ahora en adelante si vamos a estar en la vida del otro.

—Lo hago —dijo él, sosteniendo la mirada de su hermana—. Y lo haré.

—Bien —dijo Liosa, volviéndose hacia Diana—. Y confío en ti, Diana. Te lo has ganado por tu buen corazón y por salvar la vida de mi hermano.

CAPÍTULO 20



Ahora que Liosa y Keagan conocían la verdadera identidad de Diana, un peso se había levantado de sus hombros. Después de lo que les sucedió a sus padres, temía lo que la gente del pasado haría si se enteraban de que era una bruja. Pero Liosa y Keagan no eran personas cualquiera, eran la familia de Artair, y la aceptaban, lo que significaba más para ella de lo que se había dado cuenta.

Después de recuperarse de la conmoción, Keagan y Liosa la acribillaron a preguntas mientras continuaban hacia el norte. ¿Cómo era su época? ¿Cómo era viajar en el tiempo? ¿Cómo funcionaba su magia?

Había pensado que responder a tales preguntas sería tedioso, especialmente considerando que Artair había hecho muchas de las mismas, pero fue un alivio poder hablar abiertamente sobre su magia. A medida que respondía cada pregunta, Liosa y Keagan la miraban con creciente asombro y admiración; se le hizo difícil mantener una cara seria.

Pero Artair no parecía divertido.

—Diana puede ser una bruja, pero sigue siendo la misma muchacha que conocéis —dijo con fastidio—. Y aseguraos de mantener la verdadera identidad de Diana entre nosotros. No habléis de ello fuera de nuestro grupo.

Liosa frunció el ceño.

—¿Crees que soy una tonta, Artair? Por supuesto que no lo haremos. Pero seguiremos haciendo preguntas.

—Siempre y cuando lo hagáis cuando estemos solos —dijo Artair, lanzándole una mirada penetrante.

Tan pronto como llegaron a la posada en Inverness, Liosa entró en su habitación mientras los hombres se ocupaban de los caballos.

—Puedes ayudarnos —dijo Liosa—. Tenemos que luchar contra Tamhas y sus hombres cuando regresemos a nuestro hogar. Pero con tu brujería...

—Voy a regresar a Tairseach —interrumpió Diana—. Y no puedo practicar magia abiertamente. Es demasiado arriesgado.

—Sé que hay algo que puedes hacer para ayudar. Ya has usado tu magia para salvar la vida de Artair —insistió Liosa.

Diana exhaló. Ya había considerado esta posibilidad por su cuenta. Pero no sabía cómo podría usar su magia para ayudar sin exponerse, y por lo tanto, poner a Artair y su familia en riesgo por albergar a una bruja. El hecho de que Liosa y Keagan hubieran aceptado lo que era no significaba que los demás lo harían.

—Creo que los hombres de Artair se las arreglarán bien —dijo, ignorando la incertidumbre

que la agitaba—. Y... tengo que volver a mi propia época. Ahí es donde pertenezco.

—No crees eso.

—Sí, lo creo —insistió Diana, aunque no había convicción detrás de sus palabras—. Me importa tu hermano, pero tengo que irme. No... no quiero seguir hablando de esto.

Liosa levantó las manos, dándole una mirada de disculpa.

—Lo siento. Keagan me dice que puedo ser insistente. Pero... piensa en lo que te he dicho, Diana.

Liosa la dejó sola, y Diana se hundió en su cama con un suspiro cansado.

Podría ayudarlos a luchar contra Tamhas y sus hombres realizando magia sutil de maneras que la mayoría no notaría. Un hechizo de Ocultación para esconder el número de hombres que tenían, haciendo parecer que Tamhas podría derrotarlos fácilmente. Hechizos defensivos para proteger a los espectadores del daño. Un hechizo aquí y allá que podría sumar para inclinar la balanza a favor de Artair. ¿Qué mejor manera de asegurar la seguridad de Artair antes de regresar a su propia época? Y tendría más tiempo con el hombre que amaba.

Para cuando se unió a los demás para la cena, sus dudas se habían disipado, y la sugerencia de Liosa había echado raíces en su mente.

—¿En qué piensas, muchacha? —preguntó Artair, dando un trago a su cerveza.

Diana podía sentir la mirada de Liosa quemándole la piel. Eso le dio la confianza que necesitaba.

—Solo estaba pensando que... tal vez pueda quedarme más tiempo. Para ayudar en la lucha contra Tamhas.

Liosa sonrió, el placer destellando en su rostro, mientras Keagan alzaba las cejas con sorpresa. Artair, sin embargo, se tensó y la miró con el ceño fruncido.

—No —gruñó—. Esos bastardos casi te violan y te matan. No te acercarás a ellos de nuevo. Te llevaré a Tairseach.

Diana lo miró furiosa, apretando los puños a los costados. Había olvidado lo obstinado que podía ser Artair.

—Ni siquiera preguntaste cómo podría...

—No me importa *cómo* —espetó Artair—. No te dejaré ponerte en peligro, Diana. No quiero oír más de esto.

Diana tragó saliva, el dolor y la ira arremolinándose en su interior. Si le importara, la vería como algo más que un cuerpo para calentar su cama por la noche. Más que una flor delicada a la que necesitaba proteger. ¿Acaso no los había llevado a ambos de vuelta en el tiempo? ¿No había salvado su vida? Pero ni siquiera consideraría permitirle ayudar, sabiendo el poder que poseía.

—He perdido el apetito —dijo entre dientes, poniéndose de pie.

Él le devolvió la mirada fulminante.

—Yo también.

—Hermano —dijo Liosa tentativamente—. Tal vez deberías escuchar a...

—¿Fue idea tuya, Liosa? —exigió—. ¿Poner ideas absurdas en la cabeza de Diana?

—No le levantes la voz a mi esposa —espetó Keagan.

—Tu esposa está tratando de que maten a Diana.

—*Diana* está parada justo aquí —interrumpió Diana, cansada de que hablara de ella como si no estuviera presente—. Eres un imbécil testarudo, Artair Dalaigh. No puedes decirme si puedo ayudar o no. Elijo ayudar, y no solo por ti, sino por tu hermana y Keagan, a quienes aprecio. Puedes hacer un berrinche si quieres, pero no puedes detenerme.

Él se puso de pie, irguiéndose sobre ella. Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su

cuerpo filtrándose en su piel. Un deseo ardiente rebotó por todo su cuerpo y sintió un atisbo de humedad entre sus muslos. Le irritaba poder estar tan furiosa con él y tan inflamada de lujuria al mismo tiempo.

—Oh, sí que puedo, muchacha —siseó él—. Te ataré yo mismo y te echaré sobre mi hombro si es necesario.

Diana le dirigió una sonrisa brillante que esperaba pareciera peligrosa.

—Solo has visto un atisbo de lo que soy capaz —dijo, manteniendo la voz baja.

Los ojos de Artair se estrecharon.

—¿Me estás amenazando, muchacha?

—Muy bien —dijo Keagan con un suspiro, poniéndose de pie para interponerse entre ellos—. Todos estamos cansados de cabalgar todo el día. Creo que deberíamos tomar un descanso, descansar un poco, y luego podemos...

—No hay necesidad —dijo Artair, aún mirando fijamente a Diana—. Me retiraré a mi propia habitación.

Con una última mirada fulminante a Diana, se dio la vuelta para marcharse. Diana lo vio alejarse, su ira disipándose, dando paso a su dolor persistente. Liosa se puso de pie y le tocó el brazo.

—No pasa nada —le aseguró—. Solo necesita tiempo para calmarse.

Pero el punto muerto continuó. Artair sacó sus cosas de la habitación compartida y compró su propia habitación para la noche. Por primera vez en varias noches, ella durmió sola.

Mientras yacía sola en su cama esa noche, tuvo que luchar contra su necesidad de él —y su ira— mientras miraba fijamente al techo.

¿Realmente pensaba que darle la ley del hielo cambiaría su opinión? Si acaso, ahora estaba más decidida a quedarse y ayudar en la lucha. Si él creía que ella cedería en esto porque él hiciera una rabieta, estaba muy equivocado.

Con desafío —y dolor— aún agitándose en su interior, Diana permitió que su creciente fatiga la reclamara.



DIANA DESPERTÓ en medio de la noche, con el corazón acelerado, sabiendo en sus entrañas que *algo andaba muy mal*.

Permaneció quieta, con la boca seca, escuchando el silencio. Después de varios largos momentos, oyó cascos de caballos acercándose a la posada y sin tener que mirar por la ventana... lo supo.

Tamhas y sus hombres los habían encontrado.

Se movió rápidamente, poniéndose una bata sobre su ropa interior y saliendo al pasillo. Artair ya estaba allí, con la mano en la empuñadura de su espada. Ella se irguió; ahora era el momento de dejar de lado sus diferencias.

—Necesito que confíes en mí —susurró—. Necesito que traigas a tu hermana y a Keagan a mi habitación. Trae todas vuestras pertenencias. *Por favor*.

Él vaciló solo un momento antes de acceder. Ella volvió a su habitación, rezando para que el hechizo que tenía en mente funcionara.

Momentos después, Liosa y Keagan entraron apresuradamente, seguidos por Artair. Cerró la puerta de su habitación, con el corazón saltándole a la garganta al oír los gritos de los hombres en el piso de abajo.

Diana miró su puerta, tragando saliva mientras presionaba sus manos contra ella.

—*Cruthaich an t-seòmar seo bho shealladh daonna. Cruthaich an t-seòmar seo bho shùilean daonna.*

Murmuró las palabras del hechizo, una y otra vez, hasta que sus manos se calentaron al sentir que su magia respondía a su orden. Finalmente, retrocedió, volviéndose para mirar a Artair y a los demás.

—No importa lo que oigáis —susurró—. Permaneced en silencio.

Todos estaban pálidos, pero asintieron.

Diana se volvió hacia la puerta, su cuerpo tenso mientras esperaba. Oyó más gritos y pasos retumbando en las escaleras. La inconfundible voz de Tamhas sonó en el pasillo, junto con varias otras.

Las puertas se abrieron de golpe, y oyó gritos de enojo y protestas de los otros huéspedes. Los pasos se acercaron a su puerta, y el corazón de Diana martilleaba contra su caja torácica. *Confía en tu magia*, le había dicho una vez su padre. Y así lo hizo, permaneciendo en tenso silencio incluso cuando oyó la respiración áspera de un hombre a solo centímetros al otro lado de la puerta.

Pareció una eternidad antes de que los pasos se retiraran. Diana se dio la vuelta, pasando junto a los demás para mirar por la ventana.

Tamhas y sus hombres montaron sus caballos, echando una última mirada a la posada antes de alejarse cabalgando hasta que él y sus hombres desaparecieron de la vista.

Y solo entonces Diana se permitió respirar.

CAPÍTULO 21



—¿Qué hiciste? —preguntó Keagan a Diana, con la voz llena de asombro—. ¿Por qué no entraron?

—Usé un hechizo de ocultamiento —dijo Diana—. Para Tamhas y sus hombres, la puerta parecía solo una pared. No podían saber que estábamos aquí.

—Dios mío —dijo Keagan, sacudiendo la cabeza con asombro—. Nos has salvado el pellejo, Diana.

Ella le dedicó una débil sonrisa, pero aún parecía conmovida.

Artair se acercó a ella, acunando su rostro entre sus manos.

—Diana —susurró, lleno de vergüenza—. Mi bruja dorada. Una vez más... fui un necio.

Ella encontró su mirada brevemente antes de alejarse de él sin decir una palabra. Sintió los ojos de Liosa y Keagan sobre él y tragó saliva con dificultad, decidiendo permanecer en silencio por ahora. Diana aún estaba molesta con él por dudar de ella, y no podía culparla.

Permanecieron en la habitación de Diana durante un tiempo después de que Tamhas y sus hombres se marcharan. Artair se quedó junto a la puerta, al lado de Diana, con la mano en la empuñadura de su espada por si los hombres regresaban.

—Deberíamos irnos ahora, no esperar hasta el amanecer —dijo Artair finalmente, volviéndose hacia los demás—. Podrían regresar entonces.

Los otros asintieron en acuerdo. Sus ojos se posaron en Diana, quien aún parecía pálida por el esfuerzo de realizar su hechizo. El asombro lo invadió; la brujería que había usado para salvarlos había sido... milagrosa. Ella había demostrado cuán equivocado estaba al querer enviarla lejos, y cuán acertada estaba al quedarse para ayudar.

El arrepentimiento le retorció las entrañas al recordar las duras palabras que habían compartido, lo tontamente enojado que había estado, tan enojado que se había privado de su hermoso cuerpo por la noche.

Pero un miedo helado se había apoderado de él cuando ella había sugerido ayudar. Solo podía ver su rostro aterrorizado cuando Iomhar se le acercó e imaginaba lo que Tamhas le haría si alguna vez la atrapaba. Su instinto protector lo había hecho despreciarla, aunque sabía que era fuerte y más que capaz de defenderse por sí misma.

Intentó encontrar su mirada, para comunicarle cuánto lo sentía con una mirada, pero ella evitó sus ojos. Cuando estuvieran lejos de la posada, tendría que apartarla y disculparse.

Su mano se apretó en la empuñadura de su espada mientras sus pensamientos se dirigían a Tamhas. ¿Cómo los había encontrado el bastardo? Le helaba la sangre que los hubiera rastreado tan al norte. Pero por muy bastardo que fuera Tamhas, Artair podía vislumbrar la inteligencia del otro hombre. Tamhas sabía que Artair era de las Tierras Altas. Quizás había atormentado a algún

lugareño para que le dijera que Artair y los demás habían huido a las Tierras Altas para conseguir más hombres para luchar. La mayoría de los viajeros se detenían en Inverness antes de continuar hacia las Tierras Altas, y había pocas posadas en Inverness. No habría sido demasiado difícil concluir que podrían estar aquí.

Su cuerpo se tensó de temor. Era muy posible que Tamhas hubiera estado siguiendo su rastro todo el tiempo. Mientras él había estado haciendo el amor con Diana, sosteniendo su mano mientras caminaban por arboledas y lagos soleados, Tamhas se había acercado a ellos. Era otra razón por la que había querido enviar a Diana lejos; ella era una distracción.

Pero era demasiado tarde para eso. Incluso si enviara a Diana lejos, ella ya se había metido en su corazón, en su alma: consumiría sus pensamientos sin importar qué.

Esperaron a que pasara más tiempo antes de salir de la posada, usando la puerta trasera.

Después de buscar sus caballos en los establos, cabalgaron hacia el oeste en lugar de hacia el norte por insistencia de Artair; el norte era donde Tamhas esperaba que fueran.

Se detuvieron para dar de beber a sus caballos justo cuando el sol se alzaba sobre el horizonte. Él aprovechó la oportunidad para llevar a Diana aparte.

—No voy a volver a Tairseach hasta que nos ocupemos de estos hombres —dijo ella ferozmente, su cuerpo tensándose ante su toque—. Acabo de probar, otra vez, que...

—No te voy a decir que te vayas —la interrumpió—. Quiero disculparme y agradecerte por salvarnos. Has demostrado lo invaluable que eres.

Ella pareció sorprendida por esto, su boca cerrándose. Había estado preparada para una pelea.

—Tenías razón —continuó él con un suspiro—. Me estaba comportando como un tonto sobreprotector. Tienes que saber cuánto me importas, muchacha. Todavía pienso en mi miedo cuando estabas sola con Iomhar, cómo me sentí impotente para protegerte. Pero nunca debí dudar de lo que eres capaz —murmuró, extendiendo la mano para acercarla.

Le alivió que ella no se resistiera, relajándose en sus brazos. Él enterró su rostro en su cabello.

—Me asombras, Diana. Mi bruja.

Diana se echó hacia atrás ligeramente, su rostro iluminándose con una hermosa sonrisa. Levantó los brazos para rodear su cuello.

—Y no olvides lo asombrosa que soy, escocés testarudo.

Él le devolvió la sonrisa mientras ella presionaba sus labios contra los suyos. Se besaron fervientemente, sin importarles que estuvieran a plena vista de Liosa y Keagan.

—Estáis haciendo que mi marido y yo parezcamos que no nos importamos el uno al otro, con la forma en que os arrulláis —dijo Liosa con un gemido.

Se separaron, un cálido rubor extendiéndose por las mejillas de Diana, pero Artair mantuvo su mano mientras le daba a su hermana una sonrisa burlona y desafiante.

—Entonces quizás deberías mostrarle más afecto a tu marido, hermana —dijo él.

Todos compartieron una risa, necesitando un momento de alegría después del peligro del que apenas habían escapado.

Mientras continuaban cabalgando por los familiares parajes de las Tierras Altas, con sus extensos valles, los lagos que brillaban bajo el sol naciente y el contorno brumoso de las montañas nevadas en la distancia, su inquietud regresó. Si Tamhas los había rastreado hasta tan al norte, posiblemente podría averiguar dónde vivía y con qué clan estaba afiliado.

Intentó acallar su miedo, diciéndose a sí mismo que las Tierras Altas eran inmensas, llenas de terreno desconocido para alguien de las Tierras Bajas. Incluso si Tamhas pudiera rastrearlo, le llevaría tiempo. Pero su temor persistía.

Pronto llegaron a otra aldea, una en la que se había alojado varias veces en el pasado cuando viajaba hacia el sur. Sería su última parada antes de dirigirse a las tierras del Clan MacGreghor, donde pedirían refuerzos a Drostan MacGreghor, antes de regresar a la mansión de Artair.

—Tendré que asegurarme de que Tamhas y sus hombres no estén ahí primero —dijo, mirando la posada mientras se acercaban. Era poco probable que Tamhas estuviera allí, pero después de la noche anterior quería estar seguro.

—Iré contigo —dijo Diana.

Estaba a punto de protestar, y Diana le lanzó una mirada desafiante. Se recordó a sí mismo que necesitaba demostrar que era fiel a su palabra y que le permitiría ayudar.

Asintió, y juntos cabalaron adelante.

La posada estaba casi vacía, con solo unos pocos clientes bebiendo jarras de cerveza. El posadero le dijo que nadie que coincidiera con la descripción de Tamhas había estado allí. Solo entonces Artair pagó por sus habitaciones para la noche.

Mientras cenaban bacalao ahumado y pan, hablaron en voz baja sobre sus planes futuros.

—Ahora creo que el hecho de que Tamhas nos haya rastreado hasta tan al norte es bueno. Aquí, tengo la ventaja de mi conexión con el Clan MacGreghor y con mis propios hombres.

—Aye —dijo Keagan—, pero Tamhas no es tonto. No atacaría sin hombres. Si yo fuera Tamhas, buscaría clanes rivales para que me ayudaran. Tenemos que planear que hará algo así.

—Tienes razón —dijo Artair—. Después de conseguir hombres para que nos ayuden a luchar, necesito atraer a Tamhas hacia mí. Tendremos que correr la voz de que he vuelto a mi mansión, que me he jactado de matar a un hombre de la frontera llamado Iomhar.

—No —protestó Diana—. Artair...

—Es su ira por el asesinato de Iomhar lo que lo ha llevado a las Tierras Altas, lo sé —interrumpió—. Necesitamos usarlo en nuestro beneficio. Hacer que venga a nosotros. Incitar aún más su ira es la mejor manera de mantenerlo en las Tierras Altas.

Liosa y Keagan asintieron en acuerdo, pero Diana no dijo nada, picoteando su comida. Permaneció en silencio durante el resto de la cena, y cuando él la siguió a la habitación que compartirían esa noche, la hizo volverse para mirarlo.

—¿Qué pasa, muchacha?

—Tengo miedo por ti —susurró—. Yo soy quien mató a Iomhar, pero tú te estás poniendo una diana en la espalda.

—Es necesario —dijo firmemente—. Con gusto desviaré su atención de ti. No dejaré que te haga daño de nuevo.

—¡Acordaste dejarme ayudar!

—Lo hice. Lo haré —respondió—. Pero voy a hacer todo lo posible para mantener la pelea entre Tamhas y yo. Cuanto más concentrado esté en mí, menos lo estará en ti, mi hermana y Keagan.

El rostro de Diana seguía siendo una tormenta de conflicto. Se acercó a ella, inclinándose para levantarla en sus brazos. Ella jadeó sorprendida.

—No dudo de tu poder, de tu fuerza —susurró, bajando su hermoso cuerpo a la cama—. Pero no puedes pedirme que no intente protegerte.

Su respiración se entrecortó cuando él se inclinó para levantar su vestido, manteniendo su mirada fija en la de ella. Se inclinó para besarla, explorando a fondo las profundidades de su boca con su lengua mientras continuaba subiendo su vestido.

—Artair —gimió ella, mientras él comprobaba su disposición introduciendo un dedo en su interior. Le dio una sonrisa pícaro. Estaba empapada por él.

—Sé que harás todo lo que esté en tu poder para protegerme. No he olvidado lo que has hecho para salvarme el pellejo. Pero Diana, también eres mía para proteger, como yo he sido tuyo. Mía. ¿Lo entiendes?

No esperó su respuesta, levantando su kilt para hundirse en ella.

Diana jadeó cuando él comenzó a moverse, apretando los dientes ante la placentera sensación de su estrechez apretada a su alrededor.

—Diana —gruñó—. ¿Lo entiendes?

Ella no respondió, gimiendo mientras él continuaba embistiendo en su interior. Él se detuvo, y ella dejó escapar un grito de protesta.

—Por favor, Artair —susurró.

—Respóndeme —gruñó, mordisqueando la base de su garganta.

—Lo entiendo —susurró—. Soy tuya para proteger. Como tú eres mío.

—Aye —gruñó su acuerdo mientras comenzaba a embestir de nuevo, con los ojos fijos en su hermoso rostro, queriendo absorber cada momento de su placer—. Mía.

Y llegó al clímax con un rugido mientras ella se estremecía debajo de él, su protección, su posesividad y su deseo por ella arremolinándose juntos como uno solo. *Mía*.



PARTIERON JUSTO DESPUÉS DEL AMANECER. Artair escudriñaba constantemente sus alrededores para asegurarse de que nadie los seguía mientras cabalgaban, pero aparte de algunos jinetes dispersos que podía distinguir en la distancia, no vio a nadie que pareciera representar una amenaza.

Cada vez que su mirada se encontraba con la de Diana, un rubor se extendía por su rostro. Sabía que ella estaba pensando en su noche juntos, en sus palabras posesivas. Le costaba mucho esfuerzo concentrarse en cabalgar, no deleitarse en el recuerdo de ella retorciéndose debajo de él, su grito al deshacerse bajo él, la satisfacción que lo recorrió cuando ella aceptó que era suya para proteger, como él era de ella.

Sus pensamientos aún estaban llenos de la noche que habían pasado juntos cuando se acercaron al Castillo MacGreggor varias horas después, justo antes del mediodía. Lo contempló, mientras una oleada de emociones lo invadía. La última vez que estuvo aquí era una persona diferente, preparado para cumplir con su deber y casarse con Caitria, para confinarse a una vida sin amor ni pasión.

Su mirada se desvió hacia Diana. Ahora le costaba imaginar una vida así.

Espoleó los costados de su caballo para acelerar y adelantarse a los demás. Solo podía rezar para que Drostan y los otros nobles del clan no estuvieran enojados con él por su desaparición, que creyeran la falsa historia que les contaría. Era crucial que Drostan le creyera si iba a prestarle sus hombres para ayudar a Artair a luchar contra Tamhas.

A medida que se acercaban a las puertas principales del castillo, el pánico lo invadió al ver a dos jinetes que se dirigían hacia ellos desde la distancia. Instintivamente, su mano fue a la empuñadura de su espada y guió su caballo para bloquear a su hermana y a Diana.

Pero se quedó inmóvil cuando las dos figuras se hicieron visibles. Una era Caitria, con los ojos abiertos de asombro mientras lo observaba. El otro hombre... se parecía exactamente a él.

Era Niall O'Kean.

CAPÍTULO 22



Todas las miradas en el gran salón estaban fijas en Artair mientras permanecía de pie frente al Laird Drostan MacGreghor y su esposa, Lady MacGreghor. Niall y Caitria estaban sentados junto a ellos, junto con varios otros nobles del clan.

Diana se encontraba detrás de Artair, junto con Liosa y Keagan, tratando de no mirar fijamente a Niall. El parecido entre él y Artair era sorprendente, era fácil ver cómo se había hecho pasar por Artair. Pero había diferencias sutiles. El cabello de Artair era más largo, sus ojos de un tono azul ligeramente más oscuro. Y lo más importante, ella no sentía la ardiente oleada de deseo que la recorría cada vez que sus ojos se posaban en él.

Niall le había dado una mirada superficial mientras los conducía al castillo, pero su atención estaba principalmente en la hermosa mujer pelirroja a su lado, Caitria.

Los celos la habían invadido al ver a la mujer con la que Artair casi se había casado. Era hermosa —y más joven— que ella, con una melena pelirroja y brillantes ojos verdes.

Un deleite genuino había iluminado los ojos de Caitria al ver a Artair, y Diana había sentido el impulso posesivo de poner su mano en el brazo de Artair. Pero tan pronto como los ojos de Caitria volvieron a Niall, Diana se relajó, pues la mirada que le dirigía a Niall estaba impregnada de amor. Con esa sola mirada, Diana supo, sin ninguna duda, que el corazón de Caitria pertenecía únicamente a Niall.

Solo habían hablado brevemente con Niall y Caitria antes de que los llevaran al gran salón. Cuando Artair le dijo a Niall que Diana era una viajera del tiempo, y que él había regresado a esta época desde el futuro, acordaron que tenían mucho que discutir —y hablarían más en privado.

Cuando entraron en el gran salón para conocer al Laird MacGreghor, un hombre alto y de hombros anchos con cabello oscuro y cálidos ojos marrones, él y su esposa palidecieron de la impresión. Artair le había contado al Laird MacGreghor la historia falsa que había ensayado con Kensa para explicar su ausencia.

—Poco después de llegar a vuestro castillo, decidí dar un paseo a caballo. Me alejé más de lo que pretendía y me caí del caballo. Un muchacho me encontró y me llevó con una curandera cercana; ella me atendió durante las semanas que estuve en mi falso sueño —dijo Artair.

Ahora, el Laird MacGreghor miraba a Artair, con el rostro pálido por la conmoción.

—¿Cómo acabasteis tan lejos, en la frontera? —preguntó.

—Soy la hermana de Artair; envié a un jinete hacia el norte para buscarlo —intervino Liosa antes de que Artair pudiera responder, dando un paso adelante—. Conozco a la curandera que lo cuidó, ella conocía a nuestra familia. Me envió un mensaje diciendo que Artair estaba bajo su cuidado. Mandé por él y lo hice quedarse en mi mansión en Dumfries hasta que se recuperó.

Conocimos a Diana durante nuestro viaje hacia el norte; ella viajaba para visitar a su familia en las Tierras Altas. No es seguro para ella viajar sola, así que la trajimos con nosotros.

Aunque habían discutido lo que todos le dirían al Laird MacGreghor una vez que llegaran, la habilidad de Liosa para contar la historia sin pestañear impresionó a Diana.

El Laird MacGreghor estudió a Artair y a Liosa por un largo momento antes de asentir.

—Es un alivio que estéis vivo y bien. Bienvenido de vuelta, Artair —dijo el Laird MacGreghor, poniéndose de pie con una sonrisa, y el alivio invadió a Diana—. Sin duda os habréis dado cuenta de que vuestra prometida está casada con Niall. Niall nos dijo que sois parientes, por eso os parecéis tanto.

—Así es —dijo Artair, desviando la mirada hacia Niall y Caitria—. Lo somos. Y me alegro por Caitria y Niall. Ya puedo ver que es una buena pareja.

—Me alegra oír que no estáis enojado —dijo el Laird MacGreghor, ampliando su sonrisa—. Vamos a acomodarnos y alimentarnos. Estoy seguro de que estáis todos cansados por vuestro viaje. Y luego me gustaría tener un momento a solas con vos, Artair.

Una criada se acercó y los condujo fuera del gran salón hacia sus aposentos de invitados. Mientras caminaban, Diana observaba el castillo, tratando de no quedarse boquiabierta. Los castillos en su época eran todos reliquias. Era extraño —pero emocionante— caminar por un castillo vivo y respirante, con sus techos de altos arcos y tapices, el bullicio de los sirvientes yendo y viniendo, el succulento aroma de carnes asadas que emanaba de las cocinas.

La habitación a la que la criada condujo a Diana era enorme, con una cama con dosel y una chimenea que ya crepitaba con un fuego. Poco después de que la criada la dejara sola, Artair y los demás, incluyendo a Niall y Caitria, entraron.

—Ahora que estamos solos, tenemos mucho que discutir —dijo Artair—. Diana, ¿puedes realizar un hechizo de silencio? No podemos arriesgarnos a que nos escuchen.

Ella asintió y se volvió hacia la puerta, murmurando las palabras del hechizo.

—*Cuir sileadh an t-seòmair seo bho chluasan daonna.*

Cuando se dio la vuelta, Niall y Caitria la miraban con los ojos muy abiertos.

—¿Eres una stiuireadh? —suspiró Niall.

—Sí —dijo ella—. Mi tía Kensa es otra stiuireadh; ella es quien influyó en tus sueños con magia para que viajaras en el tiempo hasta Caitria. Cree que como viajaste en el tiempo sin una stiuireadh, algo salió mal y Artair fue enviado a tu época.

—¿Ella es quien me hizo soñar con Caitria? —preguntó Niall, sacudiendo la cabeza con asombro—. Bueno, no puedo enojarme con ella —continuó. Su mirada se dirigió a Caitria y le tomó la mano, llevándosela a los labios—. Nunca habría encontrado a mi esposa si no hubiera sido atraído a esta época.

—Hablabas en serio cuando lo dije en el gran salón —dijo Artair—. Me alegro por vosotros dos. Creo que Caitria sabe que un matrimonio entre nosotros habría sido un error.

—Aye —convino Caitria—. Pero estaba preocupada por ti; hemos estado buscándote por todas partes de las Highlands. Latharn se ha encargado de gran parte de la búsqueda. —Su mirada se desvió hacia Liosa—. Si hubiéramos sabido antes que tenías una hermana...

—Fue mi necedad y mi orgullo lo que me llevó a nunca mencionar a Liosa —dijo Artair, con la voz cargada de remordimiento mientras miraba a su hermana—. Lamento haber causado tanta preocupación. ¿Dónde está Latharn?

—En tu casa señorial. Padre envió un mensajero para hacerle saber que estás aquí... y vivo —dijo Caitria—. Nos alegramos de que hayas venido, pero ¿por qué viniste aquí primero? ¿Por qué no a tu casa?

Artair les contó a Niall y a Caitria sobre Tamhas y sus hombres.

—Mi suegro querrá oír sobre esto —dijo Niall, mirando a Caitria, quien asintió en acuerdo—. Keagan, tú también deberías venir.

Después de que los hombres se marcharon, Liosa se disculpó, diciéndoles a Diana y a Caitria que estaba cansada y necesitaba descansar después del viaje.

—Si no estás agotada por tu viaje, me encantaría dar un paseo contigo —dijo Caitria, ofreciéndole una cálida sonrisa.

Diana le devolvió la sonrisa, sintiendo una punzada de vergüenza al recordar los celos que había sentido cuando se conocieron. Podía notar que Caitria era cálida, amable y que solo tenía ojos para su marido. Caitria podría darle una idea de cómo Niall se había adaptado a esta época, aunque se dijo a sí misma que preguntaría por curiosidad, no por ninguna otra razón.

—Me gustaría —respondió.



—NO QUERÍA CREER a Niall cuando me dijo que venía de otra época —dijo Caitria, mientras paseaban por los terrenos del castillo—. Pero una parte de mí sabía que él era... diferente. Así como sabía en el fondo que no era Artair.

Caitria se detuvo de repente, volviéndose para mirar a Diana.

—Quiero que sepas que no tengo sentimientos hacia Artair más allá de la amistad. Mi corazón pertenece solo a Niall.

El rostro de Diana se encendió y bajó la mirada.

—Puedo notarlo —dijo, dedicándole una cálida sonrisa—. Pero... no sería asunto mío si los tuvieras. No estamos juntos.

—¿Ah, no? —preguntó Caitria—. ¿Artair lo sabe? Te mira como si fueras la única mujer en el mundo.

Diana tragó saliva, insegura de si quería revelar que ella y Artair eran amantes, por el momento. Y aunque ya le caía bien Caitria, no quería hablar de sus verdaderos sentimientos por Artair.

—Sabes que no soy de esta época. Solo me he quedado para ayudarlo en la lucha contra Tamhas.

—Niall tampoco es de esta época —señaló Caitria—. Y se ha adaptado bastante bien.

—¿De verdad?

—Aye. Sirve como historiador del clan. Cuando no estamos viajando, se encierra en la biblioteca de nuestra casa, leyendo los manuscritos que ha recopilado o garabateando notas. Le he preguntado si echa de menos las comodidades del futuro. Me dijo que a veces extraña las duchas calientes, pero que nada de eso se compara con una vida sin mí.

El rostro de Caitria se iluminó al decir esto, y Diana sintió una punzada de envidia. Si tan solo Artair le expresara tales sentimientos.

—¿Qué habrías hecho? —preguntó Diana—. Si Niall hubiera elegido marcharse.

Caitria palideció, y un destello de dolor cruzó su rostro.

—Mi corazón nunca se habría curado —dijo finalmente—. Nunca habría encontrado el amor que ahora compartimos, estoy segura de ello. Estábamos destinados a estar juntos. Lo sé con cada fibra de mi ser.

El pecho de Diana se oprimió mientras sus pensamientos se desviaban hacia Artair.

—¿Estás bien? —preguntó Caitria, notando su expresión turbada.

—Estoy bien —dijo Diana con una alegría forzada—. Me encanta este castillo; en mi época son mayormente reliquias. Cuéntame más sobre él.

Logró cambiar de tema y Caitria accedió gustosamente.

Los pensamientos de Diana divagaron mientras Caitria hablaba, volviendo a sus palabras anteriores. *Mi corazón nunca se habría curado.*

¿Acaso su futuro no le deparaba más que un corazón roto, con el abismo del tiempo separándola del hombre que amaba?

CAPÍTULO 23



Drostan estaba de espaldas a Artair, mirando por la ventana de su estudio privado.

Artair y Keagan habían pasado la última hora contándole sobre Tamhas y los ataques de los hombres de la frontera, cómo Tamhas los había seguido hacia el norte y su necesidad de hombres.

Ahora, Artair lo observaba, con tensión fluyendo por su cuerpo. Drostan no había hablado durante varios largos momentos. Artair solo podía asumir que iba a negarse a ofrecer su ayuda.

El pecho de Artair se apretó, y cerró brevemente los ojos. Ahora que Niall estaba casado con su hija, Artair ya no era parte del Clan MacGreghor. Drostan no estaba obligado a ayudarlo.

—Sé que ya no estoy afiliado a tu clan —dijo Artair, rompiendo el largo silencio—. Entiendo si no puedes ayudarnos.

—Ah, me avergüenzas, Artair —dijo Drostan, volviéndose para mirarlo con el ceño fruncido—. No me has dado tiempo para responder.

—Asumí que...

—Iba a decirte que aunque las tierras de tu hermana no sean mis tierras, y que estos hombres de la frontera puedan estar lejos, no me agradan los hombres que dañan a gente inocente, especialmente a los plebeyos que no son luchadores. Y ahora que te ha perseguido hasta aquí, a las Highlands —continuó Drostan, dándole una sonrisa con un toque de peligro—, las Highlands pertenecen a los clanes. Si viene a mis tierras, o a las tuyas, ya que sigues siendo mi aliado, esto se convierte en una lucha para los MacGreghors.

El alivio creció dentro de Artair y su tensión disminuyó. El honor de Drostan había sido una de las razones principales por las que había querido casarse en su familia, su clan. Le recordaba el sentido del honor de su propio padre, aunque Drostan no era tan reservado como lo había sido su padre.

—Te lo agradezco —intervino Keagan—. Laird MacGreghor, que ayudes a personas con las que no estás afiliado...

Pero Drostan lo interrumpió con un gesto de su mano.

—Tu cuñado sigue siendo mi aliado, y es un buen hombre. Por eso iba a casarlo con mi hija, hasta que este impostor llegó y robó su corazón —dijo, dirigiéndole a Niall una sonrisa burlona.

Niall le devolvió la sonrisa, levantando las manos en un gesto fingido de culpabilidad.

—Puedo conseguir entre cincuenta y cien hombres dispuestos a luchar en un momento dado, quizás más —continuó Drostan, su expresión volviéndose seria—. ¿Tienes hombres propios?

—Planeo regresar a mi mansión mañana y pedir a los hombres locales que estén dispuestos a luchar que se unan a mí —dijo—. Debes saber que Tamhas podría buscar hombres de clanes rivales para que lo ayuden.

La sonrisa de Drostan era peligrosa.

—Entonces eso les dará a mis hombres aún más motivación para luchar. ¿Cuál es tu plan para la batalla?

—Quiero atraer a Tamhas a mi mansión —dijo Artair—. Es mejor si elijo el lugar donde luchamos.

—Eso es sabio —acordó Drostan—. Enviaré mensajeros por todas partes a otros clanes, enemigos y aliados por igual, avisándoles que has regresado a tu mansión. Si Tamhas está en las Highlands, pronto sabrá de tu paradero. Puedes hacer que los hombres dispuestos a luchar acampen en las tierras alrededor de tu mansión. Estarán listos para un ataque.

El mayordomo del castillo entró con un libro de registros, y Drostan les dirigió una sonrisa de disculpa.

—El deber de un laird nunca termina —dijo—. Los veré a todos en la cena.

—Voy a decirle a Liosa que tenemos al Laird MacGregar de nuestro lado —dijo Keagan, mientras salían del estudio de Drostan, apresurándose por el corredor y dejando a Niall y Artair solos.

Artair le lanzó una mirada de reojo a Niall mientras caminaban. Era extraño mirar al hombre. Aunque había diferencias sutiles entre ellos, mirarlo era como mirar en un espejo.

—Lo sé —dijo Niall, encontrando su mirada con una sonrisa irónica como si leyera los pensamientos de Artair—. También es extraño para mí.

Artair se detuvo, estudiándolo con curiosidad.

—¿Dijiste que somos parientes?

—Sí. Hice algunas investigaciones, y estamos relacionados a través de un primo lejano por parte de tu padre —dijo Niall. Hizo una pausa, mirando alrededor a los sirvientes que pasaban, muchos de los cuales los miraban con abierta curiosidad. Hizo un gesto a Artair para que lo siguiera a una cámara vacía.

—Debes saber que nunca tuve la intención de hacerme pasar por ti. Tan pronto como llegué aquí, la gente simplemente asumió que era tú. Estaba tan desesperado por ayudar a Caitria que seguí la corriente.

—No te guardo rencor —dijo Artair—. ¿En qué peligro estaba Caitria?

Artair escuchó mientras Niall le contaba cómo un noble del clan, Ferghas, había matado al hermano de Caitria y casi mata a Drostan si él no lo hubiera detenido.

—Conocía a Ferghas, y nunca confié en él —gruñó Artair—. Me alegro de que hayas detenido al bastardo.

—Yo también —dijo Niall—. Si no hubiera venido a esta época...

Sus ojos se oscurecieron, y sacudió la cabeza como apartando el pensamiento antes de continuar.

—Parece que tú también has tenido una aventura. He oído mucho sobre stiuireadh, pero nunca he conocido a uno. Asumí que habría algo... sobrenatural en ellos. Diana parece una mujer normal, muy hermosa, pero...

Artair no se dio cuenta de que sus ojos se habían oscurecido ante el cumplido hasta que Niall levantó las manos con una risa.

—Solo era un cumplido. Estoy felizmente casado, ¿recuerdas?

Artair le dio un brusco asentimiento. Niall lo estudió durante un largo momento antes de que su rostro se iluminara con una sonrisa.

—Tal vez sea porque nos parecemos, pero conozco esa mirada. Estás enamorado de Diana, ¿verdad? —preguntó.

Artair abrió la boca para negarlo, pero las palabras no le salieron. Se quedó inmóvil, su corazón acelerándose mientras la realización lo golpeaba.

Amaba a Diana. ¿Cómo pudo haber sido tan tonto como para no darse cuenta de la profundidad de sus sentimientos por su bruja dorada? ¿Acaso no la había anhelado desde que la conoció, su bondad, su poder, su belleza? ¿No incendiaría el mundo para protegerla? ¿El pensamiento de que ella regresara a su propio tiempo no le partía el corazón? ¿No había consumido ella sus pensamientos todos los días y todas las noches?

Ahora se daba cuenta de que había evitado el amor durante toda su vida después de ver el retraimiento emocional de su padre tras la muerte de su madre. Su padre había sido un hombre jovial y querido hasta que ella murió; su muerte lo había destruido. Cuando Artair asumió el liderazgo, no quería arriesgarse a esa misma vulnerabilidad, esa misma debilidad. Por eso se había conformado con casarse con Caitria; aunque se preocupaba por ella, no la amaba ni la deseaba.

Pero sí amaba a Diana. La amaba hasta la médula de sus huesos. Y fue necesario que su pariente viajero del tiempo, que se le parecía tanto, le dijera lo que ya sabía en su corazón.

Sus emociones debieron haberse reflejado en su rostro, porque Niall le dedicó una sonrisa empática.

—Como somos familia, siento que tengo derecho a decir esto —dijo Niall—. Pero no ocultes tu amor por ella. Todavía me arrepiento de haber esperado para decirle a Caitria que la amaba hasta que casi fui exiliado. Debería habérselo dicho en el momento en que me di cuenta. Nuestro tipo de amor, un amor que ha trascendido el tiempo, nunca debería ocultarse.



DIANA ESTABA TAN callada como él durante la cena en el gran salón esa noche, con la mirada fija en su plato de cordero asado y verduras. Él la observaba por el rabillo del ojo, un tumulto de emociones arremolinándose en su interior, las palabras de Niall resonando en su mente. *Nuestro tipo de amor, un amor que ha trascendido el tiempo, nunca debería ocultarse.*

¿Cómo podría decirle lo que sentía? ¿Cómo podría cargarla con la profundidad de sus emociones cuando ella no pertenecía a este tiempo? Sabía que ella se preocupaba por él —después de todo, le había salvado la vida— y lo deseaba. Pero amarle, amarle lo suficiente como para dejar atrás su vida en el futuro y quedarse en este tiempo con él, un tiempo lleno de peligros, ¿cómo podría pedirle eso, aunque fuera lo que él quería, más que nada en el mundo?

Incluso con su tormenta de emociones conflictivas, trató de mantener una sonrisa jovial en su rostro. Los otros invitados en el gran salón no dejaban de lanzarle miradas. Se había corrido la voz de que había regresado, y los otros invitados en el salón buscaban señales de celos o enojo de su parte por el matrimonio de Niall y Caitria.

Se sentó a una mesa con Niall, Caitria, Liosa y Keagan, todos los cuales estaban enfrascados en una animada charla en comparación con el relativo silencio de Diana y Artair. A veces, sentía sus miradas curiosas sobre él y Diana, pero no les presionaron para que se unieran a su conversación.

Cuando Niall y Caitria se levantaron de la mesa para mezclarse con los otros invitados, Liosa se volvió hacia Artair y Diana. Intercambió una mirada con Keagan, quien le dio un sutil asentimiento.

—¿Qué sucede? —preguntó Artair, su espalda poniéndose rígida por la alarma.

—Siempre preparado para lo peor, hermano —dijo Liosa con una sonrisa burlona—. No hay

nada de qué preocuparse. Son buenas noticias. —Hizo una pausa, exhalando un suspiro, su sonrisa ensanchándose. Parecía como si estuviera a punto de estallar de alegría—. Estoy encinta. Aún es temprano, pero he perdido mi sangrado y la curandera del castillo lo ha confirmado.

—Liosa —susurró él. Extendió la mano por encima de la mesa para apretar la de ella, con lágrimas picándole los ojos. Su hermana era cariñosa y ferozmente protectora; sería una madre maravillosa. Pero no podía encontrar las palabras para expresar su felicidad por ella.

—Lo sé, hermano —dijo Liosa, parpadeando para contener sus propias lágrimas—. Lo sé.

—Liosa —murmuró Diana, radiante—. Estoy tan feliz por ti.

—Gracias, hermana —dijo Liosa. Se congeló al darse cuenta de lo que había dicho—. Lo siento, yo...

—Está bien —interrumpió Diana—. Hemos pasado tanto tiempo juntas desde Dumfries que realmente se siente como si fuéramos hermanas.

El corazón de Artair se apretó; deseaba desesperadamente que las palabras de Liosa fueran ciertas. Diana como parte de su familia, de su vida. Su amor.

Los músicos comenzaron a tocar, y Keagan se puso de pie con una risa, sonriéndole a su esposa.

—Celebremos con un baile.

Liosa tomó su mano con una sonrisa. Artair se volvió para pedirle a Diana que bailara también, pero ella ya se estaba poniendo de pie.

—Disculpen —susurró.

Él se quedó inmóvil, notando que sus ojos estaban húmedos de lágrimas. Ella se alejó apresuradamente antes de que él pudiera preguntarle.

Se puso de pie y la siguió, sin importarle los susurros y las miradas curiosas de los otros invitados. La siguió mientras ella se apresuraba por el corredor y salía al patio.

—¿Diana? —preguntó, cuando estuvieron solos.

Ella se volvió para mirarlo, su rostro bañado en lágrimas.

—No puedo hacer esto —susurró.

Él se congeló, un pánico ardiente quemándole el pecho mientras su rostro perdía el color.

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo falta para que tengas los hombres que necesitas para luchar contra Tamhas? —preguntó ella.

—No entiendo por qué estás...

—¿Cuánto tiempo? —repitió ella, con la voz temblorosa.

—Los hombres de Drostan se reunirán en mi manor dentro de los próximos dos días para acampar. Si Tamhas no aparece en dos semanas, planeamos ir al sur para llevarle la pelea.

Diana asintió, apartando la mirada de él.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó él—. Diana, por favor. ¿Qué sucede?

—Una quincena. Puedo hacerlo —dijo ella, ignorando su pregunta mientras pensaba en voz alta—. Después de una quincena, volveré a mi propio tiempo. Mi magia es más fuerte ahora, no creo que necesite regresar a Tairseach para viajar, así que puedo simplemente realizar un hechizo. Ahora tienes al clan MacGrehgor para ayudarte. Ya no es tan importante que me quede.

—Tú-tú dijiste que querías ayudar —dijo él, tratando de hablar a pesar del dolor que le retorció el corazón.

—Ayudaré —susurró ella—. Todo lo que pueda, pero si la lucha no termina en una quincena, volveré a mi propio tiempo. Yo no pertenezco aquí, Artair. Es... es hora de que vuelva a casa.

CAPÍTULO 24



Cuando Diana se apresuró a su habitación después de dejar a Artair, se secó las lágrimas, sintiendo vergüenza por su casi derrumbamiento.

Durante todo el día, emociones contradictorias la habían desgarrado por su amor hacia él y el regreso al futuro. Cuando Liosa la llamó accidentalmente hermana, fue como si una presa se hubiera roto dentro de ella al darse cuenta de lo desesperadamente que quería que eso fuera verdad. Quería ser parte de la vida de Artair como su esposa y cuñada de Liosa. La breve oleada de alegría que la inundó ante ese pensamiento la tomó por sorpresa; sabía que no podía permanecer estoica.

No había esperado que Artair la siguiera fuera del salón, y trató de no pensar en el dolor en su rostro cuando le dijo que era hora de volver a casa. Había querido que él le dijera que se quedara, que la amaba, pero él solo la había mirado en un silencio helado.

Es hora de que vuelvas a casa, se dijo a sí misma. *Has hecho lo que dijiste que harías*. Artair tenía la ayuda de Drostan MacGreggor, y pronto tendría la ayuda de sus propios hombres. Si Tamhas llegaba en las próximas dos semanas, haría todo lo posible por ayudar a luchar. Pero entonces se iría, tenía que hacerlo. Cuanto más tiempo permaneciera aquí con Artair, más difícil sería para ella cuando regresara.

Apenas durmió esa noche, su mente consumida por imágenes del rostro dolido de Artair y su anhelo por él. Después de despertar, todavía estaba aturdida mientras se lavaba y se cambiaba a otro de los vestidos prestados de Liosa.

Evitó mirar a Artair mientras se despedían de Caitria, Niall y el Laird y Lady MacGreggor. Debido a su embarazo, Liosa se quedaría en el castillo hasta que se resolviera el conflicto con Tamhas.

Liosa la abrazó durante mucho tiempo, apartándose para murmurar en su oído:

—Dile a mi hermano lo que sientes.

Diana se tensó al encontrarse con los ojos de Liosa. Pero no debería haberse sorprendido de que Liosa supiera lo que sentía por Artair; había demostrado ser perspicaz.

Liosa solo le dio una amable sonrisa y se volvió para abrazar a Keagan en despedida.

Consideró el consejo de Liosa mientras ella, Artair y Keagan cabalgaban hacia su mansión, que no estaba lejos del castillo.

No puedo decirle lo que siento, decidió. *Él no siente lo mismo, y ya le dije que tengo que volver a casa*. Era mejor que dejara de lado sus sentimientos durante el resto de su tiempo aquí, por difícil que fuera.

Cuando se acercaron a su extensa mansión de piedra gris, vio que una fila de sus sirvientes estaba afuera, esperándolo con amplias sonrisas.

De pie en el centro de ellos había un hombre alto y apuesto con cabello oscuro y ojos color whisky, con evidente alivio y alegría en su rostro al ver a Artair. Supuso que este era Latharn, el leal sirviente de Artair que había dirigido la búsqueda.

Mientras Diana lo estudiaba, algo le pareció familiar en él, aunque estaba segura de que nunca lo había visto antes.

—Artair —dijo Latharn, avanzando para poner su mano en su hombro cuando todos habían desmontado—. Me alegro de verte.

—Yo también —respondió Artair, devolviéndole una amplia sonrisa—. Siento haberos preocupado, y os agradezco que me hayáis buscado.

—Nos alegra que estéis en casa y vivo —dijo Latharn.

Artair presentó brevemente a Keagan y Diana a Latharn antes de avanzar para saludar y abrazar a cada uno de sus sirvientes. Saludó a cada sirviente por su nombre, y parecían genuinamente encantados de verlo. Incluso vio que los ojos de varias doncellas se llenaban de lágrimas. Artair debía haber sido un laird amable y generoso. Esto hizo que lo amara aún más.

Artair hizo que una doncella la guiara a su habitación de invitados mientras él, Keagan y Latharn se iban a hablar con los lugareños sobre la lucha contra Tamhas.

Decidió apartar sus pensamientos de Artair practicando varios hechizos defensivos y repasando mentalmente el hechizo que necesitaría realizar para volver a su tiempo. Para este hechizo, necesitaría un punto focal de su tiempo, algo que la atrajera hacia él. Trató de concentrarse en aspectos de su vida en el presente que disfrutaba: la mansión que estaba restaurando en las Highlands. Su trabajo confiable. Su cómodo piso en Londres. Sus tías, tanto Kensa como Maggie.

De nuevo, ninguno de estos tiraba de su corazón ni la llenaba de anhelo. En cambio, su mente seguía evocando imágenes del año en el que estaba: bulliciosas aldeas y ciudades medievales. Arboledas y lagos moteados por el sol. Extensos valles cubiertos de escarcha invernal. La risa de Liosa y Keagan.

El hermoso rostro de Artair, sonriéndole. Su voz ronca en su oído. *Mi bruja dorada*.

Frustrada, se tomó un descanso y exploró la mansión. Era elegante y refinada: suelos de madera oscura, tapices colgados en las paredes, chimeneas encendidas que emanaban calor, la luz de las velas que proyectaba un suave resplandor hogareño en las habitaciones. Era su intención restaurar la mansión en su propio tiempo a algo así, un refugio pacífico del mundo moderno.

Artair y Keagan pronto regresaron, llevándola a la sala de estar donde le informaron que habían encontrado a un par de docenas de hombres locales dispuestos a luchar. Además de estos hombres, los hombres de Drostan acamparían mañana en el trozo de bosque adyacente a su mansión.

—Ahora que los mensajeros de Drostan han difundido la noticia de que he vuelto, ruego que la noticia haya llegado, o llegue pronto, a Tamhas —dijo Artair.

—Puedo usar un hechizo de Ocultamiento para esconder el campamento de cualquiera que se acerque a vuestras tierras. Hará que vuestra mansión parezca estar indefensa.

Artair le dio un brusco asentimiento mientras los ojos de Keagan se abrieron tanto que pensó que se le saldrían de la cabeza.

—Lo siento —dijo él, ante su mirada de diversión—. Me llevará tiempo acostumbrarme a lo que podéis hacer.

—No tendrás que hacerlo —respondió Artair, sin mirarla—. Diana nos dejará en quince días. El estómago de Diana se retorció ante la indiferencia en su tono.

—Cuando sea el momento de la batalla —continuó Artair, sin mirarla aún—, puedes usar tu brujería para defender la mansión y los establos. Tendremos que asegurarnos de que todos los sirvientes estén dentro.

—Pero... pensé que podría ayudarte en el campo de batalla —dijo Diana con el ceño fruncido.

—No. Usarás tu brujería solo para defensa. Quiero que sea una pelea honesta. Si dependemos solo de tu magia, puede que no seamos capaces de defendernos cuando te hayas ido. Y —añadió, con los ojos brillantes por la promesa de violencia—, quiero ser yo quien mate a Tamhas con mis propias manos.

Salió del salón antes de que ella pudiera responder. Keagan, que ahora parecía percibir la distancia entre ellos, le dio una sonrisa comprensiva y le agradeció antes de seguirlo.

Ella había esperado pasar tiempo a solas con Artair ahora que estaban en su mansión, como lo habían hecho cuando estaban en la casa de Keagan y Liosa, pero esa noche una criada le dijo que Artair cenaría solo mientras le traía su comida a su habitación. Diana ocultó su decepción tras una sonrisa cortés.

La evasión de Artair continuó durante los días siguientes. Artair comía solo o con Keagan y Latharn, mientras Diana comía sola en su habitación. Los hombres que iban a luchar llegaban a la mansión justo después del amanecer, y Artair pasaba la mayor parte de sus días con ellos, preparándose para la batalla.

Diana pasaba sus días trabajando en sus hechizos o dando breves paseos por la mansión, luchando contra la soledad y el dolor que crecían en su interior. Keagan a veces se unía a ella para hacerle compañía, lo cual agradecía, pero era la presencia de Artair la que anhelaba.

Cuando lograba ver a Artair de reojo, él simplemente le daba un educado gesto de reconocimiento. Se decía a sí misma que su distancia era algo bueno, que la prepararía para su ausencia en su vida en el futuro, pero eso no impedía que el dolor retorciera su corazón.

Se sorprendió cuando Artair la buscó en su habitación una tarde, mientras ella realizaba distraídamente un hechizo de Iluminación en una vela, encendiéndola y apagándola con una sola orden en gaélico. *Solus*.

Dio un respingo cuando sintió unos ojos sobre ella, girándose para enfrentarlo. Por un momento, vio un breve destello de anhelo —y algo más que no pudo detectar— en sus ojos, antes de que desapareciera y esa máscara estoica volviera.

—Me gustaría que realizaras el hechizo de Ocultamiento en el campamento. Todos los hombres que van a luchar han llegado —dijo él.

Ella asintió, tratando de no mostrar cuánto le dolía su frialdad, y lo siguió afuera.

La condujo a un claro del bosque cercano a la mansión, pero lejos de los ojos curiosos de sus hombres.

Ella evaluó el punto de vista que tendría cualquier jinete que se acercara y realizó el hechizo, cerrando los ojos mientras murmuraba las palabras.

—*Thoir sùil air an raon seo bho shealladh daonna. Cruthaich an raon seo bho shùilean daonna.*

Mientras él la llevaba a varios puntos alrededor del campamento, ella repitió el proceso, deleitándose con la sensación de poder que se enroscaba en su interior mientras pronunciaba las palabras del hechizo.

Cuando terminó el hechizo final, se giró para enfrentarlo, quedándose paralizada al notar la mirada de cruda vulnerabilidad en sus ojos.

Tragó saliva cuando él dio un paso hacia ella.

—Diana... —susurró, pero los gritos de sus hombres lo interrumpieron.

Con la alarma recorriéndola, se giró hacia los gritos. Artair ya estaba corriendo fuera del claro, y ella tuvo que correr para alcanzarlo.

Una vez que salieron del claro, se detuvo en seco.

Un jinete solitario se acercaba al castillo. Artair se volvió hacia ella, su cuerpo rígido por la tensión.

—Vuelve a la mansión. Usa cualquier hechizo que necesites para asegurarte de que ningún forastero pueda entrar.

Ella dudó, sin querer dejarlo, sus ojos desviándose hacia el jinete que se acercaba. Se quedó inmóvil cuando el jinete se acercó más: reconoció al jinete. Era una mujer.

Loirin. La hermana de Tamhas e Iomhar, la mujer que les había permitido escapar.

Loirin desmontó, deteniéndose en seco cuando Artair y varios hombres que se habían unido a ellos desenvainaron sus espadas. Palideció, levantando la mano para mostrar que no tenía intención de hacer daño.

—Eres la hermana de Tamhas —gruñó Artair.

—Sí —respondió Loirin, con voz temblorosa.

—¿Qué quieres? —exigió Artair—. ¿Por qué estás aquí?

—Estoy aquí para advertirte sobre mi hermano —dijo Loirin—. Tiene refuerzos, hombres de clanes rivales de los MacGreghor. Él y sus hombres llegarán aquí al amanecer.

CAPÍTULO 25



—*N*unca quise tener nada que ver con lo que mis hermanos han hecho —dijo Loirin con voz temblorosa, calentándose las manos junto al fuego.

Loirin estaba ahora sentada en la sala de estar de la mansión de Artair. Artair estaba frente a ella, junto con Diana, Latharn y Keagan. Keagan había sido suspicaz y quería que Artair la tomara como prisionera, pero él le había dicho que Loirin era quien les había ayudado a escapar.

Aun así, la miraba con recelo mientras ella continuaba.

—Me mantuve en silencio por miedo. Mis hermanos... siempre me han asustado. Mi padre era peor. Después de que Iomhar fuera asesinado... no derramé ni una lágrima. Una parte de mí se sintió aliviada. He... he oído los gritos de las muchachas a las que ha atormentado a lo largo de los años —susurró, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Artair. Sentía compasión por la muchacha, pero una parte de él seguía receloso. Parecía demasiado conveniente que hubiera llegado justo cuando él estaba preparando a sus hombres para luchar contra su hermano.

—Para advertiros —dijo Loirin, alzando sus ojos desesperados para encontrarse con los de él—. Mi hermano me hizo venir a las Highlands con él; creo que sabe que quiero huir. Cuando le oí hablar de lo que planeaba hacerles a las mujeres, a la muchacha sassenach y a Lady Padarsan, supe que no podía quedarme callada.

El terror se apoderó de Artair; tuvo que contener su pánico y mantenerse calmado. A su lado, tanto Keagan como Diana palidecieron.

—Vine a deciros que planea llegar aquí al amanecer de mañana. Piensa que no estáis preparados. Planea masacraros a vos y a todos los que os apoyan, y tomar como rehenes a la sassenach y a Lady Padarsan. No... no quiero repetir lo que dijo que pretende hacerles. Pero necesitáis prepararos para su llegada.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Artair, con la rabia arañándole el pecho. No podía esperar para matar al bastardo.

—Acampado en un bosque justo al sur de aquí —respondió Loirin—. Tiene más de cien hombres. Les ha prometido compartir vuestras riquezas una vez que os haya matado.

Estudió a Loirin, intentando determinar si estaba diciendo la verdad o si se trataba de una trampa. Pero había un miedo genuino en sus ojos.

—Te agradezco que hayas venido aquí, con gran riesgo para ti —dijo, creyendo que sus palabras eran verdad—. Si quieres quedarte, puedo ofrecerte protección...

—No —dijo Loirin rápidamente—. No... no puedo quedarme. Vendrá a buscarme y sabrá que os he contado sus planes. Es mejor que piense que no estáis preparados. Y por muy monstruo en que se haya convertido mi hermano, no creo que me haga daño.

—¿Estás segura? —intervino Diana, con el ceño fruncido de preocupación—. Te vimos con un bebé cuando escapamos la primera vez. El niño...

—El bebé está a salvo en Lockerbie con su madre —interrumpió Loirin—. No es mío, solo uno de los muchos bastardos de Iomhar. Sentí lástima por la criatura. No tendré hijos hasta que haya escapado de Tamhas o si cae en batalla —añadió, dirigiendo a Artair una mirada significativa—. Es solo cuestión de tiempo. Sus acciones le han hecho muchos enemigos.

Se marchó después de rechazar más comida o bebida, y él y Diana se quedaron frente a su mansión, viéndola desaparecer en la distancia en su caballo.

—Ojalá la hubiéramos convencido de quedarse —murmuró Diana—. ¿Crees que estará bien?

—Aye. Conoce a su hermano mejor que nosotros —dijo. Se volvió para mirarla, su cuerpo tensándose—. Diana, lo que dijo sobre que Tamhas vendría a por ti...

—No —interrumpió Diana, dirigiéndole una mirada desafiante—. Ni se te ocurra decirme que me ponga a salvo. Te di mi palabra de que ayudaría, y eso es lo que pienso hacer. Tamhas puede *intentar* hacerme daño —dijo, con oscuridad entrando en sus ojos—. No sabe de lo que soy capaz.

Artair no pudo evitar sonreír mientras miraba a los ojos de la mujer que amaba. Su feroz bruja dorada. Su corazón.

—Tengo que pasar el resto del día con mis hombres preparándome para la lucha de mañana. Yo... sé que he estado ausente...

—Artair, no tienes que... —comenzó ella.

—No —replicó él—. Te debo una disculpa. Me dolió cuando dijiste que necesitabas volver a casa. Quería intentar purgarte de mi mente, pero eso no funcionó. Solo me hizo desearte más. Quiero compartir la cena contigo esta noche, solo nosotros dos. Hay algo que quiero discutir contigo.

Iba a decirle lo que sentía. Había estado a punto de decírselo antes, cuando los gritos de sus hombres y la llegada de Loirin los habían interrumpido.

Estaba cansado de ocultarle su amor; no cambiaría lo que sentía ni haría su partida menos dolorosa. Haría todo lo posible por sobrevivir a la batalla de mañana, pero quería que ella supiera lo que sentía antes de pisar el campo de batalla. Si caía mañana, podría hacerlo sabiendo que Diana era consciente de su amor por ella.

La confusión llenó su expresión; temió que lo rechazara. Pero ella le dio un breve asentimiento de aquiescencia antes de darse la vuelta para volver adentro.

Durante el resto del día, tuvo que obligarse a concentrarse en sus tareas: realizar ejercicios con sus hombres, cabalgar con Latharn hasta el pueblo cercano para advertir a los lugareños que huyeran o se prepararan para defenderse si los hombres de Tamhas se aventuraban allí.

La fatiga se había apoderado de él cuando regresó a la mansión para su cena privada con Diana, que sus sirvientes habían preparado en su habitación a petición suya.

Pero tan pronto como encontró a Diana esperándolo, una visión de belleza en un vestido verde bosque, con su cabello color miel suelto sobre los hombros, su fatiga se desvaneció. Bebió la visión de ella, queriendo grabarla en su memoria.

—Diana —susurró—. Te amo.

Se quedó paralizado cuando las palabras salieron de sus labios. Había planeado cenar con ella primero, ofrecerle otra disculpa por su distanciamiento, y luego decirle cómo se sentía. Pero las palabras habían brotado de sus labios antes de que pudiera detenerlas.

Esperó, con la boca seca y el corazón martilleando contra su pecho mientras aguardaba su respuesta. Pero ella permaneció en silencio, con el rostro pálido por la conmoción.

—Y-yo lo siento —dijo, mientras el silencio se prolongaba—. No debería haber...

—Artair —interrumpió Diana, con voz temblorosa—. Cállate.

Cruzó hacia él en tres zancadas largas, presionando sus labios contra los suyos. Él le devolvió el beso con fiereza, sosteniendo su cuerpo cerca.

—Artair —susurró ella, cuando se separaron—. Yo también te amo. Maté a un hombre para salvar tu vida. Lo haría de nuevo, mil veces más. Te amo, Artair Dalaigh. Fui una tonta al intentar luchar contra mis sentimientos por ti...

—No. Yo fui el necio —susurró Artair—. Por evitarte durante días cuando lo que más quería era tenerte a mi lado. Por tratar de negar lo que mi cuerpo siempre ha sabido.

Sus labios se encontraron de nuevo, y él la levantó en sus brazos, olvidando la cena. Le bajó el vestido y se inclinó para capturar uno de sus rosados pezones en su boca, succionando con avidez, mientras ella se arqueaba contra él. Ella extendió la mano para acariciarlo, y él contuvo la respiración mientras la bajaba al suelo.

Diana tomó la iniciativa, saliendo de su vestido antes de desvestirlo a él. Él se sentó en la cama, anhelándola mientras ella se montaba a horcajadas sobre él, hundiéndose en su dura erección.

Ambos gimieron, y él colocó sus manos en sus nalgas mientras ella comenzaba a cabalgarlo, echando la cabeza hacia atrás y jadeando mientras él se inclinaba hacia adelante para lamer sus pechos con su lengua.

—Diana —susurró—. Mi Diana. Te amo.

—Y yo te amo a ti —respondió ella, haciendo que su corazón se hinchara de alegría—. Muchísimo.

De repente, ella se arqueó, sus ojos volteándose hacia atrás mientras su orgasmo la reclamaba. Su clímax siguió al de ella, y él dejó escapar un rugido de placer mientras su cuerpo se estremecía con su fuerza.

Diana se desplomó hacia adelante, sin aliento mientras apoyaba la cabeza en su hombro. Él la mantuvo en sus brazos mientras se recostaba en la cama.

Durante varios largos momentos, simplemente se quedaron allí en silencio, el único sonido en la habitación era el crepitar del fuego y sus respiraciones aceleradas. Diana finalmente se incorporó, extendiendo la mano para trazar con sus dedos el torso de él.

—Artair —susurró—. Sobre mañana, y después del...

—No —la silenció—. Quiero pensar solo en esta noche. Ahora que sé que me amas, lucharé aún más fuerte.

—No vas a caer en la batalla mañana, Artair. Si tengo que matar a más hombres para evitar que eso suceda, lo haré —dijo Diana, su expresión volviéndose feroz.

—Mi amor —murmuró, aunque el orgullo lo invadió ante la determinación en su tono—. Acordamos que mañana será una pelea justa, sin brujería. Tú protegerás la mansión y a los sirvientes en el interior.

El conflicto llenó sus ojos, pero ella no protestó.

—Vuelve a mí mañana, Artair Dalaigh —susurró.

—Haré todo lo posible para regresar a ti —respondió—. Diana... amarte me ha hecho darme cuenta de algo sobre mí mismo. Nunca quise admitirlo antes, pero creo que fue por mi padre que me cerré durante tanto tiempo.

—¿Tu padre?

—Sí. Después de que mi madre muriera... él se alejó de Liosa y de mí. Su pérdida lo destruyó. Recuerdo haber pensado que no quería que el amor me destruyera. Por eso me

conformaba con tener un matrimonio sin amor con Caitria. Tú has cambiado todo para mí, Diana.

Sus ojos se llenaron de lágrimas ante sus palabras, y él cubrió de besos su mandíbula, su garganta y bajó hasta sus pechos. Quería mostrarle de nuevo con su cuerpo, y sus palabras, cuánto la amaba. Cuánto la amaría siempre.

—Quédate quieta, mi bruja dorada —susurró—. Tengo días de negligencia que compensar.

—Los tienes —asintió ella con una risita, pero su risa pronto se convirtió en un profundo gemido de placer.

CAPÍTULO 26



El corazón de Artair latía como un ariete contra su caja torácica mientras permanecía en la primera línea de sus hombres, esperando la aparición de los hombres de Tamhas. Era justo antes del amanecer, y tuvo que forzarse a relegar los pensamientos sobre Diana al fondo de su mente, sabiendo que serían una distracción: la luz del fuego iluminando su hermoso cuerpo mientras cabalgaba sobre él, las palabras de amor que habían intercambiado.

Hicieron el amor una vez más antes de levantarse mucho antes que los sirvientes: Diana para colocar encantos y hechizos protectores alrededor de las entradas de la casa, Artair para dirigirse al campamento. Intercambiaron un largo y apasionado beso antes de separarse, y aunque había hecho todo lo posible por tranquilizarla, Artair había sentido la humedad de las lágrimas de ella en su rostro.

Hoy mataré a Tamhas, se prometió a sí mismo. Pondré fin a esto, y no quedará ninguna amenaza persistente para Diana o para mi familia.

El sonido de caballos galopando lo trajo de vuelta al presente, y se puso rígido, apretando la mano en la empuñadura de su espada. Se volvió hacia Latharn y Keagan, que lo flanqueaban. Ambos le hicieron un gesto con la cabeza, indicando que estaban listos.

Artair se giró e hizo una señal a sus hombres para que cargaran.

Salieron disparados de entre los árboles justo cuando los hombres de Tamhas aparecieron en la distancia. Aunque una niebla se había asentado sobre la tierra, pudo ver las expresiones sorprendidas de los hombres de Tamhas mientras él y sus hombres cargaban hacia adelante.

Ambos bandos colisionaron en una confusión de choques metálicos de espadas, gruñidos y cuerpos chocando. La espada de Artair chocó contra la de un hombre grande y fornido. Lucharon, girando el uno alrededor del otro, antes de que él derribara al hombre de una patada, volviéndose para enfrentarse a otro hombre, y luego a otro, con movimientos rápidos.

Había luchado solo dos veces antes en su vida; ambas veces por el clan MacGreggor. Había sido entrenado para luchar por algunos de los guerreros más fuertes del clan. Pero no había nada como la verdadera ferocidad de la batalla.

Sus movimientos estaban guiados puramente por el instinto, y mientras luchaba, buscó entre los cuerpos combatientes a Tamhas, finalmente localizándolo en el centro de los hombres que luchaban, con los ojos llenos de un oscuro júbilo mientras atravesaba a un hombre con su espada. Artair cargó contra él con un gruñido, y Tamhas se volvió, con una fiera rabia entrando en sus ojos.

Sus espadas chocaron en el aire mientras comenzaban a luchar. Tamhas era un luchador fuerte, respondiendo a Artair golpe por golpe. Durante un tiempo estuvieron igualados, pero Tamhas pronto logró patear a Artair en el abdomen, haciéndolo caer de rodillas. Tamhas lo

derribó con la empuñadura de su espada y avanzó, con los ojos brillantes de furia mientras presionaba su pie contra la garganta de Artair.

—¿Fuiste tú o tu perra sassenach quien mató a mi hermano?

—Fui yo —respondió Artair con voz ronca, luchando por liberarse del agarre de Tamhas—. Lloró como una niña cuando lo arrojé contra la pared. Lo mataría de nuevo si tuviera la oportunidad.

Tamhas dejó escapar un rugido de rabia, levantando su espada para apuñalarlo directamente, pero alguien lo golpeó por detrás, dando a Artair la oportunidad de rodar lejos.

Fue Latharn quien había golpeado a Tamhas, y mientras luchaba contra él, Artair se puso de pie tambaleándose. Juntos, las espadas de él y Latharn chocaron con la de Tamhas, pero Tamhas se defendió expertamente contra ambos.

Latharn tuvo que apartarse de la lucha cuando dos hombres más lo atacaron por detrás. Artair vertió cada onza de su fuerza en sus estocadas mientras él y Tamhas continuaban luchando. Necesitaba apresurar su pelea antes de que Tamhas lo agotara; se echó hacia atrás y se lanzó hacia adelante, atravesando el abdomen de Tamhas con su espada.

Tamhas aulló de dolor, bajando una mano para agarrarse el abdomen sangrante, mientras continuaba luchando contra Artair con la otra.

—¡Creo que estás mintiendo! —gritó Tamhas, su voz temblando de dolor y furia sobre los metálicos choques de sus espadas—. Creo que tu puta mató a mi hermano. La veré muerta al final de mi espada... después de que mis hombres y yo hayamos tenido tiempo de disfrutar de su cuerpo.

Una ardiente rabia surgió a través de él, y Artair se lanzó hacia adelante, decidido a dar el golpe final y fatal, cuando otro de los hombres de Tamhas cargó contra él. Artair no tuvo más remedio que darse la vuelta y enfrentarlo, dejándolo inconsciente con la empuñadura de su espada.

Cuando se volvió, el pánico lo atravesó al ver que Tamhas había desaparecido. Avanzó tambaleándose, frenético, hasta que divisó a Tamhas corriendo hacia un caballo atado a un árbol cercano, aún agarrándose el abdomen. Al principio, asumió que Tamhas estaba siendo un cobarde y huyendo de la batalla, y entonces recordó la amenaza de Tamhas.

El miedo lo atravesó. Tamhas iba tras Diana.

Sabía que Diana había puesto hechizos protectores alrededor de su mansión, pero ¿y si Tamhas aún encontraba una manera de entrar y la tomaba por sorpresa?

Artair cargó tras Tamhas, montando otro caballo y persiguiéndolo. Artair mantuvo su atención fija en Tamhas, golpeando los costados de su caballo para hacerlo ir más rápido. Apretó las riendas mientras su caballo se acercaba a Tamhas, hasta que cabalgaban casi lado a lado.

Alcanzó su espada y arremetió contra Tamhas. Tamhas esquivó el golpe, pero su caballo se asustó y se encabritó, arrojando a Tamhas al suelo.

Artair saltó de su caballo, corriendo hacia la forma postrada de Tamhas, levantando su espada, pero Tamhas se puso de pie tambaleándose.

Sucedió increíblemente rápido. Tamhas se lanzó hacia adelante, hundiendo su espada en el abdomen de Artair y retorciéndola, mientras un dolor como Artair nunca había conocido lo atravesaba.

Se desplomó de rodillas, presionando sus manos contra su herida sangrante, cuando escuchó un grito —un grito familiar— detrás de él.

El pánico se apoderó de su cuerpo herido. Era Diana. Estaba aquí. No.

Tamhas retiró su espada del abdomen de Artair, una mirada nauseabunda de hambre cruzó

por su rostro mientras miraba más allá de él.

—Vas a ver cómo violo y mato a tu puta —siseó Tamhas.

Artair se giró mientras Diana se acercaba a ellos a través de las volutas de niebla, luciendo como la poderosa bruja que era, su cabello dorado ondeando a su alrededor en la brisa matutina. Era toda fuego y furia mientras levantaba sus manos.

—Diana... no —logró decir con voz ronca.

Ella se detuvo, su rostro aún blanco de furia, mientras él se ponía de pie tambaleándose, siseando de dolor por el esfuerzo. Tamhas se dirigía hacia Diana, y aunque se agarraba el abdomen y su rostro palidecía por la pérdida de sangre, una expresión oscura y ansiosa llenaba sus facciones.

Artair encontró los ojos de Diana. Ella le dio un pequeño asentimiento, pareciendo saber lo que él estaba pensando mientras cargaba contra Tamhas por detrás, aprovechando su preocupación por Diana.

Es mi presa.

—¡Tamhas! —gritó Artair, porque aunque Tamhas era un bastardo, el honor de Artair no le permitiría apuñalarlo por la espalda.

Tamhas se giró, levantando su espada para golpear, pero Artair usó sus fuerzas restantes para lanzarse hacia adelante, hundiendo su espada en el corazón de Tamhas.

Sintió un placer oscuro en la forma en que los ojos de Tamhas se abrieron con sorpresa, cómo se desplomó de rodillas mientras su sangre se extendía por su pecho.

—Mi Diana sí mató a tu hermano violador —dijo Artair con voz ronca, luchando contra su creciente debilidad y dolor para hablar—. Y fue tu hermana quien nos alertó de tu presencia. Ella sabe en qué monstruo te has convertido. Ahora ya no puedes hacerle daño a nadie más.

Vio un último rastro de desafío en los ojos de Tamhas, un último destello de rabia, antes de que sus ojos se cerraran y se desplomara en el suelo, sin vida.

Solo entonces Artair sucumbió a su propia herida, cayendo de rodillas. Con un sollozo ahogado, Diana corrió hacia él, abrazándolo.

—Artair —jadeó—. Quédate quieto. Voy a conseguirte ayuda.

Él luchó por encontrar palabras, para decirle cuánto la amaba, pero su dolor aumentó, y el hermoso rostro afligido de ella se disolvió en la oscuridad.

CAPÍTULO 27



Durante los siguientes días, Diana permaneció al lado de Artair, aferrada a su mano, con emociones que iban desde el alivio hasta la ansiedad.

Durante la batalla, había sentido que algo andaba mal, que su Artair estaba en peligro mortal; tal vez era su magia, tal vez puro instinto. Había salido de la mansión, montando un caballo mientras murmuraba las palabras de un hechizo de Localización. *Seall dhomh Artair Dalaigh*.

El hechizo la guió hacia el sonido de espadas chocando en la espesa niebla que bañaba la tierra, hacia Artair y Tamhas.

Latharn y Keagan la habían encontrado en el claro con Artair después de que este perdiera el conocimiento; lo habían llevado de vuelta a la mansión y habían mandado llamar a un curandero local. El curandero había logrado detener la hemorragia y limpiar la herida, vendándola con seguridad. Cuando el curandero les dijo que Artair se recuperaría, Keagan había extendido la mano para sostener a Diana, que se tambaleaba de alivio.

—Pero necesitará mucho reposo antes de recuperarse por completo. Asegúrense de que tome caldo caliente y apliquen miel o vino en la herida mientras sana —les dijo el curandero antes de marcharse.

Diana no se había apartado de su lado, alimentándolo ella misma y limpiando su herida cada vez que recuperaba la consciencia, murmurando las palabras de los dos hechizos de Curación que conocía.

Le había contado lo sucedido después de la batalla durante sus momentos de consciencia. Sus hombres habían derrotado contundentemente a los hombres de Tamhas, quienes se sorprendieron por la cantidad de hombres que habían acudido en ayuda de Artair. Poco después de la muerte de Tamhas, sus hombres se habían rendido en el campo de batalla. El Laird MacGreghor había enviado a los hombres de Tamhas de vuelta a la frontera con un mensaje de advertencia: cualquiera que tomara represalias o continuara dañando y robando a los lugareños sufriría la ira del clan MacGreghor.

Artair le había dedicado una sonrisa después de que ella le informara de esto, el alivio cruzando por sus pálidas y apuestas facciones antes de volver a quedarse dormido.

Drostan MacGreghor, su esposa Liusaidh, Niall, Caitria, Liosa y Keagan habían visitado a Artair durante sus días de ir y venir de la consciencia. Niall le había proporcionado a Artair penicilina que había contrabandeado desde el siglo XXI; Diana casi lo había besado de gratitud.

Liosa permaneció a su lado casi tanto tiempo como ella, y Keagan tenía que recordarle constantemente que tomara descansos y reposara por el bien de su hijo nonato.

—¿Crees que fui dura con él? Cuando llegasteis los dos y le di una bofetada —preguntó Liosa a Diana una noche mientras ambas estaban sentadas junto a Artair. Las lágrimas asomaban

a sus ojos mientras estudiaba el rostro pálido de su hermano.

—No —dijo Diana con firmeza, extendiendo la mano para darle un apretón tranquilizador—. Creo que estabas molesta, y él entendió por qué.

—No voy a dejar que se escape de mi vida otra vez. Va a ser parte de la vida de mi hijo como su tío —dijo Liosa con fiereza.

—Artair no va a ir a ninguna parte —dijo Diana, sonriendo—. Te quiere muchísimo. Por eso luchó contra Tamhas y sus hombres.

—No halagues a mi hermana, Diana —susurró Artair con voz ronca, sus ojos abriéndose lentamente mientras les dedicaba una débil sonrisa a ambas—. Nunca olvidará un cumplido y lo usará en tu contra.

Liosa se rió, aliviada de ver a Artair despierto, y se inclinó para abrazarlo.

Diana observó, radiante, cómo Liosa y Artair intercambiaban pullas de buen humor. Artair seguía pálido, pero parecía estar en buen camino hacia una recuperación completa.

Después de una semana completa, Artair estaba impaciente con su confinamiento, así que comenzaron a dar paseos por la mansión para que recuperara sus fuerzas.

Mientras caminaban, él le contaba más sobre sus años de infancia en la mansión, señalando los lugares donde él y Liosa jugaban de niños, y qué salidas usaba para escabullirse e ir a cabalgar o cazar con amigos.

Pero Artair nunca le preguntó sobre sus intenciones de quedarse o marcharse esta vez. Se dio cuenta de que estaba esperando que él le pidiera que se quedara, porque ya sabía cuál sería su respuesta. Había tenido mucho tiempo para pensar mientras estaba sentada junto a su cama mientras él dormitaba, y sabía que su vida en el futuro sería una cáscara vacía sin Artair. Quería quedarse aquí, hacer una vida con él.

Pero a medida que pasaba la semana sin que Artair mencionara el asunto, su esperanza de que le pidiera quedarse había comenzado a desvanecerse.

Al final de la segunda semana de su recuperación, él fue a buscarla a su habitación. Ella lo miró sorprendida. Le alivió verlo apuesto y saludable.

Pero cuando se encontró con sus ojos, notó que parecía nervioso.

—¿Artair? —preguntó—. ¿Qué ocurre?

—¿Darías un paseo a caballo conmigo? Y antes de que preguntes, ya he hablado con el curandero. Estoy lo suficientemente bien para montar.

Ella asintió, aún desconcertada por su evidente nerviosismo. Cuando montaron su caballo, él no le dijo adónde iban.

—Lo sabrás cuando lo veas —dijo críptico, mientras se alejaban de la mansión hacia el campo circundante.

Ella miró alrededor. Había algo familiar en su entorno, algo que no podía identificar con exactitud. Pero cuando se acercaron a una imponente mansión en la distancia, su corazón dio un vuelco.

La mansión era la misma mansión familiar en ruinas que ella estaba restaurando en su propio tiempo. En esta época, era más pequeña y aún no había caído en el deterioro, su exterior de piedra intacto y brillando bajo el sol.

Artair ralentizó el caballo hasta un trote, desmontando y ayudándola a bajar. Ella sacudió la cabeza asombrada mientras él ataba su caballo.

—¿Cómo la encontraste? —preguntó incrédula.

—Recordé algo que me contó tu tía en tu época. Cuando le mostré dónde estaba mi mansión en un mapa, me dijo que no estaba lejos de la mansión que estabas restaurando. Sabía que no era

probable, pero mientras me recuperaba en mi habitación, le pedí a Latharn y a algunos de mis hombres que buscaran mansiones desocupadas en la misma zona que la tuya. Latharn la encontró y me la describió. Era arriesgado, y sabía que podía estar equivocado, pero sonaba como la mansión de tu familia. Latharn localizó al dueño de las tierras, que residía en Inverness y estaba a punto de alquilarlas. Sospecho que es un antepasado tuyo. Todavía estamos ultimando los detalles, pero le compré la tierra, y eso incluye la mansión.

Diana sacudió la cabeza, abrumada por los pasos que Artair había dado para obtener la mansión, todo mientras se estaba recuperando.

Volvió a mirar la mansión, con la mente aún dando vueltas. Sabía que el hogar de su familia había caído en períodos de desuso, durante los cuales aún habían sido propietarios de las tierras: este período era uno de ellos.

—Artair, esto es increíble —susurró—. Pero... no entiendo. ¿Por qué la compraste?

Artair no respondió. En su lugar, se arrodilló. El mundo se inclinó a su alrededor mientras Artair le daba una sonrisa tímida.

—Niall me dijo que así es como los hombres proponen matrimonio en tu época —dijo—. ¿Lo estoy haciendo bien?

Diana sonrió mientras sus ojos se llenaban de lágrimas, su corazón acelerándose.

—Sí —susurró—. Lo estás haciendo bien.

Él tomó aire, luego buscó su mano.

—Te amo, Diana. Mi feroz bruja dorada. Mi corazón. Quiero construir un hogar contigo, aquí. Una vida contigo. Quiero que seas mi esposa. Mi señora. Mi familia. ¿Te quedarás conmigo en esta época, mi amor? ¿Te casarás conmigo?

Su corazón se hinchó ante la mirada abierta de vulnerabilidad y amor en sus ojos.

—Sí, Artair —susurró—. Me casaré contigo. Quiero ser tuya. Siempre.

Artair se levantó, levantándola en sus brazos mientras la besaba. Ella le devolvió el beso, la alegría inundando su cuerpo en una vertiginosa oleada.

Entonces se dio cuenta de que esta era la razón por la que siempre había sentido tanta atracción hacia la mansión en su época. Era por eso que siempre la llenaba de una sensación de... hogar. Porque algún día sería su hogar, solo que en otra época. Su hogar con el hombre que amaba.



ESA NOCHE, mientras Diana se vestía para una cena de celebración con Artair y los demás, se quedó helada cuando vio a su tía aparecer como una aparición en el borde de los terrenos de la mansión.

Diana sonrió, contenta de que el hechizo de Invocación que había realizado antes hubiera funcionado.

Se puso una capa y salió apresuradamente, acercándose a su tía que la esperaba. Kensa estaba de espaldas a ella, su largo cabello oscuro ondeando alrededor de ella con el viento.

Cuando Diana llegó a su lado, pudo ver que Kensa parecía considerablemente más joven que su edad real de cuarenta y siete años; parecía tener unos veinticinco. Era un efecto secundario de sus habilidades, algo que solo le ocurría a un pequeño porcentaje de stiuireadh: la apariencia de envejecimiento y rejuvenecimiento rápido cada vez que viajaba en el tiempo o realizaba uno de sus hechizos más poderosos. Diana solo había visto tal efecto en otros dos stiuireadh cuando era más joven, y aunque conocía la causa, siempre era sorprendente verlo.

Dejando de lado su ligera sorpresa, Diana enlazó sus brazos con los de Kensa.

—¿Sabías que me enamoraría de Artair? —preguntó Diana, a modo de saludo—. Artair está comprando la mansión ancestral de nuestra familia, de la que le hablaste.

—Le hablé de la mansión. Pero solo como una observación. Créelo o no, no tenía la intención de que ustedes dos terminaran juntos —dijo Kensa con una risa irónica—. Pero... noté la atracción entre ustedes dos en mi cabaña. No necesitaba magia para ver eso. No fui yo quien los unió a propósito. Eso fue cosa de ustedes dos por su cuenta. O simplemente... el destino. —Se volvió, dándole a Diana una amplia sonrisa—. Estoy tan feliz por ti, sobrina. Artair es un buen hombre.

Diana sonrió radiante, apoyando su cabeza en el hombro de Kensa.

—¿Se lo dirás a la tía Maggie? ¿Y te encargarás de las cosas en Londres por mí?

—Por supuesto —dijo Kensa—. Tu tía se molestará. Ambas sabemos que no es fanática de la magia ni de los viajes en el tiempo. Pero creo que lo entenderá.

—Kensa... quiero disculparme —dijo Diana apresuradamente, levantando la cabeza del hombro de Kensa—. Por evitarte después de que murieron mis padres. Por alejarte. La magia estaba tan entrelazada con mi dolor... no fue hasta que abracé mi magia que dejé ir ese dolor.

—No hay nada por lo que disculparse —la tranquilizó Kensa—. Tu camino te ha llevado justo aquí donde perteneces. ¿Qué planeas hacer en esta época?

—Creo que puedo usar mi formación en derecho para ayudar a Artair a manejar los registros de propiedad y los impuestos de la mansión, junto con los arrendatarios. Y —añadió tentativamente—, estoy pensando en ayudar a otros viajeros si puedo. Los que lleguen a esta época. Tengo magia... bien podría usarla para ayudar.

Kensa abrió los ojos, pareciendo gratamente sorprendida.

—Oh, Diana —dijo—. Eso sería maravilloso. Puedo visitarte de vez en cuando y ayudarte.

—Me gustaría eso —dijo Diana—. Me pregunto si ya tengo algunos de los mismos instintos que tú. Cuando conocí al sirviente y amigo cercano de Artair, Latharn, algo me llamó la atención sobre él. Algo familiar.

—Ah —dijo Kensa, asintiendo con comprensión—. Esa era tu magia reaccionando a alguien más que pronto se verá afectado por los viajes en el tiempo. Podría significar que él viajará, o que se involucrará con otro viajero.

—¿Tengo que hacer algo?

—No. Lo sabrías si tuvieras que hacerlo. A menudo tengo visiones de aquellos a quienes estoy destinada a ayudar: los veo en mis sueños o en mis hechizos de Conjunción. Quien sea que vaya a afectar a este Latharn, probablemente ya esté en camino hacia aquí. Y sospecho que puede ser, de hecho, una "ella".

Se quedaron en un silencio amistoso por un momento mientras Diana consideraba sus palabras, preguntándose sobre la identidad de esta misteriosa viajera que entraría en la vida de Latharn.

El sonido de un caballo que se acercaba la sacó de sus pensamientos. Se giró cuando vio a Niall y Caitria acercarse a la mansión a caballo. Artair los había mandado llamar para que se unieran a su cena de celebración, junto con Liosa y Keagan.

Liosa y Keagan estaban encantados con la noticia de su compromiso. Artair le contó que se mudarían a la mansión de Artair después de que él y Diana se trasladaran a la casa ancestral de la familia de ella. Liosa y Artair querían permanecer cerca después de tantos años de separación. Un mayordomo de confianza se estaba encargando de transferir su mansión a uno de los parientes de Keagan.

—Debería volver adentro —dijo Diana, mirando hacia su tía—. ¿Quieres acompañarnos?

—No, tengo que regresar —respondió Kensa—. Pero avísame para tu boda. Quiero ver a mi sobrina casarse.

—Lo haré —prometió Diana. Se acercó para abrazar a su tía, quien la estrechó con fuerza antes de darle un beso en la mejilla.

—Ahora vuelve adentro —dijo Kensa—. Tu apuesto montañés te está esperando.

Diana le dio un último apretón a la mano de Kensa y se giró para regresar a la mansión.

Cuando miró hacia atrás, Kensa había desaparecido.

Diana entró en la mansión y encontró a los demás reunidos en el comedor. Artair se dirigió hacia ella con una sonrisa amorosa.

—Me preguntaba dónde estabas —dijo él.

—Solo me estaba despidiendo de alguien —respondió ella. Al ver su ceño fruncido de confusión, añadió—: Kensa. La invoqué.

—Ah —dijo él—. Espero que le hayas agradecido por unirnos.

—Mi tía, la casamentera viajera del tiempo, no sabía que terminaríamos juntos —dijo ella con una risita—. Eso lo hicimos nosotros solos.

—Aye. Lo hicimos —murmuró él, atrayéndola para darle un beso breve pero ardiente.

—Hermano, ¿al menos puedes esperar a la boda para besar y babear por tu novia? —preguntó Liosa con un gruñido exagerado.

Artair se rio, manteniendo sus ojos fijos en Diana.

—No puedo evitarlo, hermana —dijo. Bajó la voz, sus siguientes palabras solo para los oídos de ella, llenando su corazón de alegría—. Te amo, mi bruja dorada. Siempre.

Y, ignorando los fingidos quejidos de Liosa y los demás, la atrajo para darle otro beso ardiente.

CAPÍTULO 28



Latharn observaba desde el fondo del gran salón del Castillo MacGreghor cómo Diana y Artair sellaban sus votos matrimoniales con un beso. Todos en el gran salón vitorearon cuando se separaron, sonrojados y sonrientes, mientras Drostan MacGreghor ordenaba a todos festejar y divertirse.

Latharn sonrió, viendo cómo los invitados rodeaban a Artair y Diana para ofrecerles sus felicitaciones. Deseaba poder quedarse y disfrutar de las festividades de la boda. Era bueno ver a Artair tan feliz. Pero Latharn necesitaba abandonar la celebración temprano; tenía un largo viaje por delante.

Durante la larga ausencia de Artair, había descubierto algo que sacudió todo su mundo.

La familia que siempre había conocido, que lo amaba y a la que él amaba en retorno, a la que había servido para ayudar a mantener, no era su verdadera familia. Él era el hijo y heredero del jefe y Laird Seoras MacUisdein, cuyo hermano lo había asesinado y tomado el liderazgo de su clan, y su castillo, para sí mismo. Su tío había asesinado luego a sus dos hermanos, pero su madre había sacado a escondidas a Latharn de las tierras de los MacUisdein cuando aún era un bebé, enviándolo a vivir con un sirviente leal, Cahir, en tierras lejanas.

Se suponía que solo viviría con ellos temporalmente, pero después de que su madre biológica muriera en cautiverio, Cahir lo había criado como si fuera suyo. Había pasado toda su vida pensando que era un hombre de origen humilde. En secreto había anhelado más, pero se había contentado sirviendo como el sirviente más leal y de confianza de Artair.

Quizás habría persistido en su ignorancia de no ser por la confesión de su madre en su lecho de muerte. Su padre —el hombre que había creído que era su padre— había muerto de enfermedad varios años atrás. Ella le había contado todo, suplicándole perdón, diciéndole que solo le habían ocultado la verdad para protegerlo. Lo amaban como si fuera su propio hijo, y si su tío supiera que aún estaba vivo, enviaría hombres para matarlo.

Se lo estaba diciendo ahora porque había descubierto que su tío había muerto recientemente, y había una disputa sobre quién asumiría el liderazgo del clan.

Al principio, se había enfurecido con sus padres por ocultar tal secreto, hasta que consideró el sacrificio que habían hecho. Si su tío hubiera descubierto que lo estaban escondiendo, ellos —y toda su familia— habrían sido asesinados. Le había agradecido a su madre, le dijo que la amaba y que la perdonaba.

Y sabía lo que tenía que hacer.

Solo se había quedado atrás para ayudar a Artair con Tamhas y sus hombres para cumplir su deber final como su sirviente. Le había contado a Artair lo que había descubierto hace una quincena, que dejaría su servicio para reclamar su derecho de nacimiento. Su madre le había

dicho que aún había hombres leales a sus padres asesinados, que nunca habían considerado a su tío como un líder legítimo; lo seguirían a Latharn si regresaba.

—Siempre supe que había algo más en ti —le había dicho Artair, poniendo su mano sobre su hombro—. Eres un buen hombre, y me has servido bien. Si necesitas algo de mí, siempre estaré aquí.

El corazón de Latharn se calentó con el recuerdo de las palabras de Artair mientras se adelantaba, uniéndose a la multitud de personas que ofrecían sus buenos deseos. Llegó primero a Diana, haciéndole una reverencia respetuosa, pero ella la desestimó y lo abrazó.

—Creo que encontrarás tu propia felicidad con una hermosa muchacha —dijo ella cuando lo soltó, escudriñando sus ojos con los suyos—. Y más pronto de lo que crees.

Él la estudió con el ceño fruncido, desconcertado. Durante las últimas semanas, la había sorprendido mirándolo fijamente algunas veces. Ahora se preguntaba si era de esto de lo que se trataban esas miradas.

Pero dudaba que esto fuera cierto. Tenía una lucha por delante para reclamar su lugar como laird y jefe de su clan. No tenía tiempo para cortejar o casarse con una muchacha. Una vez que reclamara su señorío, se casaría con una muchacha adecuada, probablemente de origen noble, que ayudaría a cimentar su reclamo y le daría hijos para continuar su linaje.

Simplemente le dio a Diana una sonrisa cortés antes de ofrecer sus felicitaciones a Artair —y una despedida.

—No lo olvides, si necesitas algo, envía un mensajero o una carta. Te ayudaré si puedo.

—Os lo agradezco —dijo Latharn, sosteniendo la mirada del hombre al que había servido y admirado durante tanto tiempo, antes de darse la vuelta para salir del bullicio festivo del gran salón.

Se dirigió al patio donde un mozo de cuadra le trajo su caballo, ya cargado con una bolsa de provisiones para su viaje.

Latharn montó su caballo y echó una última mirada al castillo antes de salir cabalgando del patio. Sus días de servir a otros habían llegado a su fin. Ahora era el momento de abrazar su destino como líder.

Salió cabalgando por las puertas del castillo, listo para reclamar su derecho de nacimiento —y su futuro.



COMPRA El destino de Latharn (El Destino del Highlander Libro 6) ahora

TAMBIÉN DE STELLA KNIGHT

Serie El Destino del Highlander

El voto de Eadan
La cautiva de Ronan
El vínculo de Ciaran
La novia de Niall
La tentadora de Artair
El destino de Latharn

Serie El Destino del Highlander, Lairds de las Islas

El amor de Gawen
La promesa de Bhaltair
El honor de Domhnall

Novelas Cortas de El Destino del Highlander

Su destino highlander (novela corta precuela)
La hechicera de Toran

SOBRE LA AUTORA

Stella Knight escribe novelas románticas de viajes en el tiempo y romances históricos. Disfruta transportando a los lectores a diferentes épocas y lugares con héroes y heroínas vívidos y llenos de matices.

¡Mantente en contacto!
stellaknightbooks.com
stella@stellaknightbooks.com